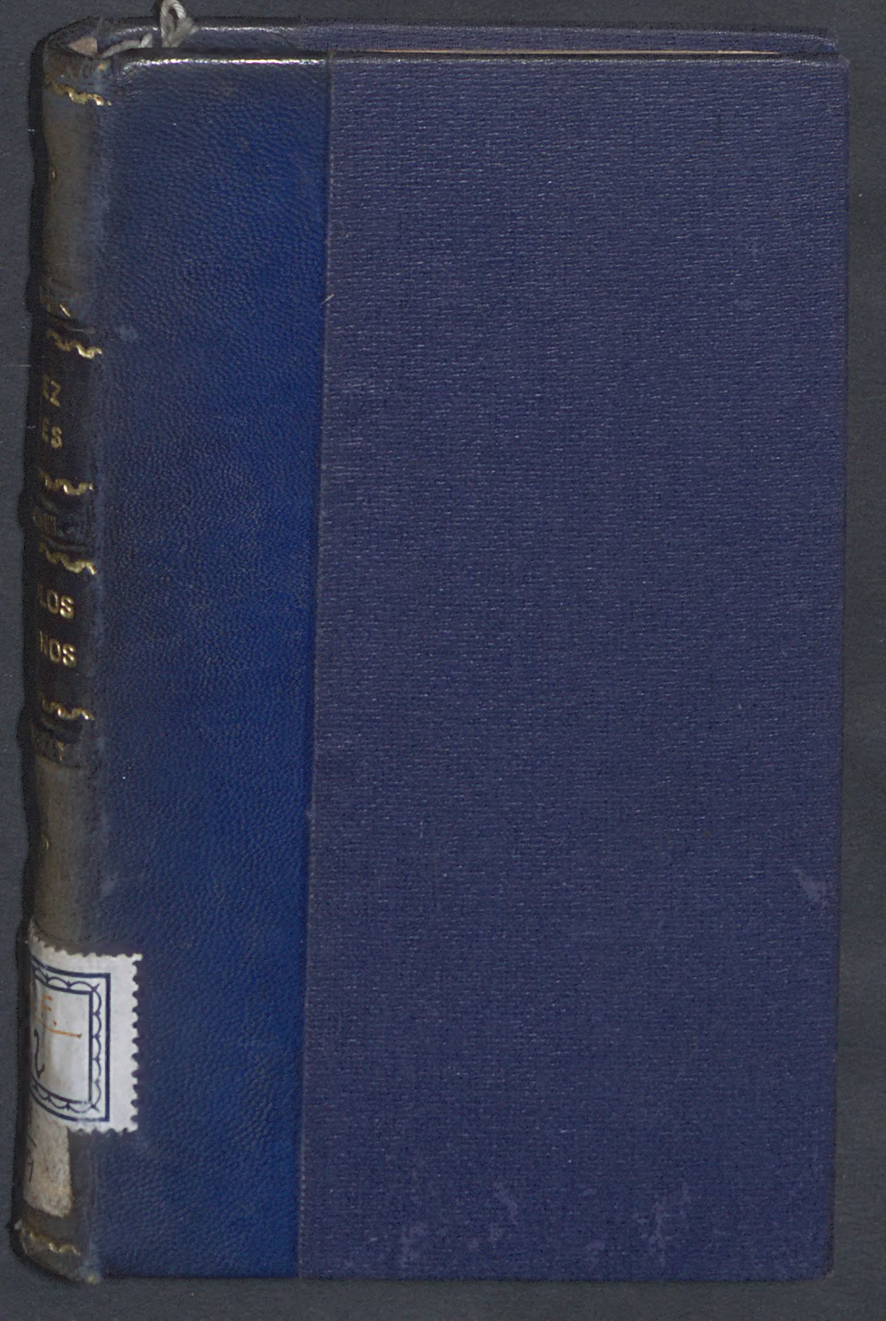
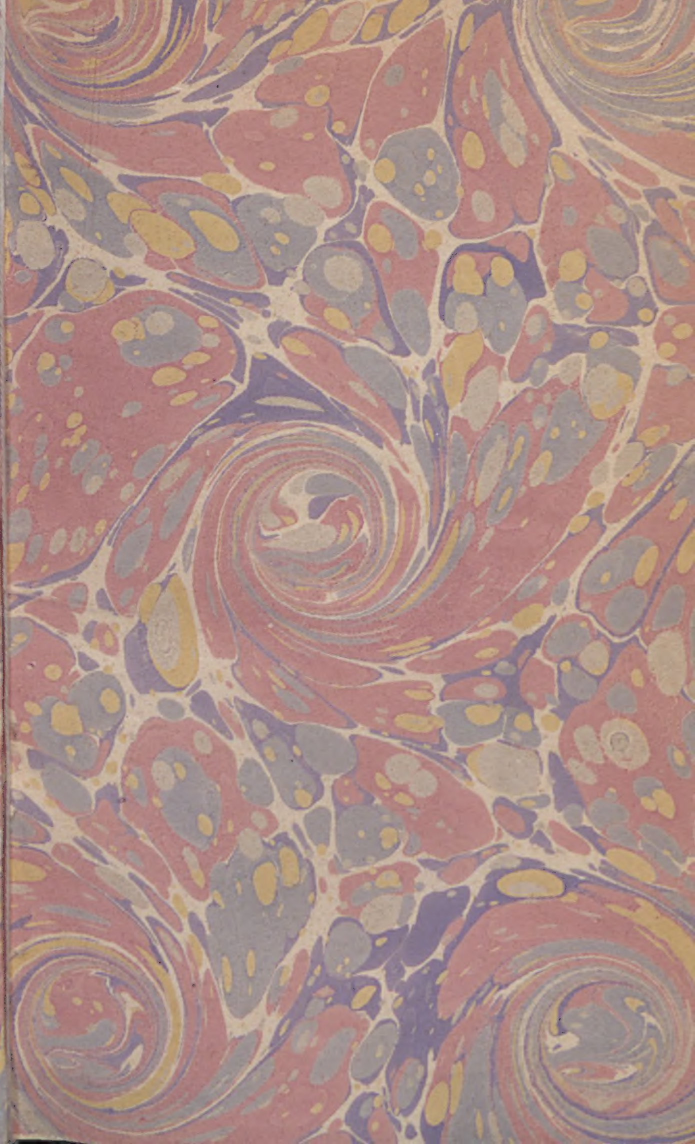
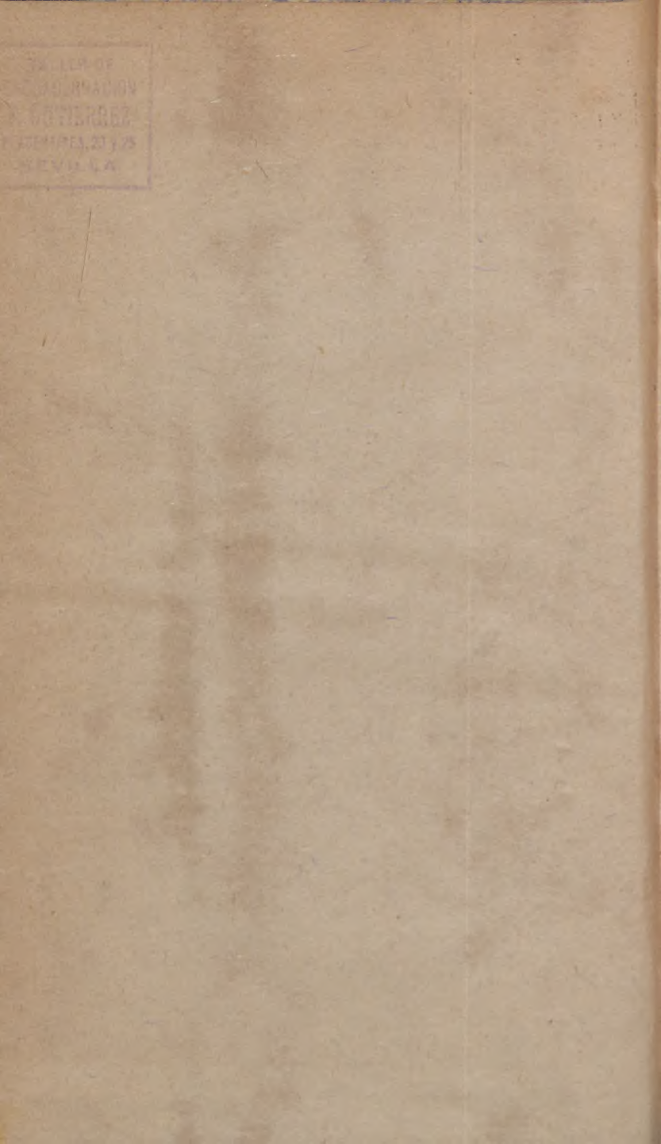








M 580

C.S.F/522

S.F. 3
5/19

A R T Í C U L O S

de

ANTONIO GÓMEZ AZEVES,

coleccionados
en este volúmen.

=================

RECUERDOS SEVILLANOS.

(El aprecio de una estatua.- Los tres viajeros.- El mendigo.- El hispalense errante, proscrito en 1821.- Una misa rezada.- El suplicante piadoso.- Los veinte años o El huerto del Pino.- La casa de la Padilla.- Una deuda sagrada.- Las cadenas de un cautivo.- Las dos esculturas.- Gambogáz.- Leonardo de Valdelvira.- A Rey muerto: Rey puesto.- Roberto el anglicano.- La Campana de

RECUERDOS SEVILLANOS. (cont^{n}.)

Cartuxa, llamada "Espanta-arbures".- Las paredes oyen.- La mesa del Rey.- La casa de la cantimplora.- El corral del Caracol.- Una promesa cumplida.- Los disciplinantes.- La peste.- El matrimonio envidiable.- La misa del Espíritu Santo y la de Requien.- Los dos comendadores.- Nuestro Padre Jesús de Burgos.- El sacerdote.- La biblioteca.- Una misa cantada.)

NUESTRA SEÑORA DE FUENTES CLARAS.

RECUERDOS DE MARCHENA.

UNA VISITA A LAS RUINAS DE ITÁLICA.

ºººººººº

ººººº

ººº

º

C.S.F./522

RECUERDOS SEVILLANOS,

POR

D. ANTONIO GOMEZ AZEVES.

OFICINAS:
Calle Zaragoza, número 50 moderno,
Sevilla.

EL APRECIO DE UNA ESTATUA.

I.

Serian las diez de la mañana de un sereno dia del mes de diciembre de 1691, cuando dos varones, primorosamente vestidos, iban por la alcantarilla de las Madejas, en direccion à la Cruz del Campo. Eran un estatuario y un pintor sevillanos.

Cuando pasaban fronteros al callejon de Santo Domingo de Porta-celi, dijo el estatuario:

—Alijeremos el paso: porque ya el prior de Santa Teresa de Jesus estarà aburrido de esperarnos. Le hemos faltado. Nos citó à las nueve y la *Giralda* acaba de dar las diez.

—Es verdad.

Contestó el pintor.

—Y luego, continuó el estatuario, el espinoso asunto á que somos llamados, el cual nos va á entretener muchas horas. Quiera Dios que, para consumarlo, nos alcance el dia y no tengamos que volver mañana.

Entónces los dos artífices apretaron el paso y en poco tiempo ya estaban cerca de las puertas del convento de Santa Teresa de Jesus.

Al llegar allí, el pintor exclamó:

—¡Qué sitio tan alegre! ¡Qué lugar tan poético! En él cruzan las inspiraciones por la frente humana. Los ruiseñores, saltando de rama en rama, desatan los torrentes de su célica armonía. Mira á Sevilla. ¡Parece una diosa del gentilismo, reclinàndose sobre un tàlamo de flores! Esos montes Ossethanos, que la defienden; ese Guadalquivir, que la riega; esa Giralda, que la corona; ese sol, que la alumbra; esos airecillos, que la refrescan, la hacen una de las ciudades mas bellas del mundo.

¡Qué estraño es, pues, que hayan nacido en ella tantos Roelas y Murillos, tantos Hernandez y Montañeses, tantos Herreras y Mal-Laras.

—Sí, sí.

Contestó el escultor.

II.

El prior de Santa Teresa de Jesus ya estaba esperando á los dos artífices.

Recibidos con la dulzura y el riente alegre rostro, que siempre tuvo el carmelita, pasaron, acompañados de la comunidad, á la pequeña iglesia del convento, donde, en su altar mayor, se veneraba la estàtua de la Santa.

—Señores, les dijo el prior, os hemos llamado para que nos aprecieis esta efigie de Nuestra Madre Santa Teresa de Jesus, y nos digais, hasta donde llega su mérito artístico.

Un sábio religioso, gloria de este convento, cuya temprana muerte lloramos, afirmaba ser la creacion mas llena de be-

lleza y de místico idealismo, que habia trabajado su inolvidable autor.

—Y es verdad, que no se engañaba el religioso.

Iterrumpieron los dos artífices.

—Pues por lo mismo, continuó el prior, queremos que vuestras sábias inteligencias la estudien, la clasifiquen y la avaloren segun las reglas y los principios estéticos del arte.

—Así lo haremos. Mas para esto, padre prior, necesitamos, dijo el estatuario, que se baje del altar y se traiga à ese patio, donde, al aire libre y clara luz, podremos estudiarla á nuestro sabor.

El prior mandó á dos legos que la bajaran del tabernáculo y la condujeran al patio del convento.

III.

En esto uno de los frailes entró en la Iglesia, y dirigiendo su blanda mirada al Superior, le dijo.

—Padre Prior: el hermano portero me

acaba de decir, que por el callejon de la *Zarza*, acompañado de su pagecillo, viene, á trote largo, nuestro amigo el Almirante. Pocos momentos tardará en llegar.

—¡Cuanto me alegro, exclamó el Prior, mirando à los dos artífices, de que tengamos aqui al Almirante, persona tan aficionada á las buenas creaciones del espíritu humano, tan docta y tan amable!

Corramos, dijo á la Comunidad y á los dos artífices, corramos á la porteria para recibirlo.

IV.

El Almirante llegó á la puerta del convento, donde la Comunidad y los artífices lo esperaban. La arrogancia de su presencia simpática, la opulencia de sus vestidos, la gallardia de su caballo negro y la riqueza de los paramentos lo recomendaban en extremo. El paje, de aire delicadísimo, saltando ligero á tierra, vino á tener el estrivo á su Señor, para que se desmontara, quedándose con el brioso alazan.

Tiernos abrazos dió el Almirante al Prior

y à todos los religiosos, uno por uno, besándoles las manos.

¡Padres:exclamó, gracias à Dios que nos vemos! Yo pensé no visitaros mas. En medio del estruendo y el humo de los cañones recordaba, con alegria, los bellos ratos que he pasado en este convento. Corriendo las más peligrosas borrascas, venian, con placer, á mi memoria estos campos, estos horizontes, y singularmente este santuario y estos buenos respetables amigos.

Al acabar el Almirante este cortés razonamiento, el Prior, tomándolo de la mano, le dijo.

—Vamos, Señor Almirante, entremos ya. Hoy vá á tener, Vuestra Señoria, un rato deliciosísimo.

—¿Con qué?

Preguntó el Almirante.

—Con una excelente escultura.

Contestó el Prior.

—Pues entonces lo creo.

Repuso el Almirante.

Despues de haber saludado el Almiran-

te á los dos artífices con esquisita amabilidad, entraron en el patio, donde la hermosa Doctora, gloria de la Española gente, puesta sobre un ancho banco, lucia, al aire libre, su alto mérito.

V.

No bien el Prior llegó á los pies del banco, cuando su palabra dirigiendo al Almirante, le dijo de esta manera.

—Señor Almirante: desde que el gran escultor y arquitecto Juan Martinez Montañez hizo para este convento la creacion celestial, que estais viendo ahí, esta Comunidad ha querido saber el valor de tan delicada obra.

No hace cuatro años, que un religioso de esta Santa Casa, sugeto doctísimo en las ciencias y en las artes, cuya temprana muerte lloramos noche y dia, nos afirmaba que esa escultura era excelente y digna de figurar en los primeros museos del mundo.

Para cerciorarnos de esta opinion y ro-

bustecernos de este juicio, hemos cita do estos dos Señores. Son laboriosos art ífice sevillanos: (*diciéndoles sus nombres y ap llidos.*)

—Los nombres de los dos no me so desconocidos. Recuerdo haber visto en la Iglesias de Mexico de Goatemala y las d Lima algunas buenas obras suyas.

Dijo el Almirante.

VI.

En esto el escultor, acercándose al ban co, donde estaba la hermosa Imagen de ilustre Doctora,habló de esta suerte.

—Ved aqui, Señores, uno de los traba jos más bien acabados, que han salido de las manos de los hombres. Si Teresa, vo viendo á vivir la viera, creeria ciert mente en la rara hermosura con que cielo la dotó. (1)

(1) En las numerosas procesiones que *siempre heróica Sevilla* hizo à San Juan de Cruz en su canonizacion, salió esta gallar

La estatuaria, arte nobilísimo que alienta los mármoles y los leños: que en Grecia representó el espíritu humano, en sus necios estravios, en su soberbia gentileza: en Roma el militarismo y las pasiones vergonzosas, vino à ser en el calvario el mas fiel trasunto de la humildad, de la pureza, de la modestia y de la castidad. ¿Quién que mire, ni menos que estudie, una estátua griega ó latina remontará sus ojos al cielo? ¿Quién que vea una católica, los dejarà clavados en tierra? Nadie.

Entónces el escultor, dirijiéndose al prelado y mirando á todos los presentes, continuó:

—Esta creacion por su tamaño, la lindeza del rostro, su valiente postura, su dulce animacion, su sabia periferia, sus blandos ropajes y por todas sus demas be-

---

efigie. Un piadoso cronista, hablando de ella, dijo: "Tan hermosa, que si la Santa la viera, creeria en su imágen, lo que decia no haber podido nunca creer de sí: aunque vulgarmente todos se lo decian."

llezas, vale en mi juicio ochocientos doblones.

—Y por el mio: lo mismo.

Interrumpió el pintor.

—Así es, en lo que *yo alcanzo.*

Dijo el Almirante.

—Yo, señores, continuó este, he recorrido la Italia, he visitado la Flandes, he estudiado la Alemania, y en ninguna de tan esclarecidas naciones he visto *estátua de madera* mas delicada que esta. No parece sino que los mismos ángeles del cielo le dieron á Martinez Montañés el diseño para hacerla.

Mucho gustaron á todos los oyentes estas breves palabras del Almirante.

VII.

El Prior, con la mayor finura, los llevó á su celda, donde tomaron dulces, vinos generosos y el chocolate. En ella estuvieron mas de una hora en amigable é ingénua conversacion. El Almirante demostró su grande inteligencia en todas las bellas

artes y en sus historias, acreditando á las claras los talentos y los amenos estudios, que siempre han tenido los marinos españoles.

Concluido aquel modesto banquete, el Almirante y los dos artífices fueron despedidos, en las puertas del convento, por el Prior y la comunidad entera, con las dulces y corteses demostraciones, que siempre usaron los hijos del Carmelo.

El Almirante, en su vuelta á Sevilla, no quiso montar à caballo. Mandó al paje, que cabalgaba otro tambien magnífico, que lo trajera de diestro, para venir hablando con los artífices.

VIII.

En un tallér de escultura, situado en la plazuela del Buen Suceso, collacion de la parroquia de San Pedro, el Real, todos los dias, no festivos, á las once de la mañana, estaban dos hombres, en cómodos reclinatorios, conversando á sus anchas con el artífice, el cual trabajaba sin parar.

Eran el Almirante de la armada de lo
galeones de **S. M.** y de las flotas de Tierra
firme, *Leonardo de Lara*, caballero de l
órden de Santiago, feligrés de San Vicente
mártir: el pintor *Juan Simon Gutierre*
natural de Medina Sidonia, vecino de l
misma plazuela del Buen Suceso, y el es
tatuario sevillano *Mateo Bermudez*; lo
cuales, en tertulia dulcísima, hablaban
discutian sobre el origen, desarrollo, pro
greso, decadencia y renacimiento, que ha
tenido todas las bellas artes, y las obras
las biografías de sus mas gloriosos culti
vadores.

LOS TRES VIAJEROS.

I.

Era una fria mañana de fines del primer tercio del siglo XVI. Las cercanía de la villa de Bornos estaban cubiertas ds escarchas. Una espesa niebla no dejabe paso á los rayos del sol. Vaqueros y pastores recorrian los campos, buscando algun abrigo. El canto triste y apagado de las avecillas venia á dar mayor realce à aquel épico cuadro.

Tres hombres, cubiertos con lujosos ro-
pones de grana y sombrerillos de terciope-
lo morado, con ricas plumas blancas, ca-
balgando magníficos caballos cordobeses,
salian, á trote largo, de las calles de la
indicada villa.

No tardó mucho tiempo sin que el que
hacia de gefe, sujetando su fogoso alazan,
dijera:

—Señores: por las ruinas de *Carissa Aurelia* y Espera à las orillas del Guadalquivir, que ya la nave nos estarà esperando.

II.

Al dia siguiente el sol, con su magestuosa carrera, iba despidiéndose del suelo andaluz, cuando nuestros viajeros llegaron á las inmediaciones del antiguo Betis.

No bien fueron divisados, el capitan de la galera, con voz imperiosa, gritó à los marineros:

—¡*A tierra!*

Puestos en dos filas, con los gorros en

las manos y las cabezas bajas, esperaron la llegada de los viajeros, la cual no tardó. Prontamente la gallarda nao rompió su rumbo hácia el mar.

III.

Las gentes de un ventorillo cercano y algunos rabadanes y yegüerizos, que atraidos de la curiosidad, vieron el sumiso recibimiento, el pomposo embarque, las opulentas vestiduras y el aire noble de aquellos tres hombres, como tambien sus caballos tan ricamente paramentados, creyeron, con justa razon, que serian altísimos personajes. Unos á otros se preguntaban; pero ninguno los conocía, ni sabia nada.

IV.

A los veinte meses, tocando la *Giralda* las ocho de la mañana, en la misma orilla del Guadalquivir, pero no en el mismo sitio, sino al pié de la *Torre del Oro*, sal-

taban en tierra los tres hombres, con lo
tres corceles, seguidos, á respetuosa dis
tancia, del capitan y de toda la tripula
cion de la hermosa nave.

V.

Eran, el magnífico é ilustrado Sr. Du
que de Alcalà de los Gazules, su erudi
to tesorero y el poeta Juan de la Enci
na, los cuales llegaban de Jerusalen y de
más Santos Lugares, trayendo el sever
diseño de la *Casa de Pilatos* y algunas d
las preciosidades artísticas, que hoy ha
cen en tan suntuosa morada, collasion d
la recientemente extinguida Parroquia d
San Esteban Protomartir.

VI.

Todos, despues de haber dejado los tre
caballos á unos escuderos, que los espera
ban, dirigiéronse, en religiosa corte
la Parroquia de San Ildefonso, donde, p
espreso voto del Duque, para darle gra

cias á la dulce Virgen María, por su feliz vuelta, hincados de rodillas y rezando devotamente, oyeron una *misa cantada* en el milagroso tabernáculo *de Nuestra Señora del Pilar.*

VII.

Al salir de la Iglesia de San Ildefonso repartió el generoso Duque entre la marinería *sendas doblas de oro*, y quitándose de su mano izquierda una inapreciable sortija de brillantes, dijo al jefe.

—Capitan: tomad esta sortija. Es un dulce recuerdo de mi familia. Ahora os la regalo para, de alguna manera, mostrarme agradecido á los esquisitos cuidados y desvelos, que habeis tenido con nosotros, en tan larga y espuesta romería. Id con Dios.

Así, en lo antiguo, nuestros magnates cumplian sus promesas religiosas. Así se portaban con todos los hombres, que les servian. Así, en fin, haciendo viajes peligrosísimos á los más retirados confi-

nes del mundo, traian á sus Palacios Donadios las mejores creaciones de las ciencias, de las letras ó de las artes.

EL MENDIGO.

I.

En 1328 vivia en Sevilla, su pátria, un caballeró muy rico, de hermosa y simpática figura, llamado D. Rodrigo, el cual frecuentaba los caminos de perdicion en toda clase de vicios y desenvolturas.

Sus piadosos y ancianos padres, que habien servido al rey D. Sancho el *Bravo* y á su hijo D. Fernando IV el *Emplazado*, en altos oficios del palacio, murieron con la dura pena de verlo hecho un escanda-

loso libertino; dejàndole inmenso caudal, uno de los primeros que en aquella época se conocian en Sevilla.

D. Alonso Fernandez Mexía, su antiguo amigo, cansado de hacerle ver su mala vida, odiando su trato y comunicacion, lo abandonó para siempre. (1)

Pero no por esto D. Rodrigo corrijió sus desarregladas costumbres, antes, al contrario, se encenagó mas y más en sus abominables prevaricaciones.

Todas las orgías de Sevilla eran visitadas por D. Rodrigo. En todo lo malo se hallaba. En todo tenía parte.

Entre sus fincas rústicas contàbase una magnífica hacienda de olivar, en las inmediaciones de Sevilla, pago de *Galuchena,* donde reinaba la mas esquisita suntuosidad. No parecia la casa de campo de un rico vasallo, sino el alcázar de un ca-

(1) Murió de avanzada edad, despues de 1368. Era bisabuelo de Pedro Mexía, cronista de Cárlos V. Está sepultado en panteon propio en la parroquia de Santa Marina.

lifa. En la temporada de primavera solía habitarla, acompañado de sus más íntimos amigos ó de alguna de sus muchas concubinas.

La pobreza habia sido siempre para don Rodrigo una marca de oprobio, un baldon de ignominia, por lo que no podía resistir la vista de los pordioseros. Cuando alguno entraba en su casa á pedirle una limosna, mandaba á sus criados que lo echasen á la calle. Su durísimo corazon jamás habia esperimentado el dulce placer y el santo deleite, que se siente cuando se alarga la mano à los mendigos, á los *pobres de Jesucristo.*

II.

Una tarde de la primavera de 1334, hallábase en la casa de campo, que hemos ya referido, à la que él habia dado el nombre de *Quinta de las alegrías*, comiendo con su más hermosa concubina.

La mesa estaba ricamente vestida. Viandas apetitosas y delicados dulces cu-

bríanla con profusion. Servíanla domésticos vestidos de librea. Una música deliciosa escuchábase en el inmediato jardin. Todo allí convidaba al mas refinado sensualismo.

Estaba D. Rodrigo acabando de trinchar unos bien aderezados faisanes, cuando uno de los pages le dijo:

—Señor, à la puerta del jardin está un mendigo pidiendo una limosna.

—Que perdone. ¿No te he dicho muchas veces á tí y á todos mis criados que no quiero pobres junto á mí, porque me apestan y no puedo tolerar sus repugnantes andrajos?

Contestó D. Rodrigo con tono airado y altanero.

—Es, señor, que este mendigo tiene un aire de magestad; un *no sé qué*...... Vaya por la gloria de vuestros padres os suplico que entre para que lo veais.

—Pues dile que pase adelante.

El mendigo, guiado por el page, entró en el comedor. Era un hombre muy simpático, como de treinta y tres a treinta y

cuatro años de edad. Su cara, llena de clemencia, su mirar modesto y sus humildes, pero limpias vestiduras, despedian un olor suavísimo, que aromatizaba el espacio por donde iba. Traia los pies desnudos y descalzos, unas árgenas al hombro y un báculo en la mano.

La concubina, al verlo, palideció. Pero D. Rodrigo, inclemente como las fieras de los desiertos, mandó al page que sacará de la alhacena unos pedazos de pan duro.

Al dárselos el page al pobre, le dijodon Rodrigo á éste, con aire burlesco y despreciativo.

—Vaya, hermano. Tome esos pedazos: que *á buena hambre no hay pan duro.*

—Es verdad, señor.

Contestó el mendigo, retirándose con mansedumbre.

III.

Aquella misma madrugada, la concubina murió de repente; un furioso huracan

àrrancó las plantas y los àrboles del jar-
din, derribando sus robustas tapias, los
molinos, los almacenes de aceite y gran
parte del caserío de la hacienda; cuatro
centellas, penetrando por las ventanas en
las habitaciones, hicieron pedazos los más
ricos muebles y los mas perfumados lechos;
y, en un momento, la *Quinta de las Ale-
grías* convirtióse en el *Hogar de las Lá-
grimas.*

A la mañana siguiente D. Rodrigo, lle-
no de horror, trasladóse à otra casa de
campo, tambien suya, cerca de la villa de
Dos Hermanas. Allí á los pocos dias cayó
enfermo. Una profundísima tristeza le
postró en cama. La memoria del mendigo,
la muerte de la concubina, el huracan, las
centellas; todo, todo le aterraba y estre-
mecía.

IV.

Era el dia 14 de julio de aquel mismo
año. D. Rodrigo, en su alquería de Dos
Hermanas, atacado de una tísis pulmonar

aguda, encontràbase á las puertas de la muerte. El médico no se apartaba de su cabecera.

A las dos de la tarde, el mismo pago que en la *Quinta de las Alegrías* anunció à D. Rodrigo la llegada del mendigo, entró en su habitacion, diciéndole en voz baja.

—Señor, ahí está el mendigo de la *Quinta de las Alegrías*, pidiendo una limosna.

—¡Que éntre: que éntre.

Dijo D. Rodrigo con vehemente acento, haciendo un gran esfuerzo para incorporarse.

Entónces dirijiéndose al médico, le dijo:

—Maese: tendreis la bondad de retiraros por un momento; pues tengo necesidad de hablar con ese pobre.

El médico salióse al punto de la habitacion.

V.

El mendigo, vestido de la misma manera que se presentó en la *Quinta de las Ale-*

grías, entró en la sala del enfermo, y po-
niéndose á los piés de la cama, bajando
la cabeza, lo saludó fina y cariñosamente.

—¿Quién sois? le preguntó D. Rodrigo
derramando un mar de lágrimas. La pri-
mera vez que os ví, continuó, disfrutaba
bueno y sano de las glorias del mundo.
Hoy, enfermo de muerte, estoy apurando
las heces del càliz de la amargura.

—Yo tambien las apuré por tí.

—¡Por mí!

—Sí: por tí y por otros muchos com
tú.

El pobre, al acabar estas enérgicas pa-
labras, acercándose á la cabecera del en-
fermo, abriendo las manos, destapándose
el costado y enseñándole los piés, le dijo:

=Rodrigo: vé quien soy. Mira estos
agujeros. Mira esta lanzada. Los clavos
de tus pecados me los formaron: tus peca-
dos me la dieron.

—¡Ay, Jesus del alma mia! Ponedme
sano: que no volveré á ofenderos más.
*te, Domine, speravit non confundar in æter-
num.*

—Pues ya lo estás. Levàntate.

En efecto, D. Rodrigo levantóse, y como otra Magdalena lavó con sus lágrimas los piés de *Jesucristo*, el cual, echándole su bendicion, sin saber por donde, desapareció repentinamente.

El médico, los criados y todos los que venian á la casa de campo á preguntar por el enfermo, quedaron aturdidos de la instantánea curacion de D. Rodrigo. Este á nadie dijo nada de lo que le habia pasado con el mendigo, ni menos quién era.

VI.

A los pocos dias vino á Sevilla D. Rodrigo, donde, habiendo hecho una confesion general con un santo religioso franciscano, abandonó para siempre sus vicios y sus malos amigos. Aconsejado por su venerable confesor, repartió gran parte de sus bienes entre los pobres y fundó un convento, en el que tomó el hàbito de lego, volviendo á la tierna amistad de don Alonso Fernandez Mexía.

El hermano Rodrigo era en el convento un espejo de caridad. Lloraba á menudo, recordando sus graves culpas y pecados. Mortificaba su carne con duros cilicios y contínuos ayunos. En su celda no se veia mas que un crucifijo, un breviario y otros libros devotos, una cama de tablas, un cántaro y una calavera. Vestíase de los hàbitos desechados de sus hermanos los legos. Su oracion era incesante. No habia rencilla, por grande que fuera, que el hermano Rodrigo no la acabara. De dia, de noche y á todas horas estaba dispuesto á sacrificarse por sus prógimos. A los pobres, en fin, que llegaban á la portería, los abrazaba cordialmente, y besándoles los piés, les daba abundantísimas limosnas.

Con tan profundo arrepentimiento, el *Mendigo de la Quinta de las Alegrías*, despues de haberlo curado en su cuerpo y en su alma, lo llamó á sí, dándole la tranquila y envidiable muerte de los santos.

Este ú otro parecido fué siempre el origen de los conventos, el motivo de la fundacion de los monasterios, que la impie-

dad de nuestros dias ha echado al suelo, que la furia revolucionaria ha arrancado de cimientos, para sobre ellos levantar coliseos, tabernas y lupanares.

NOTA.—En la página 19 donde dice: *Nuestra Señora del Pilar*, léase: *Nuestra Señora del Coral.*

EL HISPALENSE ERRANTE,

PROSCRITO EN 1821.

—

¡Cuán duro y amargo es el pan de la ca ridad del estraño! ¡Cuán blando y dulce e de la patria! ¡Dichoso una y mil veces quie no llega á gustar el primero!

I.

Yo recorrí las ciudades populosas y la opulentas córtes extrangeras, buscand refugio, alimento y abrigo. Yo llamé á las puertas de los ricos y me las abriero Yo busqué auxilio entre los magnates, y

lo hallé. Yo pedí limosna á los reyes no me la negaron.

¡Santo Dios de Israel: eternas sean tus liberalidades!

II.

Yo me acerqué al castillo del impío, y sus pages me silvaron, y me escupieron à la cara, y me maltrataron de palabra y de obra, y me cerraron las puertas, y dentro de las habitaciones oí los palmoteos y las carcajadas de sus inícuos amos.

¡Santo Dios del Calvario: calma las penas del emigrado!

III.

Yo atravesé los campos, sembrados de àrboles y de flores. Yo llegué á las suntuosas alquerías de los nobles, y me abrazaron, y me acariciaron, y lloraron mi infortunio y me encendieron lumbre, y me dieron leche y miel, y me preguntaron por mi pátria, por mis padres, por mis

hermanos y por mi condicion y me mu-
lleron blando lecho.

¡Santo Dios de Israel: alabadas sean tus
providencias!

IV.

Yo entré en los templos de Jesus, del
Príncipe de la caridad, del Padre del amor
hermoso, y ví á los grandes junto al
Presbiterio, sentados en ebúrneos sitiales;
y ví á sus esposas, arrodilladas sobre al-
mohadones de terciopelo, borda dos de oro
y ví á los pequeños á las puert as, suspiran-
do y gimiendo, y ví á sus mugere s y á sus
hijos, hincados en el duro suelo, en los
más escondidos rincones.

¡Santo Dios del Calvario: calma las pe-
nas del emigrado!

V.

Yo penetré en los bosques y en los ver-
geles, en los montes y en los valles, llenos
de aves y de ganados. Yo llegué à las pi-

torescas y humildes cabañas de los pastores, y me llamaron *hijo*, y gimieron conmigo, y me dieron pan y frutas, y me lavaron los vestidos, y me tejieron canastillos de mímbres, y me los llenaron de lirios y de rosas, y las tórtolas y las palomas silvestres, arrullando al derredor mio, posáronse en mis cansados hombros.

¡Santo Dios de Israel: benditas sean tus bondades!

VI.

Yo visité los salones de los incrédulos. El libertinage y la soberbia reinaban en ellos. Ví á sus orgullosas concubinas estenuadas y amarillas, llenas de encajes y de pedrerías. Ví à sus tristes hijos, raquíticos y plagados de lacerias. Nadie me miró. Nadie me saludó. Todos me despreciaron.

¡Santo Dios del Calvario: calma las penas del emigrado!

UNA MISA REZADA.

I.

Era un hermoso dia de la Providencia. La morisca torre de la parroquia de San Márcos acababa de dar las ocho de la mañana. Dentro de la iglesia solitaria reinaba un silencio sepulcral. A los piés del altar de *Nuestra Señora del Rosario*, un hombre y una muger, que tenia en sus brazos a una niña lactante, puestos de rodillas, oraban con mucho fervor. De cuando en cuando, los inocentes lloros de la niña venian á romper aquella honda calma. La muger para callarla le daba el pecho.

II.

Eran el memorable escultor y arquitecto Pedro de Roldan y su legítima consorte D.ª Teresa de Mena y Villavicencio, feligreses de San Màrcos, devotísimos de *Nuestra Señora del Rosario*, (1) y su hija Luisa Ignacia, que despues honrando y embelleciendo el arte con sus delicados cinceles, fué conocida por la *Roldana*. Venian sus buenos padres á presentàrsela y á ofrecérsela á la Señora, para que la acojiera bajo su piadoso manto, en los peligros y amargas tribulaciones de la vida humana.

III.

El sacerdote llegó al altar de *Nuestra Señora del Rosario*. La misa comenzó. Los dos esposos la oyeron con sumo recoji-

---

(1) Los dos esposos estàn sepultados á los piés del banco de este altar.

miento. Concluida, salieron del templo para su vecino domicilio. (2)

IV.

Tal fué la dulcísima católica escena que representaron estos insignes personages, en el verdadero sentido de la palabra. ¡Ojalá que algunos frios artífices de nuestros tristes dias los imitáran!

(2) Vivian en la fachada que forma la plaza de San Màrcos, entre la calle del Socorro y la de Bustos Tavera.

EL SUPLICANTE PIADOSO.

I.

Muchas mañanas de la primavera del año de 1554, un hombre de rostro sereno, saliendo por la puerta de Carmona, dirijiase, con andar pausado, á la famosa capilla rural de *San Sebastian del Campo*, collacion de la parroquia de S. Bernardo.

Su modesto traje, su mirada humilde y su ademan devoto atraian sobre él la curiosidad y las conversaciones de los transeuntes.

Cierta vieja siguióle una mañana.

Llegado al santuario de *San Sebastian del Campo*, sacando de la faltriquera un grueso rosario de plata, arrodillóse delante del altar mayor.

Mas de una hora larga estuvo en cristiana y profunda meditacion, al cabo de la cual salió de la ermita: volviéndose á Sevilla por el mismo camino que habia llevado.

Nuestra vieja llena de ardorosa inquietud de ánimo, á corta distancia, caminaba detrás de él. Pero, sin saber por donde perdiósele, dentro de las calles de Sevilla

II.

Era el piadoso é inolvidable pintor Luis de Vargas, que venia de cumplir un voto hecho á San Sebastian, por la salud de su hábil y querido discípulo, el jóven portugués Vasco Pereira, el cual habia padecido una gravísima enfermedad aguda, debiendo su curacion y su restablecimiento al patrocinio del Santo.

Iba, como verdadero católico, á dar gracias al bendito mártir, por los grandes favores, que oyendo sus vehementes ruegos y sus oraciones fervorosas, le habia dispensado.

LOS VEINTE AÑOS

Ó EL HUERTO DEL PINO.

I.

En el año de 1603 vivia en el *Huerto del Pino*, cuyas puertas están en una despoblada callejuela, casi al final de la Calzada de la Cruz del Campo, collacion de San Roque, un jóven matrimonio, que por sus virtudes y buena vida era el ejemplo de todo aquel barrio.

El marido, trabajador incansable, es

llamaba Sebastian: la muger, laboriosa hasta el estremo, Ana.

Seis años habia, que ministro del Altísimo los unió en la tierra con los dulces lazos del vínculo católico, *único verdadero*; y ya contaban en el cielo con una *niña* de cinco, fruto de su casto amor.

Esta triste pérdida los aflijió mucho. La niña era para ellos la dorada cadena de sus dichas. Dios, en sus inescrutables juicios, quiso darles esta grande angustia; pero la bendita pareja recibióla con la honda y callada resignacion de los justos.

—Ana: le decia Sebastian, tengamos paciencia, hija mia. Consolémonos; que más sufrió Jesucrito por nosotros. Nos ha llevado á la niña. Suya era. Nada, pues, nos ha quitado. Está en el cielo pidiendo por sus padres. Su angelical espíritu vaga por encima de estos tejados y de estos árboles, para auyentar de ellos á los enemigos de nuestros cuerpos y de nuestras almas. Mira: cuando á las doce de la noche, el aire favorable nos trae los lejanos y melancólicos tañidos de la campana de

Cartuja, que levantan nuestros corazones á las alturas celestiales, me parece oir su voz, diciéndonos:

—Padres mios: yo ruego por vosotros al Dios de las misericordias.

No es posible que nos haya olvidado. Si el Eterno, como suya, ha dispuesto de ella, tal vez cuando menos pensemos nos dará otra.

En efecto, no se habia pasado un año y Ana, en un parto trabajoso, dió á luz otra hermosa niña. Pero apenas volvió de ser bautizada, en la parroquia de San Roque, cuando atacada de fuertes convulsiones, murió á los cuatro dias por la mañana, antevíspera de Pascua de Navidad.

Sus padres la lloraron: pero siempre obedientes á los decretos del cielo, llevaron con paciencia su nueva desventura.

—Está visto, Ana, Dios no nos quiere para padres.

Dijo Sebastian, lleno de lágrimas.

II.

Eran las doce de aquella *Noche Buena*. Un fuerte aldabonazo siénteso en la puerta del *Huerto del Pino.*

—¿Quién llama?

Preguntó Sebastian desde su habitacion.

—Gente de paz.

Contestó una voz culta é imperiosa.

Sebastian fué hàcia la puerta, y abriéndola de par en par, encontróse de repente con tres enmascarados, envueltos en largas capas, los cuales por sus aires y sus maneras parecian sugetos de distincion.

Uno de ellos, que hacia de gefe, dijo:

—Sebastian, vamos adentro.

—Señor, ¿para qué?

—Ahora lo verás?

Ana asustóse sobremanera con aquella estraña visita.

—Muger, no temas, que traemos tu felicidad y la de tu marido.

Dijo el mismo enmascarado.

—Pues, señor, no la quiero de este m

do tan brusco, ni con tantos tapujos.

Contestò Ana.

—Son necesarios.

Repuso el enmascarado con mucha flema.

Otro de ellos, desembozándose, sacó de debajo de la capa una niña bellísima, blanca como la nieve. Sus cabellos rubios le tapaban la frente. Venia lujosamente vestida.

—Ved aquí, dijo el enmascarado, dándosela á Ana, la que va á labrar vuestra dicha. Tratadla como hija, que algun dia sabreis quién es.

En esto, el tercero de los desconocidos, llamó à dos lacayos, los cuales dejaron en una alcoba un gran baul que encerraba la ropa de la niña, algunos lindísimos juguetes y una cama de ébano, cincelada con mucho gusto.

El enmascarado que hacia de principal, tomando una silla, sentóse en ella, y todos imitaron su ejemplo.

III.

—Señores, dijo á Sebastian y á Ana, esta niña debe ahora ser para vosotros un misterio incomprensible; pero yo os aseguro, que algun dia no lo será. Está bautizada. Se llama Adela. No haced jamás ningunas indagaciones sobre su orígen, porque podria acarrearos gravísimos infortunios. Educadla en el santo temor de Dios. ¡Quien no lo teme, es mármol frio, lago inmundo, árbol seco, campo estéril.

La noche última de todos los meses, al dar las doce la *Giralda*, una mano, introducida por la ventanilla que de paso ví en la puerta, junto al cerrojo, os dará abundante pension para vestirla y para alimentarla.

Si, lo que Dios no permita, enferma, aunque sea de un mal lijerísimo, llamad al instante al sábio doctor Juan de Victoria, que vive en la collacion de la parroquia de Santiago, el *Viejo*, el cual desde hoy

tambien será vuestro médico. Está hablado para el caso.

De aquí á veinte años, si al Señor le place, nos volveremos á ver bajo estos humildes techos. Tomad este canastillo de plata. En él recojereis la pension mensual. La Santa Providencia nos conserve á todos la vida, para que, como he dicho, de aquí á veinte años y á esta misma hora, nos volvamos á ver. Quedaos con Dios.

IV.

Los tres embozados levantándose y despidiéndose, salieron del huerto del Pino. Sebastian cerró la puerta y habiendo vuelto á la habitacion, dijó á Ana, con tono esclamatorio y admirativo.

—¡Muger: qué es esto que nos està pasando!

—La mano de Dios que nos favorece. Contestó Ana.

Esta despues de haberle dado de mamar á la niña Adela, que lo hizo grandemente, movida de curiosidad abrió el baul

y se quedó pasmada, al ver tan costos vestiduras, propias de grandes señore de ricos magnates. En un rincon del ba habia un bolsito de malla de plata co seiscientos ducados, en monedas de oro.

La bendita pareja no pudo menos d reconocer en aquel estraño suceso la ma no de Dios favoreciéndolos. El buen siempre espere dichas. El malo tema siem pre pesares.

Pasó todo aquel mes y el venidero de año nuevo. La niña Adela sana, robus y alegre, llenaba con sus primeras gr cias, de dulcísimos placeres, los ingénu corazones de sus padres adoptivos.

Al llegar la señalada última noche, Se bastian esperaba la venida del desconocid Un poco antes de las doce siente levísim pasos, como de tres ó cuatro personas, cer ca de la puerta del huerto.

Puesto de pié, frontero á la ventanill esperaba, con el canastillo en la mano, l llegada del desconocido. A la tercera cam panada de las doce, que dió la *Girald* una mano blanca y bellísima de muge

llena de ricas sortijas de brillantes, cuyo brazo estaba vestido de finos encajes flamencos, asoma por la ventanilla. Sebastian pone el canastillo, y la mano deja caér en él porcion de monedas de oro. El desconocido pregunta.

—¿Està buena Adelita?

—Sí.

Contestó Sebastian.

=Pues entónces, hasta el mes que viene.

Sebastian cerró la ventanilla. Vino á la habitacion y contó sobre la mesa de comer las monedas de oro, las cuales montaban à la cantidad de dos mil reales.

—Vaya, Ana, esta será la asignacion que tengamos todos los meses!

—Sí, esa serà, Sebastian. Pero yo sin ninguna mantendría ya à Adela. ¿No ves que criatura tan buena? Jamás llora. Siempre se está riendo. La voi amando cada dia más. Hasta la *Tia Palote*, que sabes lo mala que es, la quiere mucho. ¿Y quién no ha de querer á este angelito? Yo estoi tan desocupada como si no criara,

porque me deja asistirte, guisar la comida y hacer las faenas de la casa.

VI.

Todos los meses, á la misma hora de la noche, la misma preciosa mano, llena de valiosos brillantes, la misma pregunta y los mismos dos mil reales, llegaban á favorecer á aquellos benditos hortelanos.

Adela, cada dia mas graciosa y bonita salió de la lactancia. Su salud y su lozanía eran inmejorables. Bajo los artesonados techos de las alquerías de los poderosos los niños se crian enfermizos; pero no sucede así en las chozas ó en las cabañas de los pobres. Dios todo lo compensa en este mundo.

Cuando Adela llegó á la edad competente, hizo su primera confesion en la capilla del ilustre gobernador Pedro de Vera, una de las que formaban la linda iglesia del ya, *por la piqueta del impio*, demolido convento de Santo Domingo de Porta Cœli, collacion de San Bernardo, con un

religioso ejemplar, que habitaba aquella santa mansion.

Vestida de blanco lino y coronada de olorosas flores, parecía un ángel. Sebastian y Ana, llenos de alegria, no la dejaban de la mano. La capilla del Santísimo, en la que comulgó, estaba lujosamente adornada. Miles candelas alumbrabánla, y hermosos jarrones de lirios y de rosas perfumaban aquel sagrado recinto. Los cielos, la tierra, las aves y los hombres, prosternados ante la hostia del Señor, le dirijían cánticos de alabanza.

Cuando el Sacerdote tomó en sus manos el *Cuerpo Real* de Jesucristo, para regalarlo á la boca de Adelita, los piadosos concurrentes echáronse al suelo, y una mùsica de ruiseñores de las contíguas huertas rompió, de improviso, en deliciosos harpejios, parecidos à los de los serafines. El Santo de los santos bajó, por primera vez, á confortar á aquella inocente criatura en los trabajos de la vida. Allí todo fué misterioso: todo fué dulce: todo fué grande.

Concluida la sagrada ceremonia, Sebas-tian y Ana trajeron á Adelita al huerto. Millones de enhorabuenas recibieron por el camino de las sencillas gentes de la Calzada.

VII.

Un sábio carmelita del ya tambien desaparecido convento de Santa Teresa de Jesus, junto á la Cruz del Campo, fué el maestro de Adela, enseñándole á leer, escribir, contar, el idioma pátrio, la doctrina cristiana, principios de religion, nociones y reglas de música, rudimentos de historia y de geografía y otras cosas necesarias para formar una señora verdaderamente católica é ilustrada.

Adela era muy aventajada. Las claras luces de su entendimiento le proporcionaban aprender todo con prontitud y perfeccion. En poco tiempo el docto carmelita de Santa Teresa de Jesus, viendo los estraordinarios progresos que habia hecho Adela en sus estudios, dió por termina-

su educacion. A los catorce años ya no necesitaba maestros la *bella hortelana.*

Sebastian y Ana la amaban como hija. Todos los dias, muy temprano, despues de echar la llave á la puerta del huerto, iban á oir misa, ya al monasterio de San Benito, ó ya á los conventos de San Agustin, Santa Teresa de Jesus ó Santo Domingo de Porta Cœli.

Tan luego como regresaban al huerto del Pino, que siempre era à las ocho en verano y á las nueve en invierno, Adela dedicábase á cantar, tocando el harpa, ó á la costura, en cuya labor era sobresaliente; por que habia sido enseñada por una famosa maestra del Barrezuelo: Ana, á los quehaceres de su casa, y Sebastian á cultivar la tierra, á regarla, á abrir acequias ó á cojer las verduras.

En aquella santa morada residía la virtud bajo humildes techos. Dios velaba por ella. Dios la protejía. Dios la acariciaba. Dios la cubria con su estrellado manto. Ni las dolencias màs ligeras, ni los màs leves disgustos llegaban jamás á sus puer-

tas. Allí el honrado Sebastian, la traba
jadora Ana y la bella Adela dejaban cor
rer sus dias, como los arroyuelos qu
serpenteando á los piés de las flores, va
suavemente á dilatarse por la ancha lla
nura de las vegas. Nunca necesitaron d
los acertados auxilios del sábio docto
Juan de Victoria.

VIII.

Muchas tardes Adela tocando el harpa
que dominaba, bajo las verdes ramas d
un hermoso pino nacido enmedio de
huerto, hacia parar á los caminantes qu
iban por la Calzada. Su manera clásica
su voz dulcísima y su alta entonacion
eran aplaudidas de todos. Allí, bajo aque
frondoso pino, la *bella hortelana* recibi
las oblaciones y los víctores de sus oyen
tes los transeuntes, algunos de los cuale
subidos ó asomados por las tapias de
huerto, recreábanse en la rara hermosura
de Adela.

IX.

Casi insensiblemente llegó Adela á los diez y nueve años. Una noche de otoño, despues de haber rezado los tres el santo rosario, piadosa costumbre que muchos por desgracia, tienen hoy tan olvidada, dando Ana un suspiro muy profundo, exclamó:

—¡Adela de mi alma, jóven hermosa: poco tiempo nos queda ya de tenerte junto á nosstros!

—¿Pues qué vais á hacer conmigo? Preguntó Adela con inquieta sorpresa.

—Por mi vida. Reveladme los secretos de vuestros corazones. ¿No sois mis padres?

Un profundo silencio, que duró algunos instantes, siguió á esta triste é intempestiva pregunta, al cabo de los cuales Sebastian, con tono amoroso y bañado en lágrimas, le contestó de esta manera:

—No, Adela mia, no somos tus padres. No eres tú la hija de estos pobres horte-

lanos. Aunque no sabemos á punto fij
quienes son tus padres, creemos por cla
rísimos indicios, que serán altos señore
que ocupan en el mundo brillantes pue
tos. No tardará mucho tiempo sin que,
Dios nos dá vida, todos lo sepamos.

Entónces Ana le contó á Adela menu
damente su rara venida al huerto del Pi
no, los tres enmascarados que la trajer
y el abundante socorro que para vestir
y alimentarla les pasaban todos lo mese

Adela, al acabar Ana su discuso, rom
pió en un desatado llanto.

—No llores, no, hija mia, no llores,
dijo Ana. ¿Qué podias tú esperar de est
pobres hortelanos? Dale muchas gracias
Dios de no ser nuestra hija. ¡Cuán difere
te va á ser tu porvenir, al que tendrí
entre nosotros y bajo estos humildes te
chos! Tú saldrás de aquí para ocupar
el mundo el elevado rango que por tu c
na te pertenece. Aquí no hubieras ten
nunca sino pan, fatigas é indiferencia
Donde irás, no lo dudes, tendrás abunda
cias, descanso y consideraciones.

la el inesperado relato de Ana; però ocultó prudente la grave herida que habia causado en su corazon.

—¿De quién seré yo hija?

Se preguntaba á sí misma.

—¿Quienes serán mis padres? ¿Porqué me habrán traido, casi reciennacida, al *Huerto del Pino*? ¿Porqué tan débil, me retirarian de sí, de su blando calor en la aurora de mi vida? ¿Porqué me habrán abandonado?

Estas y otras preguntas, de semejante índole, hacian oscilar la tierna alma de aquella bella criatura, causandole grandes dolores y haciendole verter rios de làgrimas.

Sebastian y Ana la consolaban, poniendole por delante un cuadro sencillísimo, pero bien pintado, de su futura grandeza, de su fausto y de la opulencia, en que iba á vivir, cuando estuviese al lado de sus verdaderos y legítimos padres.

X.

Era la *Noche buena* del año de 1623. Sevilla, animada con la *misa del gallo*, bullía por todas partes. Miles cuadrillas de hombres y de mujeres, del estado llano, atravesaban la Alcantarilla de las Madejas, dirigiendose, las unas por el callejon del Judío, al convento de Santo Domingo de Porta-Celi, y las otras, siguiendo la Calzada, al monasterio de San Benito, ó al convento de Santa Teresa de Jesus. Las campanas, rompiendo en alegrísimos repiques, indicaban que ya el rey de los reyes iba á nacer, entre las pajillas del humilde pesebre de Belen, para comenzar la salvacion del hombre, abatido por el pecado. Las aves nocturnas, con sus lastimeras plegarias, venian tambien á dar grande interés á aquel pintoresco paisage.

No habia la Giralda acabado de dar las doce, y dos lujosísimos coches, tirados por ehrmosos caballos negros, pararon á la la puerta de *Huerto del Pino*. Tres enmas-

carados salieron del que venia delante. Un fuerte aldabonazo hizo preguntar á Sebastian.

—¿Quien és?

—Gente de paz.

Contestó la voz misma, que hacia veinte años lo habia ejecutado.

=Allá van.

Dijo el marido de Ana.

Abierta la puerta del todo, los mismos tres enmascarados entraron en el Huerto del Pino y se dirigieron á las habitaciones donde estaban, sentadas à la lumbre, Ana y Adela.

El que hacía de jefe, tirando al suelo la máscara y la capa que le cubrian, presentóse vestido de *Comendador de Calatrava*; el otro, imitando su ejemplo, de *Maese de Campo* y el otro, en fin, de *Dama*, pomposamente ataviada.

El que vestia el nobilísimo hábito de Calatrava, dirigiendose á Sebastian y á Ana, les dijo así:

=¡Gracias á Dios, señores, que nos volvemos á ver! En este momento recordareis

que sé cumplir la palabra que os dí hac veinte años. Estos son los mismos dos enmascarados, que me acompañaban.

Entonces, tomando de la mano á la señora y presentandosela á Adela, habló de esta manera.

=Adela: aquí tienes à los autores de tu dias. Ya te podemos llamar *hija* á boca llena. Venimos por tí y tambien por esto honrados labriegos. Son tus segundos padres en la tierra. Sabemos como te ha criado. Lo mucho que te aman. Los grandes, admirables progresos que has hecho en tu cristiana educacion y en tus amenos estudios. Lo bien que cantas y tocas el harpa. Nada, nada ignoramos de cuanto te ha sucedido durante el largo tiempo de tu residencia en esta dulce morada de honor y de gloria.

Ahora mismo, continuó, todos vamos á abandonar este *huerto del Pino*: para lo que dos coches nos están esperando á la puerta. Vamos, vamos.

Un silencio sepulcral siguió por algun tiempo á las enérgicas palabras del Co-

mendador de Calatrava. ¡Qué cuadro tan tierno y espresivo ofrecia en aquellos instantes la pobre habitacion del *Huerto del Pino!* Las lágrimas resbalándose por las mejillas encendidas de todos los presentes. Los grandes y ricos de la tierra cruzando sus finas y perfumadas manos, con las callosas y tostadas de los pequeños y pobres del mundo. ¡Santísima alianza que solo Jesucristo pudo formar entre los hombres!

Adela, llorando á mares, besó por primera vez la amorosa mano de sus verdaderos padres, los cuales le echaron su bendicion, diciéndole:

—Adela, hija de nuestra alma, quiera el cielo que seas tan feliz como nosotros hemos sido desgraciados desde que viniste al mundo, por enojos y choques de familia, *que morirán en el silencio*, los cuales nos han forzado á apurar, dia por dia y hora por hora, las espesas heces del cáliz de la amargura.

XI.

Cerrada por Sebastian la puerta del *Huerto del Pino*, todos montaron en los coches. En el primero de honor venia el Maese de Campo, hermano de la madre de Adela y los dos hortelanos. En el segundo Adela y sus padres.

Parados en la collacion de Santa María Magdalena, delante de una magnífica y suntuosa casa principal, entraron en ella.

Una cena opulenta los esperaba. Todos sentàronse á la mesa, y como viera el Comendador de Calatrava que Sebastian y Ana, por cortedad y por vergüenza, lo rehusaban, tomándolos de la mano y poniendo á la bellísima Adela enmedio de ellos, con tono dulce y delicado, les dijo:

—En mi casa, señores, tendreis siempre un honroso lugar, y en mi mesa el preferente. Un corazon generoso y agradecido premia asi vuestras virtudes y vuestros merecimientos.

Acabada la opípara cena, fueron todos

à recogerse. El aposento del labriego matrimonio era lindísimo, alhajado con mucho gusto.

Sebastian y Ana dejaron el *Huerto del Pino*, dieron al Comendador de Calatrava el resíduo que tenían de la prima mensual de Adela. Aquel se lo impuso en *juros*, para limosnas y gastos extraordinarios.

Hasta sus muertes Sebastian y Ana vivieron en esta rica y esclarecida casa, con aquellos magníficos Señores, los cuales tambien acabaron sus dias en la misma.

Los buenos servicios, los leales procederes, cuando se hacen ó se tienen con nobles caballeros, con pechos hidalgos, siempre han encontrado el premio y el pago que los poderosos Comendadores de Calatrava dieron á nuestros benditos hortelanos.

Recuerdos Sevillanos.

La casa de la Padilla.

En la calle de la Morería, collacion de la parroquia de San Pedro, el Real, que hoy, por el derribo de los cuarteles de tropas, forma la fachada del lado de entre Oriente y Norte de la plaza del Príncipe Don Alfonso, habia en el siglo XVI, una casa llamada de la Padilla, donde habitaban varias humildes familias.

Contábase entre sus vecinos á un viejo soldado inválido de nuestros invencibles tercios, el cual ocupaba una pequeña vivienda alta. Era un ilustre campeon, que venciendo a los enemigos de su pátria, se cubrió en muchos

combates, de los inmarcesibles laureles de la victoria.

Padecia el infeliz de fuertes tenaces dolores reumáticos en las rodillas, contraidos en sus largas campañas, los cuales, casi siempre, lo tenian postrado en el lecho.

Asistíalo, por mera caridad, el sábio doctor Andrés Zamudio de Alfaro, médico de Cámara del rey Don Felipe II, sin haber conseguido nunca quitarle, por mas métodos curativos que habia ensayado, sus inaguantables dolencias.

Todas las noches, desde las Oraciones hasta las Animas, venia á visitarlo un soldado, camarada antiguo suyo, hombre erudito y festivo, manco del brazo y mano izquierda.

Habian militado juntos en Europa y en Africa, tomándose, uno á otro, el tierno cariño, que acrecienta mas y mas el trueno de los cañones, el golpe de las lanzas y el *ay* de los moribundos.

Aquellos ingénuos vecinos se reunian en la sala del inválido, para pasar sabrosos ratos, oyendo los originales chistes del soldado, en el gracioso relato de su vida militar. El *manco*, que así le llamaban todos, estaba muy querido de los sencillos moradores de la casa de la Padilla.

Una noche el doctor Zamudio de Alfaro, viéndolo por primera vez, rió, en extremo, con las delicadas sales del *manco*. Movido de curiosidad, entabló con él este diálogo.

—¿Quién eres?

—Un hombre, *hécho* y *derecho*.

—Ya lo veo: pero un hombre, *hecho* y *derecho* que oculta su origen, bajo ese noble, aunque humilde traje de soldado.

—No lo oculto, Señor: bien lo manifiesto. Soy un pobre desventurado hijo-dalgo.

—¿Dónde moras?

—Cerquita de aquí, Señor: en una sala alta, mejor diré zaquizamí del cuartel de la Cava, en Triana.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—¿Cuál es tu pátria?

—Alcalá de Henares, en Castilla la Nueva.

—¿Has batallado por el Rey?

—Muchas veces.

—¿En dónde?

—En Lepanto, donde quedé lisiado de este brazo, á bordo de una valerosísima galera, en Tunez, y en otras varias funciones de guerra. Aquí está todavía vivo, aunque no sano, mi inseparable compañero de armas y de peligros, que puede decir á vuestra señoría mis bra-

vas hazañas, peleando por mi Dios y por mi Rey.

—¿Es verdad, Jacinto?

—Sí: Miguel, verdad es.

Contestó el viejo soldado, reclinando su calva cabeza sobre las almohadas y rompiendo sus lábios en apagados suspiros de antiguas amargas memorias.

—Pues entonces, Miguel, dijo el doctor Alfaro, poco has ascendido en la milicia, para tantas proezas, como tienes hechas en ella.

—Poco, Señor, poquísimo: nada. No ha estado para mi la fortuna en la carrera de la caprichosa Palas: pero en otra gloriosísima....

Aquí concluyó est curioso diálogo.

A los pocos dias, el doctor Andrés Zamudio de Alfaro, fué convidado, por Don Juan de Arguijo, á un rico festin de los que, á menudo, acostumbraba tener en su casa, hoy con puerta á la calle de la Compañía, número 9, moderno, collacion de San Andrés, este generoso caballero, este espléndido Mecenas sevillano.

Sentados á la mesa, llamó mucho la atencion del doctor Alfaro, ver en su cabecera, presidiéndola, entre Fernando de Herrera y Mateo de Aleman, al mismo soldado de la casa de la Padilla, el cual sostenia con ellos una risueña animadísima conversacion.

Como á mediados del banquete, levantóse Don Juan de Arguijo, y tomando, con la mano derecha, una copa de oro, llena del dulce Benaxila, y con la izquierda una linda corona de rosas y de amarantos, brindó de esta suerte:

—Señores: por la gloria literaria del soldado Miguel de Cervantes Saavedra, Príncipe de los ingenios españoles, que hoy, presidiendo este sábio banquete, nos honra con su presencia.

Los convidados fueron, uno tras otro, brindando por Miguel de Cervantes, el cual, con cara modesta, lleno de alborozo, daba á todos las mas espresivas gracias.

Entonces el doctor Zamudio de Alfaro, tomando la corona á Don Juan de Arguijo, y acercándose, con pasos y modos cortesanos, á Cervantes, le habló así:

—Erudito é ilustre soldado: los primeros escritores de Sevilla, aquí reunidos, te ofrecen esta corona de flores. Yo, aunque el último de todos, tengo la alta inapreciable dicha de sentarla sobre tus ardientes sienes. ¡Ojalá que nunca se marchiten sus lozanas hojas: ni se descoloren sus pintorescos matices!

Miguel de Cervantes reconoce al médico de Felipe II: le aprieta la mano: lo abraza: diciéndole al oido estas frases ternísimas.

—Señor doctor Alfaro: aquí teneis al Manco de Lepanto: al camarada de Jacinto Perea, de vuestro pobre enfermo: al soldado de la casa de la Padilla: á Miguel de Cervantes Saavedra.

Una deuda sagrada.

Todas las mañanas de los primeros años del último tercio del siglo XVI, un varon respetable, ya bien entrado en edad, de aire finísimo, ricamente vestido, viniendo por la calle de las Cabezas, despues de los Terceros, y hoy parte de la del Sol, pasaba por la puerta principal de la parroquia de San Roman, entrándose por la calle Enladrillada.

Las humildes gentes de aquel barrio fijaron en él sus escudriñadores ojos. Un curioso, que en tales casos nunca faltan, lo siguió una mañana: viéndolo penetrar, á la salida de la calle Enladrillada, en una pequeña casa de mano izquierda.

Avivado con esto mas y mas su ardiente deseo de saber quién era aquel personaje, cor-

rió á preguntarle á un amigo suyo, que vivia cercano, por los vecinos de la casa. El amigo le dijo, que en ella habitaba un matrimonio, muy anciano, al cual, todas las mañanas, hacia muchos años, venia á socorrer, con abundante limosna de metálico, un caballero, desconocido, alto y enjuto de carnes, y que á pesar de haberle preguntado varias veces al marido y á la mujer, que quién era aquel Señor, jamás le habian dicho nada. Con estas razones de su amigo, desistió nuestro curioso de su mugeril intento.

A los pocos meses, sin saber cómo ni por quién, vino á aclararse el oscuro misterio del hombre desconocido, el tenebroso arcano, que tanto habia aguijoneado la vehemente esquisita curiosidad de los sencillos moradores del barrio de San Roman.

Era el valerosísimo almirante Alonso de Chaves Galindo, parroquiano de San Pedro, el Real, que iba á la pobre casa de la calle Enladrillada, á pagar una deuda santísima, en los infelices padres de un generoso marinero de su galera, el cual por librarlo del tajante golpe de un machete enemigo, poniéndose por medio, pereció en un horroroso abordaje.

El sábio almirante Alonso de Chaves Ga-

lindo venia todas las mañanas á la casita de la calle Enladrillada, á socorrer, como se lo habia ofrecido antes de espirar, á los desvalidos padres de aquel heróico mancebo, que murió por salvarlo, y á probar, con su mismo ejemplo, que en los nobles corazones de la marina española arde siempre la viva llama de la gratitud y de la compasion.

Antonio Gomez Azeves.

Recuerdos Sevillanos.

Las cadenas de un cautivo.

Todas las mañanas de los años de 1541 y 1542, á los ocho, un clérigo, de arrogante figura y finísimas maneras, saliendo de la calle de los Beatos, hoy de Duque Cornejo, entraba en la parroquia de San Julian, por su puerta del lado de la Epístola. Despues de tomar, con mucha reverencia, agua bendita, dirigíase á los piés del retablo de Nuestra Señora de la Hiniesta, Patrona y Madre amorosísima de los infelices cautivos bajo la cruel cimitarra de los bárbaros Sultanes de Berbería. Arrodillado y en cruz estaba largo tiempo, orando devotamente El cura párroco solia venir algunas ma-

ñanas, á saludarlo con mucho respeto y cortesía. Los sencillos vecinos de aquel barrio se llenaron de curiosidad.

Vino el año de 1543, y el sacerdote no volvió mas á la Iglesia de San Julian. Con esto se avivó sobremanera la vehemente curiosidad de aquellos humildes feligreses. Todas las mañanas lo esperaban ansiosos: pero en valde. El sacerdote nunca parecia, siendo para ellos un hondo y oscuro arcano.

A los cuatro años no cumplidos, (1547) cuando ya nadie se acordaba del Ministro del Altísimo, entró en San Julian, á la misma hora y por la misma puerta, acompañado de un hermoso mancebo, vestidos entrambos de penitentes. Traian en sus manos gruesas y retorcidas cadenas de cautivos, las cuales, cantando llenos de alegría un bellísimo himno intitulado: «Las cadenas del cautivo,» que el tiempo ha perdido infortunadamente, compuesto por el sacerdote, colgaron en el altar de Nuestra Señora de la Hiniesta.

Eran el beneficiado de la parroquia de San Andrés Fernando de Herrera (gloria de nuestro Parnaso) y un sobrino suyo, que habia salido, casi milagrosamente, de las horribles mazmorras de Tetuan por la tierna solicitud de la Virgen Santísima.

Las dos esculturas.

A las diez de la mañana de un hermoso dia de abril, del primer tercio del siglo XVIII, un clérigo, de finos modales, y dos caballeros, vestidos decentemente, llamaban á la puerta de una pequeña casa del barrio de Santa Marina, donde vivia un hábil escultor.

Una mujer vino á abrirla, dirigiéndolos al taller del artífice, el cual, ocupado en sus bellos trabajos, saludó amablemente á los recien venidos, y dándoles cómodos sitiales, les preguntó con tono afabilisimo.

—Señores: ¿en qué puedo serviros?

—No venimos juntos: aunque casualmente hemos entrado así: por llegar á un mismo tiempo al zaguan: contestó el eclesiastico.

—Bueno: pues diga, vuestra merced, lo que quiere: que luego lo dirán estos señores.

—Yo quiero, maestro, dijo el Sacerdote, una Santa Catalina, que tenga toda la verdad y la valentía que sabeis dar á vuestras aplaudidas obras.

—Mucho, muchisimo me favoreceis, Padre mio, con vuestras benévolas calificaciones.

Contestó, risueño, el grave estatuario.

—¿Y vosotros, señores?

—Nosotros, dijo el mas anciano, queremos un Simon Cirineo para un Jesus de las Tres Caidas, donde luzcan la pericia y la severidad de vuestros ardientes cinceles.

—Gracias, caballeros, gracias por vuestros inmerecidos elogios. Una Santa Catalina y un Cirineo, continuó, son obras dificilísimas; pero veremos como salgo con ellas adelante. De aquí á seis meses, tal dia como hoy y á la misma hora: porque tengo mucho trabajo atrasado, vengan, vuestras mercedes, y con el favor de Dios, ya estarán concluidas, pues no creo que la sábia doncella, mártir, que por su rara elocuencia cristianizó á cincuenta grandes filósofos gentiles, ni el varon fuerte que ayudó en sus duras fatigas al Rey del Calvario, me dejarán de ayudar á mi en tan árduas empresas.

El artífice, que es verdadero católico, recibe siempre del cielo la viva llama de la inspiracion y dul entusiasmo. Por el contrario, el artífice incrédulo, es lo mismo que la marchita arrugada flor de los campos, falta de lozanías y de matices. Las ardientes saltadoras chispas de la fé nunca lo inflaman. Jamás en sus creaciones, se vislumbra á Dios, ni al idealismo místico; sino á la tosca materia y á la grosera forma.

Mucho gustó al eclesiástico y á los dos caballeros el corto, pero sábio filosófico razonamiento del artífice.

A los seis meses, el mismo dia y á la misma hora prefijada, estaban á las puertas de la humilde casa del grande escultor Bernardo de Gixon, calle de San Luis, número 57, moderno, esquina á la de Macasta, el Cura párroco de Santa Catalina y el Teniente hermano mayor y el secretario de la hermandad del Señor de las Tres Caidas de San Isidoro: aquel por la *Santa Catalina*, que luce en el altar mayor de su parroquia, y estos por el arrogante *Cirineo* de su antigua piadosa cofradía.

Bernardo de Gixon al entregarles las esculturas con aire noble y franco les dijo:

—Señores: ya veis que sé cumplir mis palabras. Ahi están las dos creaciones. Las he trabajado con la conciencia de un artífice y el entusiasmo de un católico. La posteridad las juzgará.

Gambogáz.

Muchas noches de los inviernos de 1811 y 1812, cuando la valiente España luchaba contra el soberbio tirano de los reyes y de las naciones y no habia quedado en ella ni un palmo de terreno, libre de su brutal soldadesca solia reunirse en una cómoda sala baja de la rica

Hacienda-cortijo de Gambogáz, situada en la vega de Triana (1) alrededor de un hermoso bracero, lleno de grandes ascuas de leña de olivo, parte de una noble familia sevillana, que moraba calle de las Aguilas, número 16, moderno.

Formábala el colono, dos hijos varones, uno de nueve años, y otro de seis, y el capellan, el padre Espinosa, agustiniano, maestro interino de gramática latina del mayor.

Todos acérrimos enemigos de Napoleon Bonaparte, cuyas insolentes tropas habian por dos veces saqueado la hacienda, llevándose los granos, ganados y los aperos, y arrancando la mayor parte de los olivares, odiaban de muerte á los franceses.

Mucho los irritaba el verlos cercanos en un fuerte (el monasterio de la Cartuja), y mas el tener á dos escuadrones de artilleria volante, alojados en la Hacienda.

Para aminorar en lo posible tantos dolores y sufrimientos, buscaban dulces solaces, al amor de aquellas encendidas asucas. El eclesiástico leia algunos trozos del Quijote, de Gil Blas de Santillana, del Pícaro Guzman de Alfarache, de las fábulas de Iriarte y las de Sama-

(1) Usurpada al monasterio de Santa María de las Cuevas de Sevilla, órden de la Cartuxa, y vendida por el gobierno intruso del titulado rey de España José Napoleon I.

niego, de la historia de España del Padre Mariana, de los anales de Ortiz de Zúñiga ó poesías del Parnaso Español, de Sedano ó del Correo de Sevilla, en cuyo estimable periódico habian escrito varios parientes favorecidos y amigos del acaudalado colono.

Algunas noches, ardiendo sus corazones en el santísimo entusiasmo de aquella época inolvidable, cantaban en coro, con voces apagadas, para no ser oidos por los artilleros franceses, el alegre himno:

Guerreros de Iberia,
Doblad vuestro valor:
Ni el sable repose;
Ni duerma el cañon.
El grito de guerra
Que España arrojó
De Austria en los campos,
Resuena veloz.

Otras noches, el sábio religioso, comentando algun pasaje de la vida de Nuestro Salvador ó de la de su Madre Inmaculada, derramaba la buena semilla sobre los tiernos corazones de aquellos dos niños.

Las golondrinas, anidadas contra las vigas de los techos de bobedillas de la sala, al oir de la boca del sacerdote, los acerbos é inaguantables tormentos de su Criador y de su Bienhechora, sacando los piquillos de sus nidos pia-

ban amargamente. Aquellos inocentes y débiles pajaritos lloraban las crueles iniquidades de los judíos, que hicieron padecer tanto á las purísimas almas de Nuestros Redentores. ¡Grandísima enseñanza para el hombre impio, para el hombre que vive olvidado de su Dios!

Una mañana temprano, los asustadores truenos de los cañones de la vecina ciudadela (Cartuxa), y de los cercanos cerros de Santa Brída pusieron de pié á todos. Era la llegada del famoso General español Morillo, enmedio de su bizarro ejército, á las crestas de aquellos altos collados. Las balas de cañon silvando, cruzaban ligeras por cima de la hacienda de Gambogáz. Entonces el colono, para librar á sus hijos de trances tan peligrosos, tomando al mayor, y el padre Espinosa al menor, se dirigieron, a uña de caballo, á Sevilla, donde milagrosamente entraron salvos. Por esta amarga ocurrencia no volvieron mas á Gambogáz, hasta la ida de los franceses.

Tres de ellos, despues de haber tenido en el mundo honrosos cargos, ya no existen. El medio siglo que ha pasado, los hundió en el sepulcro. Solamente queda uno, próximo á la vejez, el muchacho de seis años, autor de este triste recuerdo.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Leonor de Valdelvira.

Era una oscura noche de invierno.

Toda la creacion dormia en sepulcral silencio. Sevilla, entre negras sombras, descansaba en regalado sueño. Solamente escuchábanse de tiempo en tiempo los tañidos melancólicos de los campanarios, llamando á coro á las monjas y á los frailes. Un gallardo mancebo, al pié de los altos miradores, con cuatro ventanas, sin rejas, de una casa plazuela del *Tardon*, paseaba lentamente. (1) Sombrero negro á la chamberga, con plumas rizadas, ferreruelo, guarnecido con preciosas bordaduras de seda, calzones de delicado paño, altas botas de piel de caballo, con borlas de bilillo de plata y espada de ebúrneo puño prendida de un fuerte cordon, formado de gra-

(1) Es la del número 25 moderno. La plazuela del *Tardon* siempre ha pertenecido á la parroquia de San Ildefonso. Por la nueva nomenclatura forma parte de la calle de los Boteros.

ciosas argollitas de oro, salpicadas de gruesos brillantes de la India, indicaban á cualquiera su rica y noble alcurnia. Al verlo, el hombre mas sencillo conoceria al momento que aquel ilustre jóven estaba aguardando la ocasion mas favorable y oportuna para entrar en algun lance amoroso.

A la escasa luz de un apagadizo farolillo que iluminaba el pequeño retablo de un *Señor del Silencio*, sacaba de cuando en cuando su áureo reloj ginebrino, y caviloso é intranquilo elevábalo para ver la hora con mas claridad y fijeza. En algunos momentos, puesta su mano en la frente y clavando sus ojos en los altos miradores de la casa, con bajos ecos esclamaba así:

«¡Ay! ya no sale la reina de mis amores, la mas perfumada flor de Sevilla, la diosa de la hermosura: ya no sale, pues ha pasado la hora de nuestra cita. Ella me dijo, con aquellos lábios de corales y de ambrosía, *á la una*, y acaban de dar las dos en la Giralda. Tal vez... yo creo... sí... sí... de seguro algun traidor me rodea. Ahora mismo voy á esconderme detrás de aquel monton de escombros. Pero seria baldon afrentoso. Echaria sobre mis claros y limpios blasones una negra mancha: si tal cosa hiciera. Un amante caballero no debe ocultarse jamás; sino *cara á cara* y *frente á frente* impávido esperar á su contrario. Si huyera de aquí, ¡con qué cobardía tan grande, con qué feo borron ennegreceria mi blanca prosapia! No: mil veces no: *antes morir, que ser cobarde*. Esta fué la noble

divisa, el orgulloso lema de mis mayores luchando contra la feroz morisma. Con ellos lucieron su valor y su bizarria en las sangrientas batallas contra los soberbios secuaces de la media luna.»

Al decir esto, apareció en la calle de los Boteros, una sombra algo retirada, la cual disipóse, como ligero vapor, confundiéndose en la honda tenebrosidad de la noche.

Creyendo, pues, el gallardo mancebo que soñaba, que la sombra qu habia visto cruzar era una vana ilusion, quedó inmóvil y tranquilo, en la misma actitud que tenia: pero bien pronto salió de su triste engaño. La sombra volvió á presentarse más cercana y perceptible que antes, y con rapidisimo tránsito paróse junto al postigo falso de la dicha casa. (1) Entonces el valiente jóven desenvainando su espada con mucha ligereza y denuedo, le pregunta:

«¿Quién eres, sombra altanera?»

«No soy sombra; le contesta una fuerte voz varonil; soy galan, que esta noche tengo una cita amorosa con la lindisima Leonor de Valdelvira, y estoy esperando que dé el reloj.«

«¡Bravo! Yo tambien tengo otra con la misma dama.»

«Pues en ruda lucha la tajante espada decidirá nuestra suerte. ¡Guai de tí!.»

«Bah, bah: no me acobardan tus amenaza-

---

(1) Véase en un rincon solitario de la referida plazuela del *Tardon*.

doras palabras, ni tus feroces anatemas. Pero, sí... sí... conozco tu voz.»

«Yo tambien la tuya. Poetas somos lo͜dos.»

«Venga esa mano, Alcazar»

«Tómala, Arguijo: tómala gran *Cantor del Guadalquivir*. El amor que nació en nuestra infancia, el cariño que meció nuestras vecinas cunas, nunca romperán nuestra sólida amistad. Los que, como tú y yo, pertenecen á una misma elevada gerarquía, nacen y viven en una misma poblacion, en una misma manzana y tienen un mismo gusto literario, no pueden, por más que hagan, romper jamás los dulces lazos de una leal correspondencia y de un trato delicioso. Por estos motivos prudentísimos entre nosotros no debe correr la sangre; sino si estuviéramos en otro lugar y á otra hora, el licor balsámico que apuraban los dioses del paganismo cuando en sus gloriosas zambras bebian en aquellos auriferos jarrones, en aquellas magníficas anforas, de las cuales nos hablan con tanto entusiasmo los historiadores y los poetas griegos y latinos.

No bien hubo Baltasar del Alcazar acabado de decir estas cariñosas y elocuentes frases, cuando los dos amigos sintieron pasos muy cercanos.

¿Quién va allá? pregunta Arguijo, con firme y robusto tono.

«Nadie:» contesta una voz dulce y melodiosa.

«Es un varon que viene á hablar cuatro palabras con la hechicera Leonor de Valdelvira.»

Muy fogoso é inspirado Arguijo, esclamó entonces de esta manera:

¡Con Leonor de Valdelvira!
¿Será verdad? ¡voto á brios!
Que esta dama es un tesoro,
Sin llave ni cerrador.
Mas ha citado esta noche
Que hasta Mallorca llevó
En su valiente mesnada,
Don Jaime, el Conquistador.

Adelantándose Baltasar del Alcazar, con espada en mano, para reconocer al recienvenido, encontróse con que este era D. Juan de Jáuregui, antiguo amigo y condiscípulo de entrambos.

II.

Los tres vates amigos quedaron burlados. La casa de la dama yacia tranquila: todas sus ventanas y sus puertas estaban cerradas. Nada interrumpia el frio silencio de aquella mansion de la hermosura. La linda Leonor de Valdelvira no se asomó por ninguna parte. Tristemente engañó á los tres humanistas. Tambien á los sábios se engañan.

Entonces Arguijo con desenfado les habló así:

«Ya pronto, Señores, el claro sol, con sus alegres luces, va á alumbrar las torcidas calles de Sevilla. Ya es hora de irnos al lecho. ¡Bueno ha estado el chasco! pero otros mas grandes suceden en la tierra»

No bien D. Juan de Arguijo hubo acabado de pronanciar estas palabras, cuando Baltasar del Alcazar, con su acreditada gracia y

ligereza, improvisó las dos jocosas redondillas siguientes:

Si es burla de su cosecha
¡Vive Dios! que no lo sé:
Pero truanesca fué,
Desde la Cruz á la fecha.

Hablando sin rabia ni ira,
En lacónico lenguaje:
Es loca de alto linaje
La dama de Valdelvira.

¡Bien, bien! esclamaron Jáuregui y Arguijo. *Viva el cantor de Ines. Viva el poeta de las gracias.*

Ya estaban los tres amigos para separarse: ya iban á despedirse, cuando el sesudo don Juan de Jáuregui habló á Alcazar y á Arguijo de esta manera:

«Esta noche, Señores, ha sido para nosotros amarga y fatalisima. En ella hemos visto á nuestro pesar, hemos conocido palpablemente la ligera veleidad de nuestras damas, á las cuales de graves que eran, las han vuelto locas y estravagantes esas costumbres germano-gálicas que por desgracia van arraigándose entre nosotros.

Una señora española de este incalificable siglo en nada se asemeja, nada tiene de comun con la del de los Juanes y de los Enriques, venturosos reinados, de delicadeza cortesana. Por esto carecemos ahora de poetas como los Menas, los Padrones, los Macias y los Santillanas que las ensalzen y las inmortalizen. Solamente ¡parece mentira! el grave Fernando de Herrera, el ingénuo Juan de la

Cueva y el noble Gerónimo de los Cobos, tienen hoy el incomprensible gusto, el incalificable humor de cantar en nuestra Sevilla con vigorosas tropos, á la esquiva Eliodora, á la ingrata Felicia y á la dura Aminta. (1)

III.

Reunidos aquella misma noche los tres amigos en la tertulia literaria de la casa del docto Hernando de Leon (2) situada en la calle del Cristo de San Martin, hoy parte de la de Lepanto, la cual era un numeroso Ateneo de los muchos prosistas y poetas que en aquella feliz época florecian en Sevilla, supieron por los mismos lábios de Mateo de Aleman la historia del chasco que la noche anterior habia recibido de la bellísima Leonor de Valdelvira, cuya historia, yendo de paseo al Humilladero, (la Cruz del Campo) se la habia contado aquella misma tarde Pedro de Medina Medinilla.

Leonor de Valdelvira llamada á Indias, por un tio suyo, hermano de su viuda madre, que era Presidente de una de nuestras mas ilustres é importantes Audiencias territoriales de aquellos riquísimos y ya perdidos dominios, viéndose pretendida, á un mismo tiempo por los referidos tres jóvenes aristócratas y grandes poetas, discurrió, el dia antes de su salida de

(1) Poco despues de esta ocurrencia contrajo matrimonio D. Juan de Arguijo con la ilustre señora sevillana doña Sebastiana Perez de Guzman.

(2) Este insigne clérigo presbítero, agregado á la iglesia parroquial de San Martin, era íntimo amigo del sapientísimo maestro Diego de Giron, y uno de sus albaceas testamentarios

Sevilla para Cádiz, el chasco que les habia de dar. Citó á los tres, para aquella noche entre la *una y las dos*. Ya no estaba en Sevilla. Habia salido por la mañana á las ocho con su madre para Cádiz, en una silla de posta, para embarcarse en este puerto, dejando su casa vacía y cerrada. Leonor de Valdelvira al despedirse de Sevilla su patria, quiso chasquear á las letras, como ya habia muchas veces chasqueado á las armas: ¿á quién no chasquea la hermosura?

Llegada con su madre á Indias, fué recibida por su insigne tio y por toda su familia con las señales más marcadas de amoroso cariño. Leonor de Valdelvira, como habia sido en su patria, fué en Indias, la Virgen de la hermosura, la Diosa de la belleza. Tuvo varios poderosos aspirantes á su mano, entre ellos un Vi rey de Méjico, y una caudalado marqués de la provincia de Buenos-Aires: pero Leonor de Valdelvira, conociendo que la belleza se marchita con los años, como las flores con los vientos, tomó por el triste velo del siglo, el alegre velo del claustro, en un austero convento de monjas del reino del Perú, donde siendo vivo ejemplo de virtudes y de penitencias, murió víctima de su ardiente caridad, asistiendo á sus hermanas, atacadas de una horrible mortífera epidemia.

Leonor de Valdelvira no morirá jamás en la memoria de los amantes de la virtud cristiana, ni en la de los admiradores de la belleza andaluza.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

A Rey muerto: Rey puesto.

Eran las siete de la noche de uno de los últimos dias del mes de enero de 1458. Sevilla, violentamente combatida por las sanguinarias parcialidades, por los irreconciliables bandos de los poderosos duques de Medina-Sidonia y de Arcos de la Frontera, presentaba la belicosa vista de un estendido campamento. Las puertas de todas sus casas, cerrándose á la vez, hacian con el agrio rechinamiento de sus goznes, y de sus cerrojos, una pavorosa cadencia, un espantoso ruido. Algunos farolillos, amarrados de trecho en trecho, á las rejas de las ventanas altas, esparcian sus tibios, inciertos

y fatídicos rayos de luz, á través de las oscuras sombras. Veinticuatros, jueces y ministriles, cuadrilleros de la Santa Hermandad, soldados de á pié y de á caballo y tropas de paisanos armados, cruzaban ligeros por las plazas y por las calles gritando con rabiosas voces: *á las armas: á las armas*. Este era el general y desaforado clamoreo que á aquella hora se oia en todos los barrios de Sevilla.

Por la calle de Matahacas hácia la del Socorro, collacion de la parroquia de San Roman, iban presurosos dos adalides, vestidos de *punta en blanco*, los cuales por su noble aire y por la riqueza de sus armaduras revelaban pertenecer á ilustres y acaudaladas familias. Tapábanse los semblantes con caretas de delgados alambres de acero, tachonadas de puntiagudos clavitos de oro, capas de régia escarlatina caian airosas de sus hombros y á sus cinturas llevaban ceñidas lujosas espadas de Toledo, de huecos y primorosos puños.

Cuando llegaron fronteros á la puerta principal de la Iglesia de San Roman, el uno acercándose al otro en voz alta y briosa le pregunta:

—¿De quién eres?

—De quien he de ser; le contesta con dignidad y entereza: yo soy, prosigue, del de Arcos.

—¡Del de Arcos!

—Sí: del de Arcos. ¿Te has asombrado?

—Pues yo soy del de Medina, que es un Señor muy compasivo y ama con el corazon á sus vasallos.

—¡Mientes, bellaco! no es compasivo. Ultraja á los plebeyos con sus insoportables gavelas, con sus tiránicos desenfrenos. Atropella las leyes. Búrlase de la justicia. Es un cruel enemigo de los menesterosos.

—¡Voto á cribas! que si hablas siquiera dos palabras más contra el caballeroso duque de Medina Sidonia, desenvaino mi cuchilla y te hago pedazos: te descuartizo.

—¡Guai de ti, malandrin! ¡pedazos á mí... descuartizarme! ¡Bah, bah! Desenváinala, altanero, que yo tengo ya la mia al aire libre, aguardando los empujes de tu bravura, los arranques de tu ira: *al combate*: *al combate*.

Al acabar estas valientes razones, tirando al suelo con delicadísima elegancia la rica careta que traia, descubrió un angélico rostro de mujer, en el cual las rosas habian puesto sus tintas, los lirios su blancura y Venus sus encantadoras gracias. Como el blando rocío de la mañana, cayeron sus largos y negros cabellos sobre la luciente y bruñida coraza de acero, ribeteada de caprichosas planchitas de oro, sus perfumados rizos velaron sus lábios de claveles y sus ojos se encendieron de entusiasmo.

Era una docta, ilustre y rica Señora sevillana; una valentísima amazona, la cual con su influencia, su pluma y su espada sostenia, fiel y constante, la poderosa parcialidad del Duque de Arcos de la Frontera, su cercano deudo. Vestida de guerrero, como habia hecho en otras ocasiones, salió de su hermoso palacio á las primeras señales de alarma, en

busca de su esposo, afiliado tambien al mismo partido; para juntos peleando, *vencer ó morir.*

El gallardo paladin, reconociéndola, sorprendido hasta lo sumo, quitándose tambien la careta y poniendo la rodilla en tierra le esplica su pasmo así:

«Alta Señora, ¡qué lance este! Vos aquí, vestida con la cota de malla, la coraza, la careta, y ciñendo una pesada tizona toledana!

«Con ese brillante casco,
En vuestra sien purpurina,
Triunfareis de Marte y Venus,
En las lides más reñidas.
Yo desde agora, os ofrezco
Mi poder y hasta mi vida:
Voy á defender al de Arcos;
Aunque manche mi hidalguía.

«Pues sígueme. vente conmigo. Vamos á buscar á mi esposo. Esta noche, luchando contra los Sidonios, venceremos ó moriremos á su lado.»

Entonces el airoso doncel, poniendo la mano derecha sobre el lindo encrustado puño de su espada con grave y vehemente voz le dijo:

«Alta Señora; esta noche triunfaremos ó espiaremos juntos. Os lo juro, á fé de antiguo caballero, de hijo-dalgo notorio ¿Cuál gloria hay mayor en el mundo, para un preclaro paladin, para un noble sevillano, como la de morir peleando junto á una dama, tan hermosa como vos.»

Por la calle del Socorro, la de la Yniesta y la parroquia de San Julian, atravesando por éntre cuadrilleros de la Santa Hermandad, de soldados ginetes y peones, que corrian furiosos de aquí a allí, fueron nuestros dos combatientes á la puerta de Córdoba, cerca de la que, en los anchos callejones, que forman los muros circunvaladores de Sevilla, entre aquella y la del Sol, los dos bandos enemigos pugnaban cuerpo á cuerpo en horrible y sangrienta lucha. Los arqueños, sorprendidos fieramente por los medinos, habian dejado en el campo de batalla sus mas valientes caudillos, sus mas esforzados capitanes. El estampido de los arcabuces, el rechinamiento de las espadas, el sonido de las lanzas, el crujir de las armaduras y sobre todo los agudos lamentos de los heridos y el murmurar apagado y fatigoso de los moribundos hácia una triste y fatídica consonancia.

El gentil mancebo, por medio de la sangre y de la muerte, conducia á la valiente dama de la mano. Entrambos oyeron, entre la tenebrosa oscuridad, unos quejidos cercanos, los cuales decian de esta manera:

Guiomar: dulce Guiomar: Esposa mia. *Adios*... El Padre de las Misericordias te libre de mal, dándote mejor suerte que á mí. El Cielo te consuele y te auxilie en tu temprana viudez. *Adios*!»

«¡Qué escucho, Dios mio! Esta es, continuó, la agonizante voz de mi esposo: la voz de mi Jaime. ¡Ay! sosténme, buen caballero: sosténme, que...»

Al llegar aquí doña Guiomar, cayó al suelo, desmayada. Entonces el forzudo paladin, tomándola entre sus brazos la trajo á su palacio, entregándosela con mucho recato y amabilidad á una hermana soltera de nuestra heroina, llamada doña Sancha, la cual recibióla, llorando á mares. La hermosa doña Guiomar parecia en aquellos fatales y desconsoladisimos momentos, una lozana azucena, marchita por la abrasadora furia de los aquilones.

Con la velocidad del rayo, vuela nuestro doncel por D. Jaime al lugar del fiero combate. Pero llegó tarde. Ya aquel malhadado caballero habia muerto, por una profunda herida de lanza en el vientre. Cargado, pues, con su frio cadáver tambien lo trajo á su palacio, donde lo recibió la misma doncella afligida.

Entretanto auxiliada doña Guiomar por un famoso discípulo de Juan de Aviñon, (1) ya habia vuelto de su cruel desmayo.

—¿Dónde está mi esposo? ¿Dónde está mi libertador?

Estas fueron al volver en sí sus palabras. El esposo ya estaba en la eternidad, como hemos visto, víctima caballeresca de su nunca manchado honor y de su próximo parentesco con el Duque de Arcos de la Frontera.

El ilustre jóven D. Jaime vivia feliz, al lado de su buena y hechicera consorte, rodeado de inmensos bienes de fortuna. Amante de las

(1) Autor de la sapientísima obra intitulada: *Medicina Sevillana*, la cual comentó el inolvidable doctor Nicolás de Monardes.

letras, protegia á manos llenas á los varones que las cultivaban, teniendo en su alegre palacio á varios de los primeros escritores, que en aquella época florecian en Sevilla. Esposa, blasones, tesoros, esperanzas, vida: todo, todo lo habia perdido prematuramente. ¡Bandos políticos: banderías de familias, siempre habeis traido al mundo estas venturas! Brutos de las revoluciones: adalides de las revueltas: vuestras bocas están rebosando hiel, y vuestras horribles vestiduras están empapadas en sangre! maldicion á vuestra infernal memoria!

El gallardo mancebo D. Rodrigo, que este era su nombre, sin apartarse ni un instante del triste lecho de doña Guiomar, le prodigaba con afabilísimo cariño, todos los auxilios necesarios para su total restablecimiento

¡Noble jóven, le decia la dama á menudo, cuánto has pasado por mi esta noche! Pero... mi Jaime: ¿dónde está mi Jaime? Decidmelo: decidmelo...

Dirigiendo sus lánguidos ojos alternativamente a su hermana dona Blanca y al doncel D. Rodrigo.

Supolo al fin por los mismos lábios de su hermana doña Blanca. Fuertes y profundos suspiros ahogaron su garganta de rosas y un diluvio de lagrimas inundaron sus arabescos ojos.

Hízose al dia siguiente el suntuoso y concurrido entierro de D. Jaime. Con magnífica pompa fué llevado su soberbio ataud, en hombros de los mas preclaros caballeros, al antiguo panteon de su nobilísima familia fundado

por sus mayores, Almirantes celebérrimos, gloria de nuestra España, en uno de los mas hermosos conventos de Sevilla, que la ruda piqueta de las revoluciones ha demolido por completo. Allí, sobre lindísimo pedestal, de mármol de Corinto, encerrado en una urna cineraria de rico alabastro, esperaria la resurreccion de la carne, si los trastornadores de hoy no la hubieran hecho pedazos; si los anarquistas de hoy no hubieran perturbado su místico silencio.

Visitada diariamente la bellísima doña Guiomar en su palacio por D. Rodrigo, fué sin saber cómo aficionándose poco á poco á aquel bello é ilustrado jóven, modelo de caballerismo y de hidalguía sevillana. No pasaron diez meses sin que el ministro del Altísimo uniera con fuerte y eterno lazo á dos corazones que se amaban con delirio. Doña Guiomar hermosa como Venus, tirando el velo negro dejó de ser viuda. *A Rey muerto: Rey puesto.*

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Roberto el anglicano.

Un dia de la primavera de 1586, entró el famoso maestro Diego de Giron, cerca de oraciones, en una de las mas pobres y solitarias iglesias parroquiales de Sevilla. La amortiguada luz, que salia de una capilla, contigua á la del Sacramento, llamó su atencion. Acercóse á su reja y vió, sobre un andrajoso paño negro, sembrado de viejas gotas de cera, un mezquino atahud, dentro del cual estaba tendido el desgarrapado cadáver de un anciano.

Lo triste de la hora, el hondo silencio de la iglesia, interrumpido solamente por el mo

nótono crujidero de las polillas, y sobre todo la imponente vista de aquel cadáver, en cuyo alrededor habia algo de misterioso, levantaron su pensamiento á la contemplacion de la eternidad.

Hincado de rodillas ante el altar mayor, comenzó á orar por el alma del difunto. No léjos dentro de la sacristía, el cura párroco, sentado en un sillon de baqueta á la luz de un farolillo, leia con afan en un libro de pergamino en folio. Movido de curiosidad, el maestro Giron levantándose y acercándose al párroco que habia sido su discipulo de *Retórica*, le dijo:

—¿Qué lees?

—Maestro, le contestó el cura: la vida curiosa y extraordinaria de ese infeliz difunto, que está de cuerpo presente en aquella capilla.

—¡La historia de ese oscuro anciano! ¡Vaya! ¿Quieres chancearte conmigo? Ese pobre viejo no puede tener historia digna de leerse.

—Pues la tiene, maestro. Aquí está en este libro, escrita de su puño y letra, en lengua latina, anglicana y española.

—Y ¿cómo ha venido ese libro á tu poder?

—Él mismo me lo dió, poco antes de morir, diciéndome:

«Señor cura: nada poseo ya en la tierra que pueda ofreceros en mis últimas horas, en testimonio de mi gratitud y mi reconocimiento á los paternales beneficios que me habeis hecho, sino este precioso libro. Tomadlo. En él, he escrito en tres idiomas la narracion de mi triste vida. En ella vereis, á las claras, la volubilidad caprichosa y las grandes peripecias de la fortuna.

Al acabar estas últimas palabras, dando un profundo ¡ay! espiró entre mis brazos.

—¿Quién era este hombre?

—Un mendigo, conocido, hace mas de treinta años, en esta collacion, por el nombre de *Roberto el anglicano*, por ser natural de Inglaterra.

—Y ¿qué dice su historia?

—Leedla, y lo vereis.

Entonces el docto maestro Diego de Giron, tomando el libro en sus manos, comenzó á registrarlo con ansiedad. Llamáronle mucho la atencion ocho sublimes disticos latinos, que tenia en su preciosa portada, compuestos por el *anglicano*.

—¡Ah! esclamó, dándose una palmada en la frente. Ya recuerdo, ya recuerdo. Este infeliz, segun mi maestro Juan de Mal Lara, con quien tenia una seguida correspondencia epis-

tolar, fué uno de los mas sabios literatos, de los mas eminentes latinos de Inglaterra. En varias ocasiones nos lo citó en su aula de retórica, diciéndonos:

«En Inglaterra florece hoy un rico caballero, amigo mio, perteneciente á la más alta nobleza sajona, el cual, aficionadísimo á la literatura latina, sabe interpretar profundamente á Virgilio, á Horacio, á Tibúlo, á Ovidio, á Ciceron, á Tácito y á todos los demás buenos escritores romanos.»

Siguiendo el maestro Giron en la lectura de aquel estimable manuscrito, encontró, con gran contentamiento suyo, por epígrafe al frente de uno de los capítulos ocho versos latinos, sacados de su hermosa *Elegia*, en la muerte de su primera mujer Luisa de Graxera, hermana de Maria de Ojeda, viuda del maestro Juan de Mal-Lara (1).

---

(1) A las noticias biográficas que hemos dado de este eminente literato en el tomo cuarto de la *Revista*, se puede agregar:

El maestro Juan de Mal-Lara de su matrimonio con doña Maria de Ojeda tuvo una hija, llamada doña Gila de Mal-Lara, mujer legítima de D. José Caro de Consuegra. Tuvo tambien una hermana, llamada doña Catalina de Saucedo, cuyos hijos fueron llamados á la capellanía de Gila Mal-Lara. Esta

Por el verídico relato de aquel libro, salpicado de bellísimas poesías latinas, inglesas y españolas, *Roberto el anglicano* habia sido uno de los mas poderosos é ilustres personajes de la córte de Lóndres. Viajando por Europa, Tierra Santa é Indias occidentales, con el séquito y la pompa de los reyes, habia conocido y tratado á todos los mejores prosistas, poetas y artífices del mundo.

Las envidiosas intrigas cortesanas lo proscribieron, confiscándole todos sus inmensos tesoros. Su hermosa mujer acabó sus dias en un cadalso, y sus cuatro pequeños hijos murieron en la cárcel. Huyendo de la muerte, á que tambien fué condenado por el mismo inicuo tribunal, vino á refugiarse á la hospitalaria Sevilla, donde viviendo en la oscura condicion de pordiosero, salvóse de las manos alevosas

---

sus discípulos se cuentan el Cardenal Arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro, el maestro Diego de Giron y Francisco Martinez. En Salamanca oyó las lecciones de los famosos humanistas Leon de Castro, Juan del Caño, y Miguel de Palacios Tambien oyó allí al comendador Hernan-Nuñez Pinciano, llamado el *Comandante*. En Barcelona asistió al aula de *Retórica* del célebre maestro Francisco de Escobar, que con grande aplauso habia enseñado en Paris y en Roma.

de sus sangrientos perseguidores. El mendigo *Roberto el anglicano* era, como nuestro Antonio Perez, un claro espejo de las duras vicisitudes, de las crueles variaciones de la vida humana.

A las once del dia venidero, el maestro Giron y muchos otros humanistas hispalenses, asistieron á los funerales de *Roberto el anglicano*. Sepultáronlo en decorosa tumba, en el suelo de la capilla mayor, junto á las gradas del presbiterio, sobre la que en rico medallon de mármol blanco, el maestro Diego Giron puso un elegante epitafio latino en verso, que los siglos han borrado. En él esponia ligeramente los principales sucesos de su vida y sus raras desventuras.

El párroco regaló á su maestro aquel precioso autógrafo, intitulado: *Vida de Roberto el anglicano*. Diego de Giron guardólo cuidadosamente entre sus más curiosos libros inéditos. Perdióse, como todos los suyos, en su fallecimiento, acaecido en Sevilla, su pátria, el dia 24 de Enero de 1590, sin que despues nadie haya sabido de su paradero.

La campana de Cartuxa, llamada Espanta-arbures.

Tocando, como el arpa de los Angeles, una campana celestial hasta ahora treinta años, derramaba por los campos de Ossethania sus clamorosos ecos. Escuchábanla atenta y respetuosamente Sevilla y Santiponce, Camas y Aznalfarache. Ella, en medio de la noche, llamaba á coro á los monjes cartuxos y suspendia la marcha del viajero para que loara al Señor: ella rompia el sueño del mareante del Guadalquivir, y acariciaba al moribundo en los últimos alientos: ella, en suma, era la balsámica voz de la Providencia, la consoladora de todos los afligidos. ¡Oh! ¡cuántas y cuán piadosas generaciones la oyeron con religioso júbilo!

—¿Dónde está?

—Arrancada de la torre y vendida á bajo precio, vese hoy en tierras extrangeras y anticatólicas, sirviendo para usos profanos.

—¿Quién la vendió?

—La que nada de lo antiguo ha respetado.

—¿Cuándo volverá?

—Solamente Dios puede saberlo.

Campana misteriosa: en mi niñez, al lado de mis dulces padres, te oí muchas veces des de Gambogáz (1). Todavia resuenan en mis oidos bajando hasta el fondo de mi corazon tus melancólicos sones. Estés donde estés: vayas donde vayas: sirvas para lo que sirvas: yo te saludo con ardoroso entusiasmo.

Antonio Gomez Azéves.

---

(1) Vulgo Campegáz

Recuerdos Sevillanos.

Las paredes oyen.

I.

El martes 4 de Junio de 1652, á las doce de la noche, en la calle de Tinajas, collacion de la parroquia de Omnium Sanctorum (vulgo barrio de la Feria) bajo la ventanilla alta que hay antes de la casa número 1.°, moderno, Sebastian Hernandez, vagamundo aguardientero, hijo de la Feria, uno de los mas rabiosos é in-

NOTA A las noticias biográficas del Maestro Juan de Mal-Lara que publiqué en el recuerdo de Roberto el anglicano debo añadir las siguientes:

«Sus padres se llamaban Diego de Mal-Lara, pintor de crédito, y Beatriz Ortiz, los cuales bastantes ancianos, vivian en Sevilla en 1563.»

solentes amotinados, hablaba en voz muy baja con su antiguo camarada Francisco Portillo y otros proletarios de su mismo bando, diciéndoles:

«Ahora muchachos, vamos á matar á todos los cornudos, á todos los ricos de Sevilla, que viven en medio de las abundancias y de los placeres.

—Sí: por supuesto, Sebastian, le contestó Portillo. ¡Buena se la tiene armada nuestro gefe el doctor Filgueiras! De esta hecha ninguno escapará de nuestras manos: todos van á largar el pellejo.

—¡Bribonazos! ¡ay de ellos! esclamó con tono destemplado y agrio, uno de narices c idas: van á pagar todas juntas las que nos deben. Ya verá *Escupe-doblones*, el Señoron del barrio de Santiago, el Viejo, como le domamos la altanería. ¡Valiente hombre! pues no se ha creido el muy pícaro que somos los pobres plebeyos, negros de Guinea, segun lo malamente que nos trata cuando trabajamos en sus casas, en sus cortijos ó en sus haciendas! Ya verá él lo que le espera mañana en la noche.

—Corramos, corramos, dijo el vagamundo aguardientero, á derribar el gobierno de los tunos, que nos vende el pan a seis reales la

hogaza y todo lo quieren para ellos y nada para nosotros.

—¡Viva el Rey y muera el mal gobierno! Esclamaron todos juntos á una voz, sacando al aire sus puñales y sus dagas.

II.

Una vieja, llena de asombro, habia estado escuchando, desde la consabida ventanill , toda la horrible conversacion, toda la trama infernal de los perversos. Movida la buena anciana por el cristiano deseo de salvar la vida de su bienhechor *Escupe-doblones*, hombre piadoso y rico, el cual vivia en la plazuela de San Leandro, esquina á la calle Imperial, (1) en cuya hermosa casa estaba una hija suya, sirviendo de costurera, olvidando sus años, sus achaques y la turbulenta situacion de Sevilla en aquella horrible noche, fué á avisar prontamente á *Escupe-doblones* del gran peligro que corria su vida, por lo que acababa de escuchar de los inmundos lábios de la embravecida ple-

(1) Es la casa principal de la calle del Cardenal número 11, mo erno, collacion de la parroquia de Santiago el Mayor, vulgo el Viejo.

be, al pié de la ventanilla de su habitacion. *Escupe-doblones* regalóla abundantemente por su buena noticia y su santa obra, haciéndole que se quedara èn su casa.

III.

Eran las once de la noche siguiente.

La luna, entre oscuras sombras, ocultaba su pálido semblante. Un sordo murmullo, como el que hace el aire cuando agita las hojas de las selvas, oiase dentro de los mu os de la desventurada Sevilla. Todo era luto y llanto, ayes y sollozos. Los frailes y las monjas, entonando en sus coros, solemnes cánticos, pedian á Dios templara ya su ira.

El infame Sebastian Hernandez el aguardientero, seguido de una turba numerosa de malvados, presentóse delante de la casa de *Escupe-doblones*, gritando con descaro y desaforadamente así:

—*Escupe-doblones*, gran cornudo, abra V. la puerta de su casa, que venimos á hacerle una larga visita. Cuidado, que si no la abre por la buena le vamos á pegar fuego.

Una nutrida y certera descarga de arcabu-

cería fué la única justa contestacion que dió *Escupe-doblones* á tan insolente mandato. Los truanes atemorizados, huyendo para salvar sus vidas, en todas direcciones, dejaron unos muertos y otros heridos en la plazuela de San Leandro á diez de sus viles cómplices.

Entonces nuestra buena vieja colmada de alborozo, saliendo con un farolillo encendido en la mano, á una de las anchas ventanas altas de la casa, les dijo de esta suerte:

—¡*Malditos: las paredes oyen: No: no matareis á Escupe-doblones: pues Dios lo salvará de vuestras rabias y de vuestros puñales!*

La mesa del Rey.

En los primeros años del último tercio del siglo XVIII, á las doce de la noche del dia despues que se ejecutaba alguna justicia en Sevilla, cuyo reo era condenado por ladron en cuadrilla á que sus cuartos colgáranse en los caminos, un hombre alto y airoso, cubierto con un ropon negro, saliendo por la puerta de Carmona, pasaba por la alcantarilla de las Madejas, dirigiéndose hácia la Cruz del Campo.

Las horas, los sitios y la magestad con que

caminaba fijaron la atencion de un celoso Cuadrillero de la Santa Hermandad, que vivia junto al monasterio de San Benito.

Una de las noches siguiólo á larga distancia. Llegado el hombre del ropon negro á la Cruz del Campo, arrodillóse y estuvo orando breve rato. Mas avivada con esta ocurrencia la curiosidad del Cuadrillero, sin ser notado, prosigue siguiéndolo.

No lejos de la *Mesa del Rey* (1) comenzó el personaje desconocido á rezar con tono bien inteligible *Padre Nuestros* y *Ave Marias* de *Requiem*. Nuestro Cuadrillero favorecido por los paralelos contiguos olivares, á su sabor lo iba espiando. El personaje, hincado de rodillas á los pies de la *Mesa del Rey* estuvo mas de media hora en profunda y religiosa meditacion.

Levantóse, apoyó sus manos en los bordes de la *Mesa*, besóla tres veces y santiguándose se volvió atrás por el mismo camino que habia llevado.

Adelantándose el Cuadrillero con el decidido

(1) Formada de un durísimo banco de argamasa, en la que en aquella época y mucho despues, descuartizaban á los ajusticiados por ladrones cuatreros. Está sobre la mano izquierda del camino real de Madrid, cerca de la venta de Amate, á media legua corta de Sevilla.

intento de saber ya, quién era; lo esperó en el puente del arroyo del Tamarguillo, mas acá de la Huerta de Ranillas.

Al acercarse el personaje, poniéndose en medio del camino, le dijo:

—¡Alto allá!

El hombre desconocido, paróse con fria calma, esperando tranquilo el desenlace de aquella estraña aventura.

—¿Quién sois?

—Aproxímate y lo verás.

Entonces el Cuadrillero, dando algunos pasos hácia el hombre del ropon negro, el cual ya lo habia tirado al suelo, conoció lleno de sorpresa, al sábio señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Alcalde de la Cuadra del Crimen de esta Real Audiencia de Sevilla. (1) Turbabado con su raro encuentro, le dijo humildemente:

—Siento en el alma, Señor, haberos incomodado y ofendido. Pero perdone V. S., pues no he hecho mas sino cumplir con mis sagrados deberes de Cuadrillero de la Santa Hermandad.

—No lo sientas. Tú has hecho lo que debes como Cuadrillero de la Santa Hermandad. Yo

(1) Tio de mi difunto padre el señor D. Juan Lorenzo Gomez del Robredo

voy á hacer ahora lo que me manda la noble y generosa sangre cántabra que circula por mis venas.

Sacando de su bolsillo una onza de oro se la entregó, añadiéndole:

—Adios, buen Cuadrillero: cumple siempre así en el servicio público y serás amado de tus Alcaldes y de tus Provinciales. Adios.

El cuadrillero, haciéndole respetuosas cortesías, obedeció retirándose prontamente.

Como hemos visto el ilustre señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, durante el tiempo que estuvo en Sevilla de Alcalde de la Cuadra del Crímen tenia la piadosa costumbre de ir como cristiano católico, á la *Mesa del Rey* á pedir á Dios por el descanso eterno de las almas de aquellos, que, como recto juez, habia condenado por sus delitos á la última pena. ¡Devocion laudibilísima, que honrará eternamente su buena memoria.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

La Casa de la cantimplora.

I.

Sevilla es una rica leyenda. Los siglos, las razas han ido dejando en ella marcadas señales, manifiestas semblanzas, claros monumentos de sus ciencias, de sus artes, de sus leyes, de sus costumbres y de sus creencias religiosas. Sevilla fenicia: Sevilla griega: Sevilla cartaginesa: Sevilla latina: Sevilla goda: Sevilla sarracena y últimamente Sevilla cristiana: presentando á la vez los varios tipos y los encontra los gustos de estos pueblos famosos, es; vuelvo á repetir, una palpitante y continuada leyenda.

Cuando á los conquistadores, bien por la feracidad del suelo, la dulzura del clima, ó la mansa índole de los habitantes, les agradan los territorios, que someten al dominio de sus espadas, van, poco á poco, asimilándose con sus costumbres, con sus apetitos y con sus necesides, de tal manera, que llegan con el tiempo á confundirse, formando una sola familia con ellos. Vencedores y vencidos son ya todos unos, Ya no hay diferencias, ya no hay privilegios, todos son iguales. Verdad muchas veces testificada por la historia de las edades, por la crónica de los descubrimientos y de las conquistas.

En la collacion de la iglesia parroquial de Santa Cruz, de Sevllla, demolida por los franceses en 1810, bajo la direccion del famoso aniquilador Mr. Mayer, de execrable memoria, cercana á la misma hay una solitaria plaza, llamada de los Refinadores, donde el corazon, menos lastimado por los infortunios, entrégase involuntariamente á la tristeza y á la melancolia. Las hortigas, las malvas y los jaramagos crecen en su suelo. Defiéndenla por Oriente antiguas robustas murallas, erigidas por los romanos, y restauradas por los sarracenos durante sus largas dominaciones. Humildes casas la cercan por los otros lados.

Como embutida en un rincon de esta plazuela mírase una casa (la del número 7 moderno), ya olvidada de todos por el ligero paso de los siglos. Ni portadas, ni columnas, ni pilastras, ni blasones la embellecen. En ella no lucen la arquitectura, ni la heraldica sus bellas galas. Solamente de un balcon y del pretil de la azotea, ambos encima de la puerta, compónese su pequeña fachada.

Esta casa, como otras muchas que Sevilla todavía conserva salpicadas aquí y allí, es una curiosa antigualla. Pertenece á las que Don Alonso el Sabio, el dia 1.° de mayo de 1291, repartió entre los doscientos caballeros campeones de la valiente mesnada que su Santo padre trajo á la conquista de Sevilla. En el siglo XVI y en el XVII le llamaba el vulgo *La Casa de la cantimplora* . (1) En ella vivió hasta su muerte, ocurrida el dia 1.° de Setiembre de 1657, la hermosa jóven, la gentil señora doña Ana de Arguijo, la cual unia al lustre de su prosapia, unos talentos y unos estudios nada comunes. (2) Bajo los techos de su casa, co·

(1) No he podido averiguar el verdadero orígen de este estraño nombre, ni el año que comenzaron á dárselo.

(2) Parienta del gran *Cantor* del Guadalquivir Don Juan de Arguijo, Veinticuatro de Sevilla, mari·

mo en sabio Ateneo, congregábanse diariamente para tomar unos de otros luminosas enseñanzas y doctisimas reglas, todos los buenos prosistas, poetas y artífices que entonces florecian en Sevilla, á los cuales trataba doña Ana con el mas delicado cortesanismo.

Por las noches concurrian á su tertulia las más nobles y elegantes damas de Sevilla. En ella, la gentil Sancha de Alba, la hermosa Ines de Armenta, la hechicera Blanca de Lara y la bella Leonor de Silva, lucian gallardas sus embelesadoras gracias, sus divinales atractivos. Pero entre todas sobresalia la lindísima doña Ana de Arguijo, la cual era la pintada rosa de los prados, el blanco lirio de la Ossethania. Tan amable como ingénua, tan modesta como sabia, era la esperanza de sus deudos y el galardon mas rico de Sevilla. El poeta Diego Mexia, aficionado á Ovidio, la amaba secretamente, comparándola á sus solas, con la graciosa Julia, cuyos fatales amores llevaron al Ponto, á aquel infortunado vate. Francisco de Rioja estaba en el secreto. A él únicamente le hablaba Mexia de doña Ana, refiriéndole y ha-

---

do de doña Sebastiana Perez de Guzman. Murió soltera. Fué sepultada al dia siguiente 2, en la bóveda de la Hermandad Sacramental de la dicha iglesia de Santa Cruz.

ciéndole patentes las vivas ansias que sentia dentro de su corazon por poseer su mano.

II.

Era una hermosa noche del mes de abril. La luna reverberaba sobre la pintoresca Giralda. El Guadalquivir corria lentamente. El aire apenas mecia las flores de los campos, cuando el enamorado Diego Mexia, sentado en una desmochada robusta almena de aquellas murallas, las cuales tambien habian oido, en otros siglos, las quejas y los llantos de los poetas romanos y de los trovadores sarracenos, con desfallecida lira le dirije á la de Arguijo esta sentida plegaria:

Ana bella, linda virjen:
Asómate á la ventana;
Que aqui te espero anheloso;
Llorando mi pena amarga.
Por Jesus, el Nazareno,
Concédeme ya esta gracia;
Pues sino ¡ay de mi! la muerte
Será mi única esperanza.

En el bosque y la pradera
Los sonidos de mi harpa
Jamás dejarán acordes,
De murmurar entre acásias.
En mis sonetos, tu gloria
Resonará: en mis octavas,
De la ilustre Ana de Arguijo,
Cantaré las prendas raras.
Yo llevaré tu belleza
A las mas opuestas playas;
Ni los hombres, ni los siglos,
Nunca podrán olvidarla.

Vuelve á cantar el poeta. La ventana de su Venus fuese abriendo, poco á poco, sin hacer el mas leve ruido. Un pañuelo blanco agitase en los aires, llamándolo. Diego Mexia fuera de sí: no sabiendo lo qué le pasaba en aquellos supremos instantes, vuela ciego, loco llega á los piés de la ventana, y ¡ay de él! escucha de los mismos labios de doña Ana estas desengañadoras frases:

«En tus melífluas jacaras, Mexia, conócese muy bien que manejas á Ovidio y á Petrarca, con mucho provecho tuyo. Pero desengáñate. Yo no soy Julia, ni tampoco Laura. Por lo tanto suplícote, con todas las veras de mi corazon,

que dejes esas alabanzas, que abandones esos elogios que tan inmerecidamente me haces, que tan injustamente me diriges. Por otra parte, Mexia, nunca jamás podria corresponderte: porque mi mano tiene ya ofrecido futuro dueño en el nobilísimo Señor de la Palma, Gelo, Puñana y Coyéra. Es vate como tú, galan y caballero, de la ilustre y preclara familia de los Alcázares. A tus deseos, Mexía, quito el pávulo. Niégote toda esperanza. Yo lo siento. Pero no puedo tratarte sino como amigo, á menos de ser liviana. ¿Quieres tú que yo me manche con este negro borron? Tú no ignoras, ni ninguno de los nobles mancebos, que frecuentando mi casa, me honran con sus visitas; que con grande sentimiento mio, no escuché las blandas voces, llenas de tanto cariño, que taladraban mi pecho, ni los delicados y amorosos halagos de Murillo, de ese mozo de tanta fama, de ese jóven celestial que, ya pintando la beatitud del cielo ó ya diseñando la galanura de la tierra, tanto embelesa y estasía.»

Al acabar doña Ana estas últimas palabras hincando Diego Mexia la rodilla en tierra le dijo:

«Yo, Señora, á pesar de todo lo que he oido de vuestros mismos lábios, solo quiero, solo ansio vuestro si.»

«Calla, calla: levántate: mi corazon tiene ya dueño en el Señor de la Palma.»

Entonces, Diego Mexia, con la vehemencia y el calor de un amante desengañado le dijo así:

«Adios, mujer hechicera, sé feliz con el Señor de la Palma: mientras yo viviré lleno de amargura. Adios.»

Y lastimero y lloroso se alejó para siempre de aquellos lugares melancólicos.

III.

Era una sala bastante esparcida y bien amueblada. Veíanse en sus paredes colgados los estimables retratos de los mejores prosistas y poetas sevillanos. Cuatro grandes estantes, con puertas alambradas, guardaban cuidadosamente las obras clásicas de la antigüedad, de la edad media, de la restauracion y de los tiempos contemporáneos. Sobre una ancha y rica mesa, de herraje, un lindísimo Crucifijo de Torrigiano, varios mosáicos de Itálica, de Emérita Augusta, de Caura Betica y de Carissa Aurelia. unos pedazos de alerce de la Aljama de Sevilla y algunos otros objetos curio-

sos la avaloraban sobremanera. Una magnífica harpa, descansaba reclinada en un rincon de la sala. En su testero mirábase un limpio lecho con preciosas mantas y almohadas de Marruecos y sábanas de rico y blanco lino de Holanda. En él estaba sentado, reclinando su cabeza y sus espaldas, contra las almohadas, un infortunado jóven, un mancebo infeliz el cual sufria el amargo tormento de amar sin correspondencia, ni esperanza. Pálido el rostro, hundidas las sienes, ronca la voz, enjuto el cuello, flacas las manos, tristes los ojos y desmelenados los cabellos no parecia sino un pavoroso espectro de los sepulcros.

A la cabeza del lecho, sentado en un sitial, veíase otro jóven, de agradable figura, sumido en un silencio profundísimo. Tenia la mano derecha puesta en la mejilla y la vista clavada en el suelo. El enfermo mirándole atentamente con ecos desfallecidos esclamó así:

«¡Ay de mí, Rioja; qué desgraciado fué mi amor! Pero ya no tengo remedio.

Bien sé, querido Rioja, que ella jamás murmurará entre sus lábios mi nombre, ni á mi memoria consagrará un recuerdo siquiera, mientras yo....»

«Mexia, olvida, olvida ya ese amor terreno.»

«Sí, olvidarlo, Rioja, es ya preciso: es ya forzoso. Lo creo. Ya para mí no hay amor mas dulce ni mas seguro que el del Altísimo: que el amor de Dios. En este mundo buscamos, ciegos, lo inútil, lo temporal, que pasa como el relámpago, sin acordarnos de lo provechoso y de lo eterno que nunca muere.»

«Es mi consejo, le interrumpió Francisco de Rioja. Que si ya caminas á morir, si vas con ligeros pasos á hundirte para siempre en el sepulcro, implores humillado y contrito, los eficaces auxilios del cielo. El que busca á Dios siempre lo encuentra.»

«Ya los imploro, Rioja. Pero esta penosísima opresion, este respirar fatigoso, este profundo decaimiento, este incesante hervidero en el pecho. ¡Ay! desfallezco. Ya es un martirio para mí la vida. Solo en ti espero *(mirando al Crucifijo de Torrigiano de la mesa inmediata)* Santo Dios de mis padres. Buen Jesus. Rioja, toca mi mano, toca mi frente: están ardiendo. Mi vida termina de un momento á otro. *Adios Rioja; hasta la eternidad.*»

Un sudor crítico y milagroso bañó de repente el rostro del agonizante Diego Mexia.

Poco á poco la mano de Dios lo llevó á la salud. A las cuatro semanas, desengañado de amores y fuera del lecho del dolor pasaba las horas enteras con Rioja y otros amigos leyendo, tocando el harpa ó en otros dulces entretenimientos. A los dos meses, restablecido completamente de sus dolencias, olvidando para siempre á doña Ana de Arguijo, la cual rotas las relaciones con el Señor de la Palma, vivia retirada de todos los negocios mundanos en su casa de la *Cantimplora*, volviendo á pulsar su lira épica, ganaba frescos laureles en los alegres y amenos campos de la literatura sevillana.

El corral del Caracol.

En la calle de *Don Pedro* y despues de *Don Francisco del Alcazar*, hoy de los *Alcázares*, número 3, moderno, collacion de San Pedro el Real, hubo todo el siglo XV y hasta mediados del XVI, un famoso corral, llamado del *Caracol*, donde habitaban muchas piadosas y humildes gentes. (1)

---

(1) Por estos años D. Lúcas de la Sal, marido

A últimos del primer tercio del siglo XVI, entre sus buenos vecinos estaba un hombre anciano llamado Raymundo el *Inválido*, el cual traia á jugar todos los domingos por las tardes á tres graciosos niños, ricamente vestidos, hijos de las casas, donde en su mocedad habia estado de sirviente. El uno de ellos se llamaba Fernando, el otro Mateo y el otro Gonzalo. Los tres niños Fernando, Mateo y Gonzalo eran muy bien vistos de todos los sencillos moradores del corral del *Caracol*.

Juntos con los numerosos muchachos del corral jugaban en el patio grande, hasta cerca de oscurecer, á cuya hora los llevaba el anciano Raymundo el *Inválido* á sus respectivas casas.

Raymundo el *Inválido* murió: los tres niños crecieron: no volvieron más al corral del *Caracol*: fueron mancebos: tomaron estados y carreras diferentes.

Pocos dias antes de comprar D. Lúcas de la Sal, la ruinosa despoblada casa del *Caracol*, á las diez de la mañana, un clérigo, de arro-

---

de doña Luisa de Aguayo, lo compró, haciéndolo casa para su morada. En ella se crió su hijo el sábio D. Juan de la Sal y Aguayo, insigne Obispo de Roma.

gante figura, con dos gallardos varones, vestidos limpia y modestamente penetraban por sus solitarias, medio arrancadas puertas.

Las malvas, las hortigas y los jaramagos crecian por entre las junturas de las piedras del zaguan descubierto y las de los ladrillos de los patios y de los corredores, vacías las viviendas, derrumbadas las barandas, caidas las columnas, secas las fuentes y arrancados de raices los árboles del corralon, levantaban en el alma las melancólicas ideas del poderío de los años y de la nada de las cosas humanas.

Cuando entraron en el patio principal cubierto de áridos matorroles, en medio de los que algunas higueras silvestres daban sombras fatídicas á jaramagos nacidos entre enjutos escombros, agudos ayes de antiguas memorias, salieron de aquellos tres doloridos corazones.

Eran Fernando de Herrera, Mateo de Aleman y Gonzalo de Argote y de Molina, que iban á recordar allí, entre aquellas ruinas silenciosas, sus alegres niñeces, sus poéticos juegos infantiles, y á Raymundo el *Inválido*.

La pelea.

Era una clara noche de luna de fines de Enero de 1[illegible]16. Hondísimo silencio reinaba en los alrededores de la Iglesia Parroquial de San Márcos. El relój de su morisca torre, acababa de dar las doce. Cuatro embozados hablando bajo, salian de la calle del Conde del Castellar. Eran el Almirante Gaspar de Vargas y su padrino el General Juan de Flores Rabanales, el Almirante Miguel Ruiz de Vidacabal, y el suyo el General Fernando de Souza, los cuales iban á batirse en desafío.

Parados en la Plaza de Santa Isabel, á espaldas de San Márcos, dijo Rabanales:

—Souza: aquí venimos, para cumplir como caballeros, sin olvidar que somos cristianos. Este es el sitio designado. Ya puede comenzar la pelea.

—Sí, Rabanales, como caballeros y cristianos nos portaremos. Pero doloroso es que por una ligera disputa sobre maniobras en Lepanto vayan á derramar su sangre ó quizás á matarse, dos Almirantes, tan esclarecidos como

estos, ante quienes han temblado las más soberbias flotas del mundo.

—Es antigua ley de caballeros y de hijosdalgos.

Contestó secamente Rabanales.

No bien hubo Rabanales pronunciado estas cortas enérgicas palabras, cuando el rechinamiento de los sables indicó que había comenzado el duelo.

—Herido estoy, Vidacabal.

—Yo tambien lo estoy, Vargas.

—Pues entonces, dijeron los padrinos, está concluido el lance.

—Claramente han patentizado, continuó Souza, el valor y la hidalguía de los Almirantes españoles.

A las ocho de la mañana siguiente, veíanse en la iglesia del convento de monjas mínimas de Nuestra Señora de Consolacion, vulgarmente las *Tollas*, parroquia del Salvador, á los piés del altar de la Virgen Santísima cuatro varones, en traje de penitencia, hincados de rodillas, regando el suelo con sus lágrimas. Los ayes y los sollozos ahogaban sus gargantas. Dos de ellos tenian vendadas las cabezas. Nuestra Señora de Consolacion les miraba con ojos cariñosos, como diciéndoles:

—Refrenad vuestro altivo orgullo: he pedido á mi Hijo por vosotros. Id en paz: estais perdonados.

Los dos Almirantes y los dos Generales, llenos de consuelo, salieron de la iglesia, con semblantes tranquilos y amorosos. Habian lavado sus feas manchas en los limpios hermosos raudales del mas firme arrepentimiento. ¡Religion augusta y venerable, cuánto es tu poder! Sin tí, ¡qué seria de los pobres pecadores!

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Una promesa cumplida.

Casi todas las noches del invierno de 1521, poco despues de Oraciones, un hombre desconocido, con traje de paño azul, puesto de rodillas, en la parroquia de San Ildefonso, ante el tabernáculo de Nuestra Señora del Coral, su patrona, oraba con devocion fervorosísima.

NOTAS. Nadie podrá reimprimir, ni traducir estos *Recuerdos* sin licencia del autor.

En el recuerdo del *Corral del Caracol*, donde dice «Don Juan de la Sal obispo de Roma» léase «Don Juan de la Sal obispo de Bona.»

Las personas timoratas que á aquellas horas, para rezar el santo rosario, concurrian á la misma iglesia, habian hecho alto en él por sus miradas tranquilas, su noble semblante y sus blandas maneras. Aquel hombre desapareció. Nadie volvió á verlo. Unos á otros se preguntaban por su paradero. Nadie lo sabia. El hombre forastero, el hombre del traje de paño azul era un arcano tenebroso, un misterio impenetrable que solamente Dios podia conocer.

Al cabo de cuatro años, una noche á la misma hora, el hombre desconocido, en traje de penitente, con la cabeza baja y una vela encendida en la mano, contaba alabanzas y ponia flores, conchas y corales sobre el banco del tabernáculo de Nuestra Señora del Coral.

Era el famoso navegante Sebastian Elcano, que llegaba á Sevilla en su nao *Victoria*, de dar la vuelta alrededor del mundo: siendo el primero que logró conseguir tan gallarda conquista.

Habia ofrecido á la Virgen Santísima traerle flores, conchas y corales de todos los paises de la tierra, si lo sacaba con bien de sus árduas y peligrosas navegaciones y venia á cumplir la promesa.

Las mismas gentes, al reconocerlo, llenas

de religioso entusiasmo, lo abrazaron, dándole la más cumplida enhorabuena. Entonces el insigne é inolvidable navegante, mirándolas con ternura, esclamó:

¡Con María nada es imposible! ¡Sin María todo se malogra!

Los disciplinantes.

A las dos de la madrugada de una oscura noche del mes de mayo, el respetable golpeteo de las disciplinas oíase dentro de los muros romanos de la puerta de Córdoba, collacion de la parroquia de San Julian. De cuando en cuando los rezos y los ayes salidos de lábios penitentes, venian á dar realce á aquella católica escena.

La oscuridad de la noche el leve murmullo del viento, el funerario canto de los buhos, puestos en las carcomidas almenas de las murallas, el monótono rechinamiento de las norias de las huertas extramuros, mezclados con el crujidero de los disciplinazos formaban una religiosa cadencia.

A la opaca luz de las estrellas percibíase confusamente dos bultos negros fronteros á la puerta de la ermita de San Hermenegildo, de los cuales partia el ruido de las disciplinas.

Un valeroso capitan de las Indias, que estaba temporalmente en Sevilla y vivia en un jardin cercano, tomando su espada, salió á los muros, dirigiéndose hácia los bultos negros. Con tono arrogante desenvainándola al acercarse á ellos, le preguntó al de la derecha, que como el otro estaba arrodillado.

—¿Quién sois?

—Miguel Pecador, que viene, á estos silenciosos lugares, á cumplir una penitencia.

—¿Y vos?

—Bartolomé Pecador, que tambien viene á estos muros solitarios, á descargar su conciencia.

—¿Ambos teneis un mismo apellido?

—No: cada uno tiene el suyo.

—¿Cuál es el vuestro?

—Mañara.

—¿Y el vuestro?

—Murillo.

—¡Qué estraña aventura!

¡Mañara! ¡Murillo! repite dos veces el capitan de las Indias lleno de asombro ¡Maña-

ra! continúa, el caballero de Calatrava, el padre de los ancianos pobres de Sevilla. ¡Murillo! el pintor de los Angeles, el pasmo de los artífices del mundo.

Entonces el pia loso capitan de las Indias, envainando la espada, con voz conmovida y pesarosa esclamó así:

—¡Ay! perdonadme, señores; si he venido, brusca é imprudentemente, á romper vuestras santísimas ocupaciones. Yo tambien he derramado mi sangre muchas veces peleando en los campos de batalla por las verdades católicas La fé arde en mi corazon. Pedid á Dios por mí. ¡Él sea con vosotros!

Diciendo esto, retiróse tranquilamente.

Los dos amigos, Mañara y Murillo, llenos de alegría, por la cristiana caballerosa arenga del capitan de las Indias, guardaron los rosarios y las disciplinas; besaron la tierra; levantáronse, y dando gracias á Dios, volvieron á sus casas, situadas en la parroquia de San Bartolomé.

encontraba bueno, y esta madrugada á las cuatro ya estaba con Dios. ¡Qué lástima de hombre! Y lo peor es cómo deja á su familia, que vivia de su trabajo, sin recurso alguno.

Contestó una vieja desde una ventanilla alta frontera.

El carro comenzó á andar hácia el cementerio. La cabeza y las manos de aquel difunto iban colgando. Sus cabellos caian sobre una de las ruedas, la cual con su continuo torno, arrancándoselos en delgadísimos mechones, los enmarañaba entre los rayos ó los dejaba salpicados por el suelo.

Llega, pues, el carro á la honda zanja, abierta fuera de la puerta de Triana á mano izquierda. Los enterradores, desenganchando los caballos, arrojan de un golpe en ella todos los cadáveres. En esto dos hombres, vestidos de rigoroso luto, llegan á los bordes de la horrorosa zanja. El más jóven arrójase precipitadamente, con unas tigeras en la mano, sobre aquel yerto cadáver, y cortándole un rizo de pelo, metiéndolo en una caja de filigrana, y tirándosela á su compañero, que lleno de lágrimas, con la cabeza baja, miraba aquella triste escena, exclamó así:

—Maestro: ahí teneis la última memoria del grande escultor de María, del famoso es-

La peste.

Eran las seis de la mañana del dia 18 de junio de 1649. Consternada Sevilla con la horrible mortandad que hacia en sus moradores la implacable *landre*, lloraba amargamente. Plazas despobladas, calles desiertas, iglesias solitarias, era el triste panorama que ofrecia la hermosa sultana del Guadalquivir. Solamente el sordo ruido del *Santo Oleo*, las ligeras pisadas de las mulas de los médicos, los apagados ayes de los moribundos y las piadosas exhortaciones de los religiosos agonizantes rompian su hondisimo silencio.

Un carro lleno de cadáveres, tirado por dos caballos, paró á la puerta de una casa, calle de la Cruz de la Parra, hoy parte de la de los Monsalves, collacion de la Magdalena. Dos sepultureros sacan de ella, casi arrastrando, el livido amoratado cadáver de un hombre, arrojándolo en el carro. Llantos de dolor y fuertes gemidos se oyen en el fondo de la casa.

—Este pobre pronto ha caido.

Dijo uno de los sepultureros.

—Tan pronto, que anoche á las ánimas se

La peste.

Eran las seis de la mañana del dia 18 de junio de 1649. Consternada Sevilla con la horrible mortandad que hacia en sus moradores la implacable *landre*, lloraba amargamente. Plazas despobladas, calles desiertas, iglesias solitarias, era el triste panorama que ofrecia la hermosa sultana del Guadalquivir. Solamente el sordo ruido del *Santo Oleo*, las ligeras pisadas de las mulas de los médicos, los apagados ayes de los moribundos y las piadosas exhortaciones de los religiosos agonizantes rompian su hondísimo silencio.

Un carro lleno de cadáveres, tirado por dos caballos, paró á la puerta de una casa, calle de la Cruz de la Parra, hoy parte de la de los Monsalves, collacion de la Magdalena. Dos sepultureros sacan de ella, casi arrastrando, el livido amoratado cadáver de un hombre, arrojándolo en el carro. Llantos de dolor y fuertes gemidos se oyen en el fondo de la casa.

—Este pobre pronto ha caido.

Dijo uno de los sepultureros.

—Tan pronto, que anoche á las ánimas se

cultor del Calvario, del desventurado Juan Martinez Montañés, que revuelto entre estos hombres oscuros, entre estos humildes menestrales, queda sepultado para siempre. Güardadla, sí: guardadla como un riquísimo tesoro...

Quien habló fué Francisco Polanco, uno de los mejores discípulos de Zurbarán, al insigne maestro D. Juan de Valdés Leal.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

El matrimonio envidiable.

En la calle de la Olleria, hoy de Via Crucis, calzada de la Cruz del Campo, collacion de San Roque, extramuros de Sevilla, vivia en humilde casa, á mediados del siglo XVIII, un virtuoso maestro carpintero, como de sesenta años, conocido por el grato nombre del tio Venturoso, casado con la tia Gabriela, de la misma edad poco mas ó ménos. El tio Venturoso y la tia Gabriela se amaban con delirio, llevándose como dos ángeles del Cielo, y sufriendo con estremada resignacion cristiana los disgustos, los cuidados y las cargas del matrimonio. Las herramientas y las maderas de la carpintería formaban sus únicos estudios, sus únicos entretenimientos, sus únicas delicias. En ellas estaba su pasado, estaba su presente, estaba su porvenir.

Contento con la humilde condicion en que la sabia Providencia lo habia colocado en este mundo, no tenia envidias ni ambiciones, sierpes horribles que se enroscan con mucha frecuencia en el corazon humano, para herirlo y para destrozarlo con sus punzantes mordeduras. Sin haber oido nunca ni nombrar siquiera á Séneca ni á Rioja, ponia en práctica aquel sublime terceto del segundo, en su epístola á Fabio que dice:

«¡Pobre de aquel que corre y se dilata!
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!»

El tio Venturoso, no queria salir de la Calzada, para buscar el oro ni la plata. No queria en frágil leño surcar los embravecidos mares, tras de los honores ni de las consideraciones. Carpintero habia sido, porque tambien lo fueron sus padres; carpintero era y carpintero queria morir. ¡Dichoso una y mil veces el hombre que en su estado vive contento en este mundo!

El tio Venturoso con tener lo suficiente para alimentar á su Gabriela, estaba contento. Si le sobraba algo, lo repartia de limosna entre sus vecinos necesitados.

Cuando al anochecer daba de mano á su trabajo, cerrando la puerta de su casa, venia con su Gabriela al monasterio de San Benito, á rezarle una salve á Nuestra Señora de Valvanera, ó á encomendarse al Santísimo Cristo de las Tres Caidas, (1) á cuyas sagradas im-

---

(1) A los diez años, llamado vulgarmente el

genes tenian nuestros dos consortes una devocion tiernísima.

Siempre que nuestro virtuoso matrimonio volvia á su casa, lo cual acontecia á la hora poco mas ó menos de su salida, lo estaban esperando á la puerta, mandados por sus padres, varios niños de la Calzada y del Barrezuelo para que les enseñara la doctrina cristiana.

Aquellas inocentes criaturitas recibian al tio Venturoso con el mayor respeto, con ese respeto que infunde la virtud, agasajándolo y demostrándole, á su manera, el grande afecto que le profesaban. Estos, le pedian la mano para besársela. Aquellos, abrazándoles las rodillas, que era hasta donde podian llegar sus brazos, se las estrechaban entre ellos dulcemente. Unos, bailándole delante, lo miraban con cariño. Otros, en fin, jugueteando á su alrededor le dirigian blandas y amorosas palabras. ¡Frescos paisajes de la inocencia! ¿Quién podrá pintaros con la verdad debida?

Tan luego como todos entraban en la casa,

Señor de los *Azéves*, por haber tomado con autorizacion del Abad y comunidad de San Benito, mis piadosos y caritativos abuelos maternos D. Fernando de Azéves y doña Francisca Gomez á su cargo la capilla, labrando á sus puertas un panteon, que todavía existe con esta sencilla leyenda:

ENTERRAMIENTO

DE LOS AZEVES.

AÑO DE 1760.

En él descansan sus restos mortales, los de mis padres, mis hermanos y de los de casi toda mi numerosa familia.

encendiendo la tia Gabriela un corpulento belon del cual colgaban varias limpísimas espaviladeras, lo traia á la sala. El tio Venturoso sentado en un sillon de brazos, labrado por los suyos, teniendo á su alrededor á todos sus inocentes discipulos, comenzaba como otro San Pablo, las esplicaciones de la doctrina cristiana.

Sus evangélicas palabras llenas de fé y de caridad, se iban grabando en los puros corazones de aquellos niños, los cuales con silencioso recogimiento, las escuchaban inundados de angelical alegría. Su lenguaje fácil y sencillo, se acomodaba muy bien á aquellas tiernas inteligencias. Sin grandes trabajos ni fatigas, recibian los niños las primeras semillas de una piadosa educacion, tan olvidada hoy infortunadamente en nuestra España.

De esta manera llevaba, como de la mano, á aquellas sencillas criaturas, por los caminos de la virtud y de la salvacion. (1)

Cuando nuestros esposos, los domingos por las tardes, salian al campo á dar un paseo, todos los muchachos de la Calzada y del Barrezuelo los acompañaban.

Los chiquillos, saltando y brincando de alborozo, seguian á nuestro matrimonio, ya á la huerta de Buron, ya á la fuente del Arzobispo, ya, en fin, al cortijo del Maestre Escuela.

El tio Venturoso, que era muy aficionado

(1) Enseñando así á los niños, nuestros mayores batallaron en las Navas, tomaron á Granada, descubrieron nuevos mundos, vencieron en Lepanto, aprisionaron á un rey en Pavía, y últimamente castigaron los orgullosos insultos del Gran Capitan de este siglo.

á las plantas y á las flores, y que pasaba, con justa razon, por un buen herbolario, les iba con pacífica soltura diciendo á los niños los nombres de las flores, y de las plantas, de los arbustos y de los árboles, que se encontraban por los caminos y las sendas, ó los que desde ellos se veian cercanos. Aquel inocente plantel de futuros labriegos, escuchaba con religioso silencio, con grande respeto las palabras y las enseñanzas de su maestro. (1)

De este modo gratísimo, aficionaba poco á poco á los niños á las cosas del campo, las cuales habian de ser en su dia manejadas por aquellas mismas manos, á la sazon débiles, pero con los años robustas y hercúleas: por aquellas mismas manos, que habian de uncir al pesado yugo á formidables bueyes: que en medio de los inaguantables ardores del estío habian de empuñar la hoz para segar las copiosas mieses de la Providencia: que habian de abrir con la hazada profundas zanjas, para desaguar terrénos inundados: por aquellas mismas manos, en fin, que arrancando de raiz los arbustos y las malezas del desierto, habian de desmontar tierras incultas para meterlas en labranza. ¡Noble agricultura, cuán duros, cuán

(1) Ciertamente no habrán oido en Paris los discípulos de De Candolle y de Jussieu, dos de los mas sábios botánicos modernos, las filosóficas lecciones de sus famosos maestros con mas gusto ni con más entusiasmo, que los muchachos de la Calzada y del Barrezuelo, escuchaban las empíricas pero claras esplicaciones del tio Venturoso, el más oscuro de los herbolarios de su siglo.

fatigosos, pero cuán poéticos son todos tus ejercicios!

El tio Venturoso que desconocia de todo punto el egoismo y la ambicion llevaba muy barato por los bien acabados muebles que hacia. Las maderas que gastaba eran de las mejores en calidad y duracion. Jamás le faltaba trabajo, siempre lo tenia de sobra: porque era un hábil y concienzudo artesano.

Pero los años, que no respetan ni la virtud ni el saber, fueron progresivamente quitándole las fuerzas y acortándole el trabajo: sentimiento grande para aquella alma purísima. Ya no podia dar limosna á sus vecinos. Apenas ganaba para sus primeras necesidades y las de su Gabriela. Esta triste ida despedazaba sus caritativas entrañas. Pero oigamos como la generosa Providencia lo sacó de sus grandes amarguras.

Una tarde del mes de mayo estaba en su taller acabando con mueha prisa una mesa de nogal para unos recien casados. Su Gabriela, como tenia de costumbre, se encontraba sentada al pié del banco, entretenida en hacer calzeta. Trabóse entre los dos un largo, patriarcal y cariñoso diálogo, sobre lo próximos que estaban al sepulcro: lo escasos de recursos que se veian: la imposibilidad en que se hallaban de dar limosnas, y otras muchas consideraciones de esta misma naturaleza.

En aquellos mismos momentos en que nuestros dos compasivos esposos lloraban porque ya no podian seguir haciendo obras de caridad á los pobres, estaba en la collacion de la

parroquia de San Estéban, Proto-mártir, una rica señora indiana, soltera, sin parientes, atacada de mortal dolencia, haciendo su testamento; en el cual le dejaba á nuestro piadoso carpintero veinte mil pesos fuertes, para que, como tuviera por mas justo y conveniente, los fuese distribuyendo entre los pobres de la collacion de San Roque. La cristiana señora indiana le suplicaba y le rogaba por el amor de Jesucristo, que no olvidara á las pobrecitas viudas, cargadas de hijos, ni ménos á los desvalidos huerfanitos, prefiriéndolos á los demás.

Una acertada y cristiana distribucion hizo de los referidos veinte mil pesos. Por las mañanas, sentados nuestros dos caritativos esposos á la puerta de su humilde casa, alargaban sus manos para ir socorriendo uno á uno á los pobres necesitados.

Todos ellos, y particularmente por el espreso mandato de la testadora las viudas cargadas de hijos, y los infelices huerfanitos, recibian diariamente el sustento necesario.

Muy pocos dias sobrevivió nuestro ejemplar matrimonio á la terminacion de esta considerable suma de dinero. Dios los llamó para darles en la otra vida el merecido premio. Ya habian cumplido su dulcísima mision sobre la tierra. Mision noble, mision santa, mision divina, que alegra el corazon, que fortalece el alma y que en cierta manera identifica al hombre con su grande y admirable Omnipotente.

Por desgracia, pocos tios Venturosos y tias Gabrielas van naciendo ya en las nacio-

nes católicas. El egoismo y la ambicion roen las endurecidas entrañas de todas las sociedades modernas. Solamente el Evangelio, como dijo muy bien el sábio vizconde Francisco Renato de Chateaubriand, pocos dias antes de morir en Paris en 1848: solamente aquella celestial barquilla nos podrá traer á seguro puerto, librándonos de los fortísimos reluchamientos del embravecido mar de las pasiones humanas. Confiemos, pues, en el Señor, que nunca nos desamparará.

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

La misa de Espíritu Santo y la de Requiem.

Al amanecer de un hermoso dia de agosto de 1519, en la ya, por la trastornadora revolucion, derribada iglesia del convento de Mínimos de Nuestra Señora de la Victoria, en Triana, comenzóse á celebrar una misa de Espíritu Santo. Los tañidos del campanario, los ecos del órgano y los cantos de los religiosos, mezclados con los rezos de los innumerables fieles allí reunidos, hacian una grave y patética consonancia. En el centro de la iglesia unos cuantos hombres de mar, confesados y comulgados, puestos de rodillas con los brazos en cruz y las caras levantadas al cielo oraban fervorosamente. Entre ellos sobresalia uno, que

---

NOTA. Nadie lo podrá reimprimir ni traducir sin permiso del autor.

por su noble y gallarda presencia y sus ricas y elegantes vestiduras indicaba ser el gefe.

Concluida la misa, en procesion, salieron todos del templo. Iban delante varias hermandades con sus guiones, sus oriflamas y sus sin-pecados, seguíanlas los náuticos, en dos hileras, yendo el gefe en medio de ellas, y cerraba la procesion la respetable comunidad de la Victoria, dirigida por su Prelado, cantando las *Letanias* de los Santos. Detras venia, atraida por la curiosidad una numerosa muchedumbre de gentes de todas clases y condiciones.

Llegada á la orilla del rio Guadalquivir, llamada el puerto *Camaronero*, una nao con galanos paveses los aguardaba. Habiendo, pues, hecho alto en aquel sitio el Prelado, ro ciándola con agua bendita, recitó en alta voz algunas oraciones. Poco despues fueron él y todos los religiosos abrazando cordialmente uno por uno á los mareantes en medio de las lágrimas, de las aclamaciones y de los vivas del inmenso gentío que los rodeaba.

Embarcándose los hombres de mar en la nave, preparáronse para su salida. Entonces el Prelado, acercándose más á la barranca del rio, reinando en todas partes un profundísi disimo silencio, con tono dulce y apostólico les habló así:

—Hijos mios: el Señor os acompañe en vuestras arriesgadas navegaciones. Valor en la heróica empresa, que ya habeis comenzado. Descubrid y agregad á la corona de la preclara Isabel I, reina católica de España nuevos mares, nuevas islas, nuevos golfos, nuevos es-

trechos, nuevos continentes, nuevos vasallos para que todos juntos canten las glorias del Altísimo y alaben vuestras conquistas. No os olvideis nunca de la piadosa Sevilla, ni de esta Santa Comunidad á cuyo frente sin merecerlo me veo. Volved pronto. Nuestros brazos os recibirán con amor y nuestros corazones con entusiasmo. Id con Dios, hijos mios.

Al acabar estas tiernas palabras, la nao rompió, viento en popa, su magestuosa carrera. Los mareantes y su gefe bajando y subiendo las manos y las cabezas se despedian afectuosamente de todos, mientras que miles pañuelos de varios colores, agitados por los aires, les daban el último *adios.*

A los pocos años, en la misma iglesia del convento de la Victoria, en Triana, levantábase un modesto túmulo con la leyenda siquiente, escrita en su frontis:

A Fernando de Magallanes,
Insigne navegante:
Valeroso descubridor del estrecho
Que lleva su nombre
Muerto en una isla desconocida.
La Comunidad de Mínimos de Ntra Sra. de la Victoria
de Triana,
Llora su mala suerte:
Pide á Dios por su descanso
Y le erige este sencillo monumento.

Durante la miss de Requiem las campanas plañian, los religiosos cantaban en el coro, y el inmenso gentio que llenaba el templo dirigia sus preces al Eterno por el alma del ilustre Fernando de Magallanes, malogrado en medio de sus gloriosos triunfos nauticos.

Los dos Comendadores.

I.

En el año de 1548 vivian en Sevilla el comendador Luis Bravo y el comendador Arévalo, magníficos y acaudalados señores. Entrambos frecuentaban las pocas pero escogidas tertulias ó reuniones nocturnas, que entonces habia en Sevilla. Entre todas sobresalia, por la calidad de los concurrentes, la del erudito don Francisco de Guzman, Marqués de la Algaba, marido de doña Brianda de Rivera, establecida en su rico palacio, barreruela de Omnium Sanctorum. (1) En aquellos anchos salones, hoy tan silenciosos, resonaron las músicas acordadas ó escucháronse con sumo placer de los oyentes, las comedias de Juan de la Emina, de Mal Lara y los versos de los poetas sevillanos Medina, Giron y Herrera.

Allí juntábanse amigablemente la inteligencia y la belleza sevillanas. Allí las hermosas damas lucian sus encantos y sus galas. Era una de ellas la lindísima doña Beatriz de Aleman, parienta cercana del memorable escritor Mateo de Aleman.

Habia dos años que estaba en relaciones amorosds con el comendador Luis Bravo:

---

(1) En este tiempo lo habitaban unas beatas llamadas de Santa Catalina de la Penitencia, despues los religiosos terceros de San Francisco, hasta que que en el año de 1567 á 9 de setiembre tomaron posesion de él los religiosos observantes de la provincia de Andalucia, en los cuales estaba cuando la exclaustracion general en 1835.

cuando una noche fué presentado por los caballeros Anton Martin de los Pastorcillos y Luis de la Santofimia, á los señores marqueses de la Algaba, en su palacio de la Feria, el comendador Arévalo.

No bien Arévalo hubo visto la gallarda belleza de doña Beatriz de Aleman quedó ciegamente enamorado de ella. Durante el tiempo de la tertulia supo por Luis de Ricassoli las relaciones de aquella dama con el pundonoroso comendador Luis Bravo. El alma de Arévalo ardia en fuertes arrebatos de ira contra su compañero, el cual estaba inocente y ageno de todo.

Concluida la tertulia, salieron juntos á la calle: cuando venian por la de Bancaleros, Arévalo, de una manera brusca y descortés desafió *á muerte* á Bravo, olvidando su noble cuna y á sus piadosos é ilustres padres. Admitiólo el comendador Bravo, quedando aplazado el duelo, para la noche siguien-te, *entre las doce y la una*, en el muro del convento franciscano de *Nuestra Señora del Valle*, collacion de la parroquia de San Roman, (1) donde concurririan con sus padrinos y el portador de las espadas.

II!

Entre las doce y la una
Anda la mala fortuna.

Eran las doce y cuarto de la noche del dia

(1) ¡Qué lástima! No hace muchos meses que la pobre ignorancia ha encalado la preciosa fachada de su balcon principal.

16 de Mayo de 1548. Los muros del convento de *Nuestra Señora del Valle* se encontraban solitarios. La luna, rodeada de trasparentes nubecillas, lanzaba á la tierra tibios destellos. De cuando en cuando los lamentos de las aves nocturnas, anidadas en los viejos castillejos de aquellas murallas, venian á romper tan hondo silencio. Cinco hombres embozados en sus capas, formando corrillo, hablaban de quedo. Eran el comendador Luis Bravo, parroquiano de San Vicente, y su padrino el mariscal Diego Caballerro, vecino de Santa Cruz, el comendador Arévalo, feligrés del Sagrario y el suyo Domingo Lopez Barreto, Factor del Rey de Portugal, vecino de la Magdalena, y Leo de Bonhomo, tesorero del duque de Medina-Sidonia, parroquiano de San Miguel, que traia las espadas.

No tardó mucho tiempo sin que estas comenzáran á blandirse por los dos valerosos combatientes. Luis Bravo, más diestro en la esgrima que Arévalo, dió á este, á los primeros golpes, una profunda estocada en el hombro derecho, de la cual cayó al suelo, revolcándose en su sangre. Levantóse prontamente, y volviendo á tomar la espada, dijo con tono brioso y altanero:

—Comendador Bravo: me habeis herido. Pero sigamos peleando hasta la muerte. No, no será vuestra doña Beatriz de Aleman.

En esto unas luces opacas y unos ecos misteriosos que se acercaban, por la parte de la puerta del Osario, vinieron á cambiar de repente aquella triste escena.

Todo era obra de Dios, revelada á su humilde sierva la venerable beata doña Luisa de Valdés, vecina de la collacion de San Pedro el Real.

Aquella fatídica procesion fué acercándose más y más. Venia delante la manguilla de la parroquia de San Roman. Seguíanla, en dos filas, veinte sayones vestidos de negro con velas amarillas encendidas en las manos. En medio de las dos hileras traian dos atahudes tapados con bayetas negras, delaute de los que un corpulento sayon, tambien vestido de negro, tocando una destemplada campanilla, con voz asustadora gritaba:

—Para hacer bien y decir misas por las almas de los comendadores Bravo y Arévalo que van á morir en desafío.

Esta horrorosa plegaria, atemorizó de tal manera á los comendadores, que pusiéronse maquinalmente en precipitada fuga, como tambien todos los que los acompañaban. Parados en la plazuela de San Roman, Leo de Bonhomo, varon piadoso, les habló de esta suerte.

—Señores: ¡loado sea Dios! Lo que acabamos de ver en los muros del *Valle*, es una de sus maravillas iucomprensibles, de sus grandes misericordias. No quiere que el pecador muera: sino que se convierta y viva. Arévalo, Bravo, el Señor os llama á penitencia. Hacedla. No desoigais sus voces paternales Ni nosotros tampoco, que hemos venido á tomar parte en este palenque gentilico, en este de-

safío. Hagamos todos penitencia: para templar la justa cólera del Cielo. El cristiano debe ser humilde, despreciando altamente las falsas ideas del siglo, los engañadores desvaríos del mundo. El duelo no es para un seguidor de Jesucristo, que perdonó á sus mismos verdugos: sino para un secuaz de Saturno, que despedazó á sus mismos hijos.»

Este sentido discurso tuvo grande acogida entre los oyentes. Llenos todos de religiosa amargura lloraron sus culpas, retirándose á sus casas, para seguir los caminos del más firme arrepentimiento.

Toda Sevilla, sin saber como, supo el desafío de los dos comendadores, habiendo sobre sus causas y resultados, en la tertulia de los Marqueses de la Algaba, muchas ponderaciones y hablillas, propias de tales casos.

A los cuatro dias recibió el comendador Luis Bravo una carta de doña Beatriz de Aleman, escrita con conocimiento de sus padres, en la que reprendiéndole agriamente su ligereza en haber admitido y ejecutado el duelo á muerte con el comendador Arévalo, cortaba para siempre relaciones.

De esta manera castigaban las damas de aquellos tiempos los deslices y los arrebatos de sus novios. Despues de haberse bajo todas luces, ventilado el asunto en Consejo secreto de familia, concluian con ellos de una vez. ¡Siglos de pundonor y de caballerismo: cuán pocas señales habeis dejado, por desgracia, entre nosotros!

Antonio Gomez Azéves.

Recuerdos Sevillanos.

Nuestro Padre Jesus de Búrgos.

Muchas mañanas del año de 1579, á las ocho en punto entraba en la parroquia de San Pedro el Real, por la puerta de los pies de la iglesia, un gallardo jóven, con su capellan y su gentil-hombre. Iba á oir una misa rezada en el altar del Señor de Búrgos, (1) de cuya sa-

NOTAS En el recuerdo de *Los dos Comendadores*, donde dice «Juan de la Emina» léase «Juan de la Encina.»

La nota de la página 84, es la de la 85 y esta la de aquella.

(1) Capilla y patronazgo de la familia de los Alcázares, que hasta 1822 estuvo en el presbiterio, al lado de la Epístola.

grada imágen era muy devoto. Ojala toda arrodillado, con suma humildad y fervor. Algunos piadosos vecinos de aquel barrio avisados por el toque de las campanas acudian al santo sacrificio.

El gallardo jóven, el capellan y el gentilhombre ausentáronse. En valde la gente curiosa trató de saber donde habian ido. Todas sus mas esquisitas indagaciones se estrallaron en el caos: no dieron resultado alguno.

En los primeros dias del año 1581 á la misma hora y por la misma puerta, entraban en la iglesia de San Pedro un magnífico caballero, el gallardo jóven, el capellan y el gentilhombre trayendo en sus manos trofeos portugueses de guerra, entre ellos un rico sable para depositarlos á los piés del tabernáculo de Nuestro Padre Jesus de Búrgos.

Hincados los cuatro de rodillas ante el mismo altar, llenos de dulcísima alegría, cantando el *Santo, Santo, Santo*, se las ofrecieron al Señor reverentemente.

Las personas que á la sazon estaban en la iglesia, agolpáronse en tropel al presbiterio. El cura párroco y otros eclesiásticos, saliendo de la sacristía, vinieron á abrazar á los recien llegados. Las salutaciones, las reverencias y

las enhorabuenas se generalizaron entre todos los allí reunidos.

Entonces el gallardo jóven mirándolos cariñosamente, esclamó así:

—Con esta sagrada Imágen (señalándola) todo se gana, sin fatigas ni peligros. Con ella, llevándola en mi pecho, he vencido en Alcintar, arrancándole al soberbio conde de Vinioso este sable de sus mismas manos. Con ella espero triunfar en los mas sangrientos combates del mundo.

Era el bravísimo capitan de caballos corazos, hijo del sábio general Alvaro de Flores, parroquianos de San Pedro, que volvia á Sevilla de mandar su brillante compañía á las órdenes del famoso D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, en la memorable batalla de Alcántara. Habia hecho solemne promesa al Señor de Búrgos, de si lo sacaba salvo de la guerra contra Portugal, traerle acompañado de su ilustre padre, de su capellan y de su gentil-hombre algunas armas lusitanas, cojidas en los campos de batalla y venia á cumplirla religiosamente.

El Sacerdote.

Todas las tardes de la hermosa primavera de 1625 (1) un clérigo de séria fisonomía, saliendo de la calle del conde del Castellar, donde moraba, frontera á la parroquia de San Márcos, dirijíase á la de Raspaviejas, hoy de la Iniesta, entrando en uno de sus jardines. Recibialo el viejo piadoso matrimonio, que lo cultivaba, con las mas claras nuestras de amoroso respeto, besándole la mano hincados de rodillas y recogiéndole el manteo y el sombrero de canoa.

—Hoy ¿cuál maceta de flores quiere vuestra merced?

Preguntábale el marido con mucho agrado.

—Cualquiera.

Le contestaba el eclesiástico.

Al punto el buen jardinero traíale aquella que mejor le parecia.

Entonces el clérigo, sentado en un cómodo escaño de mimbre, poniéndose los espejuelos, y arrancándole á la maceta una flor la comenzaba á estudiar prolijamente. Acabada esta larga y minuciosa operacion, sacando de

(1) Procedente de Madrid, donde vivia, vino ȧ esta primavera á Sevill para pasarla entre su familia y amigos.

la honda faltriquera de su chaqueta un rollito de papel blanco, escribia en él algunas ligeras apuntaciones.

Era el *Cantor de las flores*, el melancólico poeta sevillano Francisco de Rioja, que iba á sacar de aquel lindísimo pensil los materiales y los asuntos de sus inimitables silvas elegíacas al *Clavel*, á la *Rosa*, al *Jazmin*, y á la *Arrebolera*.

La Biblioteca.

Casi todas las mañanas del año de 1640 y algunos siguientes, cerca de las ocho, un hombre de adusta fisonomía, con un rollo de papeles debajo del brazo, viniendo de la collacion del Sagrario, salia por la puerta de la Carne, dirigiéndose por el puente de San Bernardo, sobre el *Tagarete*, al monasterio de San Benito, en la *Calzada de la Cruz del Campo*, á cuyas puertas generalmente lo aguardaba el agradable Prelado, haciéndole á su llegada finísimas demostraciones de amistad y de alegría.

Entrambos penetraban en el monasterio: subian las escaleras, y despues de ir á saludar de paso á algunos sábios religiosos, entraban en la espaciosa celda del Abad, donde alrededor de sus paredes, muchos estantes alambra-

dos guardaban cuidadosamente la mayor y más escogida parte de los libros clásicos de la literatura española, desde el lejano tiempo de los Augustos.

Sentados á una larga mesa comenzaban á trabajar afanosa y dulcemente. El estimable Prelado íbale acercando libros al hombre de adusta fisonomía, el cual los examinaba con mucho detenimiento y desplegando un rollo de papeles hacia de cada uno minuciosas apuntaciones. Acabada esta noble faena, los dos amigos entregábanse silenciosamente á la contemplacion ó á la escritura.

El hombre de adusta fisonomía era el memorable erudito bibliófilo D. Nicolás Antonio, vecino de la collacion del Sagrario, que iba á preparar bajo los techos de aquel santo monasterio gran parte de su famosa *Biblioteca Hispana*: el Abad, su tierno amigo, el insigne padre Fray Benito de la Serna (1), docto humanista y escritor concienzudo, que, como hemos visto, lo ayudaba en sus esquisitas tareas literarias.

---

(1) Murió despues de 1560, en su monasterio de Sevilla, donde está sepultado. Era hermano de Don Melchor de la Serna, canónigo de la catedral de Sevilla, ilustre teólogo y predicador elocuente y del doctísimo padre Fray Pedro de la Serna, mercenario descalzo.

Una Misa cantada.

A las diez de la mañana de un apacible sábado, del mes de mayo, las campanas de la torre de la parroquia de San Estéban tocaban á misa. Los piadosos vecinos de aquella corta feligresía iban entrando por las dos puertas del templo. En la capilla mayor cerca del presbiterio, estaban en dos filas, puestos de pié, con los ojos bajos, unos cuantos soldados mancos, cojos ó llenos de hondas cicatrices, rezando devotamente. En sus pechos ostentaban muchas honrosas placas. En el centro de las hileras, sentados en paralelos magníficos sillones, de terciopelo verde, con clavos y franjas de oro, veíanse dos graves personajes, vestidos de generales.

Era el de la derecha ó lado de la Epístola D. José Carrillo de Albornoz, tercer conde de Montemar y primer duque del mismo título, y el de la izquierda ó lado del Evangelio D. Jaime de Guzman, segundo marqués de la Mina, gloriosos vencedores en Italia, los cuales, antes de las batallas, habian prometido á *Nuestra Señora de la Luz*, que si les daba la victoria, vendrian juntos á costear y oirle una misa cantada en compañía de todos sus vá-

lientes compañeros de armas, que á la sazon se hallaban en Sevilla é iban á cumplir sus promesas.

La misa comenzó. Todos arrodilláronse humilde y recogidamente. Los cantos de los sacerdotes, las lágrimas de los generales, los suspiros de los soldados, los rezos de la gran concurrencia, envueltos con el humo del tabernáculo subian al Trono del Eterno.

Concluida la misa, los dos generales, rodeados de aquellos valientes fervorosos campeones, salieron de la iglesia, por la puerta del lado de la Epístola. Ya en la calle, mirándolos con cristiano cariño, les dijo el duque de Montemar:

—Hijos mios: *Nuestra Señora de la Luz* nos la dió en las batallas para destrozar á los adustos alemanes. Vosotros nos ayudásteis en aquellas sangrientas jornadas. Recibid, pues, la bendicion de la Vírjen Santísima y nuestras mas dulces enhorabuenas. Quedaos con Dios.

Estas palabras ternísimas produjeron un contento general en todos los numerosos circunstantes.

Antonio Gomez Azéves.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

NUESTRA SEÑORA

DE FUENTES CLARAS,

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES.

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA
SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

SEVILLA.

Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catalanes 4, esquina á la de Tetuan.

1864.



(Es propiedad de su autor.)

A la buena memoria de mi hermano el Señor Don José Maria Gomez y Azéves, dignísimo Magistrado de la Audiencia de Canarias, benemérito de la pátria en grado heróico y eminente, condecorado con dos cruces de distincion.

En testimonio de fraternal cariño.

Antonio Gomez Azéves.

I.

No léjos de Aználcollar, á cinco leguas de Sevilla, en una estensa campiña, cortada por algunos repechos, vense cuatro viejas paredes, malamente techadas, las cuales fueron en otro tiempo la célebre ermita de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, cuya piadosa fundacion se pierde en la oscura noche de los siglos. Sus

NOTAS. En mis *Recuerdos de Marchena.*
Página 26, línea 5 y 6, léase:

Airoso manto lo cubre
Desde el cuello á las rodillas.

Página 75, despues de Varones sábios que han vivido en Marchena, léase: *Don Juan García Carnero.*

alrededores solitarios respiran esa poesía católica, ese entusiasmo religioso, ese arrebato místico, de que carecen los edificios mundanos. Antiguamente los vecinos de Aználcollar hacian á la Vírgen de *Fuentes Claras*, brillantísimas funciones, para darle gracias por la salud de sus familias, la abundancia de sus cosechas y el aumento de sus ganados, habiendo concurridas veladas de las gentes devotas que iban de Gerena, Salteras, Olivares, Albaida, Castilleja del Campo, Escacena y otros varios pueblos de la redonda.

Eran las diez de la noche del dia 24 de Diciembre de 1793. Los misteriosos tañidos de la campana de *Fuentes Claras*, derramándose por aquellas silenciosas comarcas, llamaba á la Misa del Gallo. La luna, en su más limpia pureza, mostrando al mundo las glorias de Maria, iba pronto á alumbrar los humildes techos del Santuario. En medio de aquella lobreguez, se percibian á lo léjos las hogueras de los ganaderos, oyéndose los alegres sencillos ecos de sus guitarras, ó los tristes cantos de las cornejas, puestas en los árboles de la cercana sierra. El viento azotaba los muros y los álamos de la ermita. Una opaca luz, como medrosa, salia por sus puertas. El sonido de las campanas de Aználcollar y las del monasterio

basilio, de Nuestra Señora del Retamar, conocido por el *Tardon*, venian á enriquecer, en estremo aquel austero y religiosísimo paisaje.

A las diez y cuarto, un coche alumbrado por dos grandes faroles de reverbero y las pisadas de caballos sintiéronse en las proximidades de la ermita. Un jóven, airoso ginete, adelantándose, dijo señalando con su fusta á la capilla.

—¡Gracias á Dios, señores: ya dimos con ella: ya está aquí. ¡Qué oscuridad!

—No puede ser mayor.

Contestó desde el carruaje una voz de mujer.

—Yo creia no encontrar ya á *Fuentes Claras* y tener que volvernos á Sevilla.

Repuso con tranquilas palabras el otro de los ginetes.

—Cuando se busca á María, siempre se encuentra.

Dijo con tono grave un anciano Sacerdote, que iba dentro del coche.

En esto pararon á las puertas de la ermita. El viejo santero, con un farolillo encendido, salió á recibirlos. Despues de darles una cariñosa bien venida, dirigiéndose al Sacerdote, le dijo:

—Padre Bruno: todo está ya preparado. Solamente me falta acabar el toque de la campana para que acudan los pastores vecinos, los cuales cantando coplitas y tañendo los caramillos y las zampoñas alabarán al recien nacido, Niño Dios. ¡Vaya, Padre Bruno, esta capilla va á ser esta noche una nueva Belen!

Las candorosas palabras del santero gustataron mucho á todos los oyentes.

Desmontados del coche y de los caballos entraron con séria compostura en la ermita. Puestos de rodillas delante del tabernáculo de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, cantaron en coro la *Salve*. La dama y los dos jóvenes, mirando atenta y devotamente á la Consoladora de los afiigidos, derramaban gruesas lágrimas. ¡Desventurados traia en aquellos momentos, á la memoria, su gallardo santuario de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, erigido á expensas de sus ricos ilustres abuelos, en un pintoresco valle de la Bretaña, arrancado de cimientos por las feroces sacrílegas manos de la revolucion!

Los pastores, poco á poco, por sendas diferentes, fueron llegando á las puertas de la capilla. Puestos allí en corrillos, comenzaban á tocar y á bailar, cantando estas coplas:

Esta noche, es noche buena:
y no es noche de dormir:
que está la Virgen de parto
y á las doce ha de parir.
En Belen tocan á fuego:
del portal salen las llamas:
porque dicen, que ha nacido
el Redentor de las almas.
Los pastores no son hombres:
que son ángeles del cielo:
en el parto de Maria,
ellos fueron los primeros.

La noble familia bretona, emigrada, y el respetable Religioso franciscano, salvado milagrosamente de las feroces matanzas de Paris, oyendo aquellos sencillos deliciosos cantares, salen diligentes á recibir á los ganaderos, que venian á adorar al Rey de los Reyes. Acompañados de estos felices habitadores de los desiertos, vuelven á entrar en la ermita. Entonces fué cuando tuvieron lugar, dentro de ella, las mas tiernas escenas. Parabienes, abrazos, lágrimas y suspiros mezcláronse; para formar

---

NOTA. Las pagians 246, 247 y 248, son las 6, 7 y 8.

la amorosa confraternidad de Jesucristo, la santa unidad de Maria, el compasivo comunismo católico. Allí, las ásperas manos de los humildes pastores del Campo de Texada, apretáronse, afablemente, con las delicadas de los poderosos Señores de los Castillos de Bretaña: alianza dulcísima, que, solo el Evangelio puede ejecutar.

Vueltos á hincarse de rodillas, el Religioso, comenzó á rezar con sus paisanos, las letanías, que concluyeron al poco tiempo,

La hora iba acercándose. El Religioso entrando en la pequeña sacristía, revistióse de los santos ropajes. La ilustre viuda, entre sus dos gallardos hijos, arrodillase humildemente. El Sacerdote sale: la misa comienza: los pastores cantan: el aire murmura: la tierra salta de gozo: el cielo rie: el infierno llora. ¡Bendito sea, [exclaman todos juntos, el que viene en nombre del Señor!

Concluida la misa, que habia sido amenizada, con las jubilosas canciones de los pastores, el celebrante, sentado en un escaño, hizo en claro español una bellísima reseña de los altos alegres misterios de aquella noche feliz, en que nació el Salvador del mundo; para traer á los hombres la santa paz. En varios lugares de su elocuente discurso, recordó

con mucho patético entusiasmo, los crueles martirios de Luis XVI, los bárbaros suplicios de su augusta real familia y la negra ingratitud del pueblo francés, que levantó un cadalso para el mejor de sus reyes.

El padre Bruno, en su plática eruditísima, mostró á las claras, que era digno paisano de los grandes predicadores franceses. Todos los presentes, besándole la mano, recibieron á su vez la bendicion y el abrazo de Jesucristo.

Durante la tierna arenga. madama Isabel y sus dos hijos, hincados de rodillas, con las cabezas bajas, permanecieron como estátuas: los sencillos pastores, horrorizados con las fierezas de la revolucion, lloraban como niños, y el santero daba grandes suspiros.

De allí pasaron todos á la pequeña sacristia, para cenar. El santero, sobre unos viejos bancos, habia diestramente, de las abundantes ricas provisiones, que venian en el coche, improvisado la mesa.

No faltaba en ella nada de lo necesario y esquisito. Panes blanquísimos, gustosos peces, vinos generosos y dulces agradables fueron servidos. La galantería francesa lució toda su finura. La Señora, sus hijos y el padre Bruno, esmeráronse á porfia, en obsequiar á sus convidados. Allí no hubo clases ni condiciones,

sino buenos católicos. Allí no se miró al rico ni al pobre, al grande ni al pequeño: sino únicamente á la desnuda criatura, salvada por Jesus en el Calvario, donde todos los hombres, sin distincion alguna, recibieron la redencion.

Vueltos á la capilla, dieron gracias á la *Vírgen de Fuentes Claras*. Los pastores cantaron en coro con mucho esmero y gusto, estas dos estrofillas, que uno de ellos habia compuesto, durante la larga cena.

Librad, ¡oh Vírgen! á Francia,
De la vil guillotina:
Volved pronto á Bretaña,
A esta ilustre familia.
Cesen ya los horrores:
Tornen tranquilos dias:
Y aclame el mundo entero,
Vuestra bondad divina.

Ya la aurora, en su lecho de rosas, iba asomando por Oriente. Las avecillas cantaban al Dios de las florestas. El balido de los rebaños, que pacian en la vecina sierra, mezclado con el susurro de los vientos, estrellándose contra los muros de la ermita, venian á realzar más y más aquel interesantísimo paisaje. Madama Isabel, sus dos hijos y el padre Bruno fueron

despidiéndose de todos, con la natural cortesia que tanto cautiva los corazones.

Puestos en camino, por Albaida, donde vieron de paso la *Torre de D. Fadrique* y los vestigios de *Lelia*, vinieron á Olivares, con la intencion de visitar su insigne colegial, y ver en ella el humilde sepulcro del discípulo de Ticiano, el licenciado Juan de las Roelas, de cuyo famoso autor, tenia Madama Isabel, algunas escelentes creaciones. El padre Bruno, que en sus primeros años habia hábilmente manejado los pinceles, era un amante eruditísimo de las grandes obras del arte. Los hijos de madama Isabel lo conocian á fondo. De manera que allí veiase una pequeña falange de doctísimos aficionados.

Por la puerta de la plaza, que es la del Evangelio, entraron en la Iglesia. El abad y dos de los canónigos, al ver aquellos estrangeros, cuyos aires indicaban su alto origen, vinieron á ofrecerse á ellos con estremada finvra. Madama I abel, sus dos hijos y el padre Bruno los recibieron con la más blanda cortesania. El abad les enseñó con mucha minuciosidad, los valientes cuadros de Roelas, y su pobre sepultura á la entrada del coro, el rotrato del Pontifice Urbano VIII, atribuido á Ticiano, el *Niño Dios* de Juan Martinez Mon-

tañés, el riquisimo *Relicario* y otras varias cosas dignas de verse. Muy contentos salieron todos de la colegial, á cuyas puertas fueron cariñosamente despedidos por el ilustre abad y los dos señeres canónigos.

A las tres horas de viage ya estaban en Sevilla.

II.

El dia 18 de Noviembre de 1823, dos caballeros franceses, de la comitiva de S. A. R. Luis Antonio de Borbon, duque de Angulema, montados en hermosos alazanes, seguidos de un page, vadeaban, con el agua á las cinchas, al romper el alba, el rio Guadiamar ó de Sanlúcar la Mayor, camino de Sevilla á la ermita de *Fuentes Claras*, término de la villa de Aználcollar. Su taciturnidad y sus melancólicas semblantes demostraban la amargura de sus

corazones. No parecia sino que en aquellos momentos iban cruzando por sus tristes abatidas frentes algunas llorosas punzantes memorias.

Cuando clareó, señalando el más jóven con su mano un poco á la derecha, dijo:

—Felipe: ya está allí Aználcollar: ¡mírala, mírala!

—Sí, Adolfo, ya la veo. Pero ¡ojalá que como ahora treinta años, vinieron con nosotros a esta romería los que descansan en los frios frios sepulcros de Bretaña, el padre Bruno y nuestra buena madre...

Al llegar aquí los llantos y los sollozos ahogaron su garganta.

—No llores, Felipe, no llores, hermano mio: que si yacen sus cuerpos en los panteones de nuestros castillos de Bretaña, sus almas viven en la gloria, desde la cual nos bendicen.

Bien pronto vieron á lo léjos la ermita de *Fuentes Claras*. Un agudo ¡ay! salió repentinamente de los angustiados pechos de aquellos afligidisimos varones.

—Solamente, dijo Adolfo á su hermano Felipe, por volver á visitar este santuario: para cumplir la última voluntad de nuestra madre, hemos desde nuestros castillos de Bre-

taña venido á España en la brillante comitiva de Monseñor el duque de Angulema. Ya estamos á su vista. Ahora valor, hermano mio, para sufrir las agonías de punzadores recuerdos.

Llegan á la ermita. Paran á sus puertas. Estaban cerradas. Clavan sus ojos en sus desconchadas paredes y en sus techos desvaratados. Echan de menos la campana y la torrecilla. Dan varias vueltas alrededor de la capilla. No ven á nadie. No sienten ningun ruido. El silencio y la soledad cubrian, con su negro manto aquellos medrosos lugares. Solamente un viejo buho aleteaba, como para querer arrancar el vuelo, en los estremos del tejado. Aquel rey de la muerte habia asentado allí, de mucho tiempo atrás, su lúgubre y lacrimoso trono.

—Adolfo: ¿y la *Vírgen Santísima de Fuentes Claras*?

Esclamó Felipe, casi gritando.

—Allí dentro está. No hace cuatro años que la trajeron de la parroquia de Aználcollar á donde la llevaron el mismo dia que las tropas napoleónicas del rey José I, quisieron quemar la ermita.

Contestó un anciano pastor, que sin haber

sido visto, estaba echado sobre su peluda zamarra, á los piés de un alto monton de leña.

Sorprendidos los dos hermanos y el page, con aquel tan repentino é inesperado razonamiento, dirigieron sus caballos hácia el monton de leña.

Entonces el viejo pastor levantándose, con el sombrero en la mano, les habló asi:

—Buenos dias, Señores: yo he sido quien os he contestado. Si en algo puedo serviros ó valeros, aquí me teneis á vuestra disposicion. Habitador, desde muchacho de las soledades, he socorrido en muchas ocasiones á los caminantes: pues la creo una de las mayores obras de misericordia.

Bastante gustaron á los dos hermanos las razones del pastor, las cuales probaban su hombría de bien y sus buenas luces. Adolfo, picado de curiosidad, desmontándose de su caballo, como tambien Felipe y el paje, entabló con él este diálogo:

—¿Quién eres?

—Ya lo estais viendo: un pobre pastor del campo de Texada.

Mostrándole humildemente su zamarra y su chibata.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro Vilumara.

—¿Dónde naciste?

—En aquel pueblecito.

Señalando con la maza de su garrote á Aználcollar.

—¿Qué guardas?

—Esa piara de ovejas.

—Tambien fué tu padre pastor?

—Sí, Señor: despues de servir al Rey de España en la valiente guerra de Italia, bajo las órdenes del duque de Montemar y del marqués de la Mina, vino á esta tierra, donde estuvo de pastor todo el resto de su larga vida. ¡Cuánto me entretenia en mi niñez, contandome sus largas campañas! ¡Qué relacion tan clara y minuciosa me hacia de las famosas batallas en una de las que de un lanzazo quedó manco del brazo derecho!

—¿Y tú, has servido al Rey?

—No, Señor: jamás he salido de estas comarcas: ni he oido más misas que en mi pueblo, en el monasterio basilio del *Tardon*, y en esta capilla de *Fuentes Claras*. ¡Dichoso una y mil veces, él, que la campana de su lugar le abre la vida y le cierra el sepulcro! Vuestros aires de extrangeros, me hacen recordar en este mismo instante, una *Noche Buena*, que cuando yo era mozo oí en esa ermita la Misa del Gallo, con unos caballeros franceses emi-

grados, por cierto muy buenos cristianos, que venian de Sevilla, con su madre y un Religioso franciscano, llamado el Padre Bruno. Todavía recuerdo las dos coplitas, que durante la cena, les compuse. ¡Cuánto me alegrara saber de ellos!

—Te alegrarias mucho?

—Sí, mucho, Señor, muchísimo. Algunas veces, pasando con mi muger y mis dos hijos por este sitio, en que ahora estamos, les he referido, bañado en lágrimas, los sucesos y las ocurrencias de aquella noche inolvidable: la cena, el sermon del Padre Bruno, la finura de madama Isabel y de sus dos hijos, la ingenuidad y sencillez del santero, las canciones pastoriles y otras muchas cosas. Pero creo, Señor, que ya se habrán muerto: singularmente madama Isabel y el Padre Bruno. Por lo que hace á los de aquí, todos han fallecido, ménos yo, que gracias al cielo, sin embargo de mis ochenta años, aunque seco y con arrugas en la cara, me rebosa la salud y la fortaleza.

—¿Querrias volver á verlos?

—¡Ay, Señor: con todas las veras de mi alma.

—Pues ya los está viendo. Aquí estamos, Nosotros somos.

Contestaron á una voz Adolfo y Felipe, lle

vándose sus manos al pecho, y derramando lágrimas, mientras que el page les tomaba las riendas de sus caballos.

—¿Vosotros?

Preguntó, con estraño asombro, el pastor: mirándolos de arriba á abajo.

—¡Sí: nosotros!

—Ya veo, caballeros: ahora conozco claramente que el tiempo iguala á todas las criaturas, pues la misma mella ha hecho en los ricos é ilustres Señores de los castillos de Bretaña, que en el pobre y oscuro pastor del campo de Texada.

Un largo, significativo y profundo silencio siguió á estas palabras, al cabo del cual, Felipe, mirando al pastor, le preguntó:

—¿Dónde está la llave de la capilla?

—La tiene un familia, que vive ahora en ella. Ha ido por agua á la *Fuente de Barbacena*. Ya no puede tardar, pues hace mucho tiempo que salió. Allí viene, allí viene el matrimonio con la niña.

Señalando con su mano hácia el camino del cortijo de Barbacena.

Una hermosa burra, con ligeros pasos, traia cuatro cántaros de agua en unas anchas angarillas, sobre las cuales venia sentada una graciosa niña.

Su madre, para que no se cayera, le llevaba puesta la mano derecha en las espaldas, mientras que su padre, al otro lado, le hacia tiernas caricias, besándola á menudo. La inocente criaturita, mirándolos con ternura, les tomaba la cara, los saludaba con la cabeza, en medio de largas risotadas: como dándoles á conocer un vehemente cariño. A esta manera las flores abren sus tempranos capullos á los dulces vaivenes de las embalsamadas auras de los campos. La limpieza de las ropas de la niña y del matrimonio indicaban los grandes desvelos y el esquisito aseo de la muger. Para tan ejemplares esposos, el mundo estaba reducido á su niña, á ellos y á aquellas cuatro pa redes de la antigua despedazada ermita de *Fuentes Claras*. Las negras nubes de la envidia ó de la ambicion jamás habian oscurecido ni encapotado el claro cielo de sus hermosos corazones.

Cuando venian cerca de la ermita, adelantándose hácia ellos Pedro Vilumara, le dijo al marido:

—Nazario: estos caballeros quieren ver la capilla.

—¡Con mucho gusto!

Contestó Nazario Peñafiel, dándole la llave

que venia enganchada en una alcayata de las angarillas.

—En ella, continuó, tienen esos Señores una blanda y limpia cama, donde si gustan, pueden descansar á pierna suelta. En los caminos, Vilumara, es donde comunmente los ricos necesitan más de los pobres. Si no mira los muchos servicios que recibió de los menesterosos: mira los grandes favores que admitió de ellos Jesucristo, el rico de los ricos.

El pastor Pedro Vilumara abrió las puertas del antiguo santuario, diciéndoles:

—Caballeros, cuando querais, podeis entrar.

Con el corazon partido de dolor entraron los caballeros franceses en la ermita. Arrodillados á los piés de la Señora estuvieron en larga oracion. Lágrimas y hondos suspiros brotaron sus ojos y sus lábios. Allí estaban todavía el misal, los humildes escaños donde se sentaron su madre y el Padre Bruno y los viejos bancos sobre los que cenaron: pero la campana habia callado sus toques clamorosos, faltaba el santero y no se oian las canciones de los pastores.

El paje, desamarrando de la grupa de su caballo, unas grandes alforjas de paño verde, con abrazaderas de ante, las entró en la er-

mita. En ellas venian gustosos panes, ricos fiambres, dulces escogidos y vinos delicados.

Puesta la mesa por el page, los dos hermanos, Felipe y Adolfo, dijeron á todos:

—Ea, Señores: fuera de ceremonias: fuera de cumplimientos: á almorzar: la mesa nos está esperando. Aquí no estamos, sino buenos y afectuosos amigos.

El desayuno estuvo animadísimo. La amabilidad de los caballeros franceses, rindió á Nazario, á su esposa, á la niña y al pastor infinitas dulcísimas atenciones. Cada uno de los concurrentes refirió un ligero cuentecillo. Cuando llegó su vez á Pedro Vilumara, habló de esta manera:

—Señores: ahora algunos siglos vivia en Aználcollar un mulato nombrado Amaro Gallego, el cual tenia la vara de alguacil del Ayuntamiento. Su condicion abatida, su humilde oficio y su estremada pobreza le atraian el desprecio de todos sus vecinos. Amaro Gallego habia sido desde niño persona de buena vida, sufriendo con valerosa resignacion las diarias befas de sus conterráneos.

A principios de una triste primavera desarroyóse, en Aználcollar, el exterminador contagio, llamado peste, de una manera tan cruel y horrible, que todos sus habitantes fueron in-

vadidos. Entonces el buen Amaro Gallego, desterrando de su memoria tantos y tantos ultrajes como le habian hecho sus paisanos, dedicóse noche y dia al cuidado y auxilio de los enfermos, desplegando á la cabecera de sus camas una caridad heróica, ardiente y cristianísima. La horrorosa epidemia subia de punto. La muerte á nadie perdonaba. Las casas iban unas tras de otras, quedándose vacías. Cadáveres, ropas, colchones, sillas, mesas y otros muebles llenaban las plazas y las calles de Aznàlcollar. Amaro Gallego, cón un grueso rosario al cuello y un Crucifijo en la mano andaba de aqui á allí, dándoles el último consuelo á los agonizantes. De este modo pagaba los bárbaros insultos que habia recibido de ellos. Nadie quedó vivo. Todos entregaron su alma á Dios. Amaro Gallego, el único que milagrosamente se salvó de aquel terrible naufragio, fué heredero universal de los mismos, que tanto lo habian ofendido y despreciado. El Rey para premiarle sus grandes benéficos servicios lo hizo noble, dándole todos los privilegios de caballero hijo-dalgo, notorio de sangre y solar conocido.

Cuando poblada de nuevo la villa de Aznàlcollar, siendo su alcalde, llegaba á lss puertas de alguna casa y le decian:

—Siéntese, vuestra merced, D. Amaro.

Sonriéndose solia contestar:

—*¡Siéntate Don Dinero!*

Esta contestacion daba bien á conocer, señores, que Amaro Gallego entendia los achaques y las miserias del mundo, el cual se burla de los pobres, los ensalza si se hacen ricos y vuelve á despreciarlos si la fortuna los abandona.

Mucho gustó á todos los oyentes la breve curiosa relacion de Pedro Vilumara.

Concluido el almuerzo, acompañados de Nazario Peñafiel fueron los caballeros franceses á la parroquia de Aználcollar, donde puestos de rodillas, ante el Altar Mayor, estuvieron orando un larguísimo rato.

Cuando salieron de la iglesia, mirando Adolfo con ojos llorosos á su hermano Felipe y dándole un abrazo muy apretado, esclamó:

—¡Gracias á Dios, Felipe! que hemos obe-

NOTAS. Página 12, donde dice Librad ¡oh Vírgen! á Francia, léase Librad á Francia ¡oh Vírgen.

Página 16, donde dice allí dentro está, léase ahí dentro está.

El Sr D. José María Gomez y Azéves, nació en Sevilla, el dia 28 de enero de 1803, en la calle de las Aguilas, numero 16 moderno, collacion de la iglesia parroquial de San Ildefonso. Fué hijo de los Sres. don Juan Lorenzo Gomez del Robredo y doña Maria de la Luz de Azéves, su legítima mujer. Murió en Sevilla el dia 24 de enero de 1853, en la calle de Trajano número 20 moderno, parroquia de San Miguel. Está sepultado en el cementerio público de San Fernando.

decido la tierna y vehemente súplica que nu tra moribunda madre nos hizo pocos mom tos antes de fallecer, de que viniéramos vez á visitar á la milagrosa *Señora de Fue Claras*. Ya como buenos hijos lo hemos he ¡Mal hallan los que olvidan los consejos ó mandatos de sus padres espirantes!

Vueltos á la capilla de *Fuentes Claras*, d pues de haberles dejado á todos y singu mente á la graciosa niña grandes regalos metálico, se despidieron con la mayor finu atencion.

Por la misma ruta que habian llevado v vieron los caballeros franceses á Sevilla, en que entraron con toda felicidad, poco desp de puesto el sol. A los cuatro dias, obte el permito de S. A. R. Monseñor el duque Angulema, tomaron el camino para Breta de la que no volvieron á salir jamás.

Hace pocos años, que por estar arruina la ermita, la fervorosa devocion de los veci de Aznalcollar ha llevado á la *Virgen de Fu tes Claras* á su iglesia parroquial, donde recib su antiguo culto. ¡Quiera el cielo, que repar do el santuario, vuelva á empuñar en él su c yado de Pastora amorosísima, para bien y ventura de los habitantes de Aznalcollar y de los pueblos cercanos!

FIN.

Recuerdos de Marchena.

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES.

INDIVIDUO DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA
SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

SEVILLA.

Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catalanes 4, esquina á la de Tetuan.

1863.

PRÓLOGO.

En una de las mas feraces comarcas de Andalucía, se encuentra una agradable villa, llamada Marchena, de cuya historia se han ocupado algunos escritores españoles. Fundada por los valientes romanos en los primeros años que siguieron á la conquista de la Bética con el nombre poético de *Martia Augusta*, ocupó uno de los mas altos lugares entre las colonias beticenses. El más bello gusto adornaba los templos de sus dioses, los palacios de sus potestades, y las casas de sus moradores. Durante la dominacion goda, fué de las más ricas

poblaciones de Vandalia. Vinieron, por último, los árabes, y entonces *Martia Augusta*, la colonia de los romanos, llegó al mayor incremento de grandeza y de celebridad. Los reyes moros de Sevilla, la circundaron de murallas fortísimas y de inespugnables torreones, levantando para su defensa el famoso *Castillo de la Mota*, el cual forma, aun hoy dia, las delicias del analista y del arqueólogo. Bajo sus altos techos se reunieron muchas veces, en deliciosas zambras, las mas encantadoras damas y los mas cumplidos donceles de la morisma. Cantares melancólicos, jácaras melodiosas, músicas acordadas, en medio de apacibles y serenas noches, se oyeron en sus perfumados jardines y en sus robustos torreones. El talento, la cuna, el amor, la belleza, todo, todo tenia plaza en aquellas galantes reuniones en aquellos dulcísimos saraos.

En 1240, el fuerte *Castillo de la Mota* fué tomado, despues de una tenaz resistencia por el nobilísimo y valiente D. Pedro Ponce de Leon. El generoso rey D. Alonso el Sábio, se lo dió señorialmente, con gran porcion de donadios en aquel término.

Desde entonces la villa de Marchena ha sido un pueblo señorial, de la antigua casa de Arcos (hoy agregada á la de Osuna.)

cuyos duques, como señores, nombraban los asistentes, los ayuntamientos, los escribanos y todos los demás oficios públicos.

Hoy dia, la villa de Marchena es una de las mas ricas del reino de Sevilla. La feracidad de sus campos y la esmerada laboriosidad de sus hijos, la harán florecer más y más. Su situacion es sana, ventilada y alegre. Tiene calles anchas, grandes y cómodas casas, é iglesias donde se guardan, con mucho cuidado, algunas altas creaciones de Leonardo de Vinci, del divino Luis de Morales, de Juan Martinez Montañés, de Pedro Roldan, de Bernardo de Gixon, de Pedro Delgado, de Pedro Duque Cornejo y de otros esclarecidos artífices.

Desde la más remota antigüedad, las mugeres de Marchena, sin distincion de clases ni de estados, llevan *mantos*, á los cuales les dan cierta graciosa gallardía, muy difícil de esplicar. Los manejan con tan traviesa molicie, que llaman la atencion del forastero. Ojalá que sigan siempre usando de sus famosos *mantos*, porque con ellos embellecen más y más sus altos y esbeltos cuerpos, y sus blancos y hermosos rostros.

El Castillo de la Mota.

Romances.

I.

En la vega de Carmona,
Juntáronse una mañana,
Cuatro tercios de templarios,
Armados de fuertes lanzas.
Guerreros de antiguo nombre,
Caballería bizarra,
Que cogió frescos laureles,
En luchas ensangrentadas.
Era el caudillo un mancebo,
Aguerrido en las campañas,
Próximo deudo y amigo
De Garci-Perez de Vargas.
De cuerpo airoso y robusto,
De negro cabello y barba,
De color trigueño claro
Y de espresiva mirada.
Lujoso traje vestia:
Alto caballo montaba,
Mas blanco que el mismo armiño
Y mas ligero que el aura.
Alzando al cielo sus ojos,
Lleno de entusiasmo exclama,
Señalando hácia Marchena,
Con la punta de su espada:
«Allí están los sarracenos:
Santiago cierra España:
Allí templarios, la gloria;
Volemos, pues, á alcanzarla.»
A estas belicosas voces,

Todos gritan: todos claman:
«Muera la inicua morisma.»
Y rompen su augusta marcha.
Iba delante el caudiilo,
Rebosando en ira y rabia
Seguíanlo en dos hileras
Sus tropas amaestradas.
Llegan á galope largo,
De Marchena á la comarca:
Hacen alto: lanza enristran:
Colocándose en batalla.

II.

Sobre arrogantes corceles,
Que espumas al aire lanzan
Del Castillo de la Mota
Moros bajan: moros bajan,
Por las vecinas llanuras,
En grupos se desparraman:
Esperando que su Xeque
La dura contienda abra.
En un bridon cordobés
Que precioso freno tasca
Y haciendo muchas corbetas
La cola al viento derrama.
Llega el Xeque mahometano
A la primera avanzada,
Por el caudillo pregunta
Y por su nombre lo llama.
Vengo, le dice, á este sitio,
A cumplirte la palabla,
Que junto á Moron te dí:
Luchemos, pues, cara á cara.
A lo mismo vengo yo,
Con esta hueste gallarda:

Contéstale Pero Bravo:
Echando mano á la espada,
  Y ¡guai de tí y de los tuyos,
Alma de Caín! aguarda
Verás del valor templario,
La no vencida pujanza.
  Al decir esto: arremete
Con intrépida arrogancia:
Atravesándole el pecho,
De una profunda estocada.
  Cae en la tierra, como el roble
Que el fiero huracán arranca,
Y dando horrible gemido,
El postrero aliento exhala.
  Acobardados los moros
Huyen á la desvandada
Y la templaria cuchilla
Corta brazos y gargantas.
  Muy alegre Pero Bravo,
Su tajante acero envaina:
Alza los ojos al cielo:
Dándole cumplidas gracias.
  El castillo de la Mota,
Sus anchos puentes levanta:
Echa argollas y cadenas:
Cierra puertas y ventanas.

La estrella de Marchena.

En la plazuela de San Juan Bautista, la más antigua y solitaria de Marchena, habia una casa á principios del siglo XVI. Edificada

en los primeros años despues de la conquista de esta villa, presentaba por el esterior un aspecto vetusto y sombrío. El interior, tampoco era moderno ni alegre. En el patio, se veian corpulentos rosales de todas las estaciones. Los jazmines, los romeros, las yedras y las madreselvas, formando graciosos pabellones, tapizaban sus negruzcas y desconchadas paredes. Un robusto pino, que descollaba en medio de estos olorosos arbustos, cubria con su régio manto los tejados y las azoteas de la casa.

Dos cónyuges y una hija única la habitaban. El marido, llamado el tio Pedro Rueda, pobre labriego, tenia toda la sencillez de los de su clase: la muger, nombrada la tia Juana [illegible]bio, era una santa: la hija, en fin, llamada [illegible], conocida por su rara belleza con el sobrenombre poético de la *Estrella de Marchena*, era una jóven muy obediente á sus padres y muy laboriosa. Despues que hacia por las mañanas, las faenas de su casa, se dedicaba á la costura ó á hacer primorosas medias, clases de mugeril trabajo, que cultivó Marchena, con tanto gusto y provecho, en aquellos tiempos y en los posteriores. La *Estrella de Marchena*, era justamente apreciada de todos los vecinos de la plazuela. Los domingos por las tardes, sus [illegible] amigas venian para bailar alrededor

de el *Pino de los recuerdos*. Cada cual de las jóvenes, dejaba una memoria amorosa, clavada en su corteza. Allí, la bella Sancha el *Clavel de Moron*, de ojos negros y de cintura de junco, lloraba las ingratitudes y los desvíos de su amante. Allí, la graciosa Eulalia, la *Rosa del Arahal*, gemia las traiciones de su ingrato. Allí, la sin par Eugenia, el *Lirio de Carmona*, sollozaba por las veleidades de su cruel. Allí, la linda Carlota, el *Jazmin de Osuna*, suspiraba por la vuelta de su pérfido. Allí, en fin, todas las jóvenes de la plazuela y del barrio de San Juan, reunidas bajo el copudo *Pino de los recuerdos*, lloraban los suyos.

El jóven conde de... rico caballero inglés, procedente de Madrid, llegó á Marchena, para visitar el famoso *Castillo de la Mota*. Traia cartas de los duques de Arcos para sus contadores. Hospedóse en el castillo, siendo tratado con todo el lujo y la ostentacion, que acostumbraba entonces hacerlo la rica y desprendida grandeza española.

Mucho hirió la curiosidad de los habitantes de Marchena, la llegada de este personage. Los unos lo hacian rey. Los otros lo hacian duque. Todos se ocupaban de él. Su gallarda presencia, su lujo pomposo y sus modales, se atraian las escudriñadoras miradas de las jó-

venes marchenenses, principalmente de las que se reunian en la plazuela de San Juan Bautista, bajo el verde y pomposo manto del *Pino de los recuerdos.*

Reunidas nuestras hermosas jóvenes amigas una apacible mañana de primavera, en la casa de la *Estrella de Marchena*, fueron en compañía de sus padres á pasar un dia de campo, costumbre tan comun en los alegres pueblos de Andalucia, á un olivar, cercano al Camino del Oro.

Por la tarde, despues de la comida, al son de festivas panderetas y guitarras, bailaron en varios coros. La *Estrella de Marchena*, el *Clavel de Moron*, la *Rosa del Arahal*, el *Lirio de Carmona* y el *Jazmin de Osuna* lucieron su coreográfica destreza.

El jóven conde inglés de... que acompañado de su elegante pagecillo, andaba cazando por aquellos contornos, atraido gratamente de la armonia de las guitarras y de los palillos, llegó al corrillo donde estaba la *Estrella de Marchena.*

El ilustre hijo de la orgullosa Albion, no acostumbrado á tan pintorescas reuniones andaluzas, sino á las frias y descoloridas de su pais natal, recostado contra su rica escopeta, chapada de oro con el blason de armas de su

familia, estuvo largo tiempo. Sus miradas á todas las jóvenes, pero singularmente á la *Estrella de Marchena*, significaban, muy á las claras, que la aguzada flecha del amor se habia clavado en su pecho.

Ya la tarde iba espirando. Acabados los bailes, todos se pusieron en marcha hácia la poblacion. El jóven caballero inglés, pensativo y taciturno, seguido á pocos pasos de su bello y elegante pagecillo, venia detrás de tan numerosa labriega caravana, con más placer, que en la suntuosa córte de sus reyes La *Estrella de Marchena*, aquella oscura plebeya, habia herido de muerte su corazon.

Todos entraron en Marchena por la ancha y alegre calle de Santa Clara. Cuando el conde y su pagecillo, despues de atravesar la de San Pedro, llegaron á los Cuatro Cantillos, le dijo aquel á este:

—Anda, Ricardo, anda, sigue á esa jóven hasta su casa. Yo me voy al Castillo, porque me encuentro cansado con la caminata de todo el dia.

Apenas habria pasado media hora, cuando Ricardo ya estaba en el *Castillo de la Mota*, dándole noticias á su Señor de la plazuela y casa donde vivia la *Estrella de Marchena*.

A la una de aquella misma noche, el jóven

conde británico, acompañado de su gentilhombre y de su pagecillo, al pié de una pequeña ventana alta de la casa de la *Estrella de Marchena*, cantaba con buen acento castellano, al poético compás de una magnífica harpa, la siguiente redondilla:

Ni lirio ni la azucena
De los bosques olorosos
Son para mi mas hermosos,
Que la *Estrella de Marchena*.

Al acabar esta redondilla, una linda y blanca mano femenina, saliendo por la pequeña ventana, tiró al suelo muchas flores. Seguidamente, una apagada sonrisa mugeril, se oyó en el fondo de aquella estancia.

Al dia siguiente domingo, el conde británico, acompañado como siempre de su pagecillo, vestidos los dos con mucha magnificencia, tan propia en los hijos de la rica Albion, fué á la misa del pueblo, á la parroquia de San Juan Bautista.

Antes de entrar en la iglesia, estuvieron paseando largo rato por el melancólico átrio de la puerta del *Perdon*, que está á los piés del templo, con el intento de ver desde allí á la *Estrella de Marchena*. Esta, envuelta en su airoso manto negro, salió de su casa con su

madre, dirigiéndose á San Juan, para oir misa. El delicado continente de su gallardo cuerpo, la lindeza de sus leves piés y sobre todo la hermosura de su rostro, medio tapado con su manto, hicieron olvidar á nuestro conde todas las frias bellezas del Norte. Inflamado con la llama de un vehemente cariño, ya no trató de otra cosa que de proporcionar los medios de unirse para siempre á aquella honesta jóven.

Mientras duró la misa mayor, estuvo nuestro conde estudiando las obras artísticas de pintura y de escultura, que la piedad de algunos hijos ilustres de Marchena habia acumulado hasta entonces en este hermoso templo.

Acabada la misa, estuvo el jóven conde británico paseando con su pagecillo cerca de una hora por el átrio de San Juan, llamado de la puerta del *Perdon*, mientras que la *Estrella de Marchena*, asomada á la pequeña ventana alta de su casa, ostentaba su angélica hermosura.

Aquella misma noche, desde las doce hasta el amanecer, estuvo hablando la *Estrella de Marchena* por la ventana con el jóven conde. Siguieron de esta manera por el espacio de dos meses, al cabo de los cuales, obtenidas las licencias de los padres del conde, que eran

católicos romanos, y de los de la bella Luisa, la religion santificó sus amores con el matrimonio.

La *Estrella de Marchena,* aquella oscura plebeya española, de repente convertida en ilustre aristócrata inglesa, fué por muchos dias el asunto de todas las conversaciones de sus paisanos.

Los novios, despues de haberles dejado al tio Pedro Rueda y á la tia Juana Rubio, una gran suma de dinero, marcharon á Inglaterra, en donde los esclarecidos padres, y todos los demás parientes del poderoso conde, recibieron á la bella Luisa con mucho cariño, haciéndola suntuosos regalos de boda, y llamándola siempre la *Estrella de Marchena*.

El tio Pedro Rueda y la tia Juana Rubio bendijeron á la Santa Providencia, por los bienes tan copiosos que habian recibido de sus liberales manos. Muy tristes por la ausencia de su hija, murieron en Sevilla á los pocos años. La *Estrella de Marchena,* adorada por su marido, y querida y respetada de cuantos la trataban, crió á sus cuatro hijos: teniendo antes de morir el indecible gusto de verlos ascender á altas dignidades, y á uno de ellos de que se contara en el glorioso y corto número de los grandes literatos ingleses.

El Arco del Berral.

Las dos de la madrugada del dia 14 de diciembre de 1590, daban los relojes de las iglesias de Marchena. El frio, el silencio y la osuridad reinaban por todas partes. Doce ginetes, sobre sus arrogantes y lijeros alazanes, parados fuera del *Arco del Berral*, hablaban bajo. Eran unos famosos bandoleros, que esperaban la llegada de un confidente.

Por el Arco de la Rosa viene bajando un viejo labriego. El capitan de los ladrones, retaco en mano, adelantándose con su hermoso caballo castaño, y entrando por el *Arco del Berral*, dice con robusta voz:

—¿Quién vá allá?

—No hay cuidado, capitan: el tio Roque. Contestó el viejo confidente.

Al acercarse el tio Roque al capitan de los ladrones, dándole la mano muy apretada, y saludándolo con tierno afecto, le dijo:

—Ni un real siquiera de los ocho mil que le pedias en tu carta del sábado, me ha que-

rido dar D. Estéban. La carta se la llevó al Asistente de esta villa, sin decirle que yo se la habia entregado. El Asistente está rabiando contra todos vosotros. Ahora hay aquí más de cuarenta cuadrilleros de caballeria de la Santa Hermandad, los cuales han llegado ayer de Sevilla. La gente dice que son para activar más y más la persecucion de vuestra partida. Tambien ha venido con los cuadrilleros de la Santa Hermandad, vuestro amigo D. Rodrigo.

—¡Bribonazo! ¿A qué habrá venido á Marchena ese maldito viejo?

Exclamó el capitan de los ladrones.

—Tomará preparaos los cordeles de cáñamo, para que amarrados por el pescuezo deis unas meciditas en los álamos negros de San Diego de Sevilla.

Contestó el tio Roque con mucha cachaza.

—Déjese V. ya de bromas, tio Roque, y vamos á lo que nos interesa.

Le dijo el capitan de los ladrones.

—¿Que resolvió al fin D. Estéban?

—¡Pues no lo has oido ya bien claro! ¿Eres sordo?

Le dió tu carta al Asistente, y me dijo por último con mucha cólera, estaechándolo yo para que me aflojara el dinero.

—Dígale V. tio Roque que no le doy ni una peseta siquiera. Que vaya á robar los terrones del *Cerro de la Horca.*

—*¡Tiemblo al nomblarla!*

Exclamó con tono grave el tio Roque.

—Pronto, muy pronto, le pesará á ese Señoron orgulloso haberle dado á V. respuesta semejante.

Contestó el capitan con mucho coraje.

Bien puede ese soberbio estarse metido en Marchena, como una monja de Santa Clara, y no salir más al campo, porque en cuanto lo coja en sus viajes á Mairena del Alcor, le doy un balazo que no dice ni *Jesus.*

—No hagas eso, capitan. No mates á nadie. Que los mate Dios, que los crió.

Contestó el tio Roque, con mucha calma.

—¡Vaya, tio Roque, que se va V. haciendo más beato que un cartuxo!

—Como ha de ser, capitan: los años y las enfermedades nos trastornan completamente.

—Tio Roque, pasemos á otro asunto. ¿Qué tenemos de nuevo en Marchena?

—Nada mas, capitan, sino que mañana á las ocho sale D. Alfonso el Indiano, con su aperador el tio Camilo, el *Zurdo,* para Sevilla. Lleva en oro los cuatro mil ducados de las

tierras que por San Miguel compró al señor Arcediano de Niebla:

—Bueno, tio Roque, bueno: en oro y contadito.

—¿Me guardarás mi propina, capitan?

—Eso por supuesto.

—¿No hay nada mas por ahora, tio Roque?

—Nada, capitan.

Dijo el antiguo y leal confidente.

Al acabar el tio Roque estas últimas palabras, veinte gallardos cuadrilleros á caballo, avisados por un diligente espía, saliendo por el próximo Arco de Tomisa, bajaban á largo paso castellano al del *Berral*, para batir á los ladrones.

Ya venian los cuadrilleros por frente de las paredes del Matadero, cuando apercibidos los ladrones de una tan mala intempestiva visita, con su capitan á la cabeza y el tio Roque montado á las ancas del fuerte y ligero corcel de uno de ellos, se retiraron en buen órden, á los hornos de ladrillos, que están junto á la pequeña laguna, del derrame de la Fuente de las Cadenas, llamada hoy el Baño de los Caballos.

A los pocos momentos, un nutrido tiroteo, acompañado de algunas descargas cerradas, formaban el terrible encuentro de los cuadri-

lleros de la Santa Hermandad con aquella gavilla de foragidos.

El fragoroso ruido de las armas y de los caballos, las altivas voces de los combatientes, los agudos ayes y los tristes lamentos de los heridos y de los moribundos, derramados por aquel tenebroso campo, indicaban á cualquiera la crudeza de la refriega, la furia de los ladrones y la disciplina de aquellos valientes y pundonorosos cuadrilleros.

No se veia más por la oscuridad de la noche sino los vivaces fogonazos de las carabinas, de las escopetas, de los retacos y de los trabucos. Maldiciones blasfémicas por parte de los bandidos, suspiros, ayes, lamentos, quejidos, este era el cuadro tristísimo de aquella sanguinaria jornada.

El veterano gefe de los cuadrilleros, entendido y bizarro soldado, trató de cercar á los ladrones; para caer sobre ellos al sable y destrozarlos de una vez. Pero los pocos que de estos habian quedado vivos, conociendo su intencion, trataron por medio de la huida, de ponerse á salvo de las tajantes cuchillas de aquellos invencibles cuadrilleros.

Dada la señal del punto de reunion, que era el Monte Palacio, abandonaron, los ya casi extinguidos facinerosos las tapias de los hor-

nos de ladrillos, las cuales habian quedado aquí y allá salpicadas de sangre de los suyos, y rotas y agujereadas por las balas de los contrarios.

Puestos los pocos ladrones que quedaron en precipitada fuga por caminos estraviados, se dirigieron al Monte Palacio. Desgraciadamente la oscuridad de la noche no dejó á los cuadrilleros acabar del todo con aquella famosa gavilla de salteadores, terror de los vecinos de Marchena y de los demás pueblos del reino de Sevilla.

El tio Roque, el viejo confidente, atravesado de parte á parte por una bala, agonizando por todo el camino, llegó al Monte Palacio donde espiró al momento. Los cuadrilleros de la Santa Hermandad tuvieron seis hombres levemente heridos y tres caballos muertos: pero los ladrones dejaron en el campo siete hombres muertos, entre ellos el capitan, tres gravemente heridos, los cuales murieron al otro dia y seis caballos muertos.

De esta manera, finalizó aquella pequeña batalla: concluyó aquel sangriento choque: se acabó, en fin, aquella cuadrilla de ladrones, la cual habia sido algunos años, el espanto de las más ricas poblaciones de Andalucía.

Los soldados María.

ROMANCES.

I.

En gallardos alazanes
Con frenos de pedrerías,
Salen ya los Xeques moros
Por las puertas de Sevilla.
Van ligeros como el viento,
Al campo de Benaxila:
Donde firme los espera
Cristiana caballería.
Entre todos se distingue
Alí Bek, el de Medina:
El que vino á Benazuza,
Por la graciosa Zulima.
Cabalga troton castaño,
Que á largo paso camina;
Levantando el polvo al Cielo.
Dando en tierra con la cincha.
Lleva turbante de seda
Lujoso almaizar de Siria,
Cimitarra de Damasco
Y axarcas de Berbería.

En su orgulloso semblante
Va retratada la ira;
El coraje va pintado
Contra el nombre de *Maria*.
Para dar certero ataque,
O prevenir bien la huida,
Al frente de los cristianos
Hace alto la morisma.
Sobre brillante espesura
De espadas, lanzas y picas,
Manejadas por templarios
O por bravos santiaguistas,
De Jesus el oriflama
Se alzaba con bizarría,
Ilustre santa bandera,
En todas partes temida.
Ya los tercios de templarios,
Dando señal convenida,
A las huestes sarracenas
Atacan con valentía.
Trábase fiero combate,
La sangre á arroyos corria,
La grey mora desfallece
Y huye al fin despavorida.
Queda tan solo en el campo
Alí Bek, el de Medina,
El cual reta con audacia,
Al maestre Santiaguista.

II.

Vestido de punta en blanco,
Sobre un potro de Montilla,
Viene montado el Maestre,
Que al mismo Marte dá envidia.

Cubre sus airosos hombros,
Manto de grana encendida,
Con la *Cruz de las batallas*,
Rica inapreciable insignia.

Empuña espada de acero,
En caliente sangre tinta,
Y viste cota de maya,
De sudor enmohecida.

—Alá, dice al Xeque fiero,
Te salve de mi cuchilla,»
Y cae el Xeque del caballo,
Con una mortal herida.

—¡Nazareno, esclama el moro,
Con voz apagada y fria,
Muero por Alá contento:
Aunque dejo á mi Zulima!

Toda la tropa agarena
Quedó en la tierra tendida:
Salváronse los que huyeron
Con mugeril cobardía.
Aquí se vé á uno espirante:
Allí al otro, que suplica
Del vencedor, la clemencia,
Puesta en tierra la rodilla.
Ayes, llantos y gemidos,
Ternísimas despedidas,
Dó quiera, tristes, se escuchan,
En la amarga Benaxila.
Veló el Sol las claras luces
Vino la noche sombría:
Y los buhos tristes cantos
Por los valles repetian.
Á las selvas de Marc ena
Los cristianos se retiran:
Para dar sosiego al brazo,
Y al Cielo gracias cumplidas.
Este fué el duro combate
Del campo de Benaxila:
Donde su valor lucieron
Los Soldados de María.

El Combate.

—

ROMANCE.

En un caballo andaluz,
Negro, como el azabache,
Que con la crin y la cola
Los anchos caminos barre.
Y con resuelto galope
El polvo levanta al aire
El bizarro Sancho Perez
Junto á Marchena alto hace.
Al recibirlo un Wali,
Del fuerte castillo sale:
Llega á su lado y le dice,
Con corteses ademanes:
—Nazareno: cuando gustes,
Comenzará nuestro lance,
—Ahora mismo, le contesta:
Sacando el nudoso sable.
Puesto el uno frente al otro,
Con intrépido coraje,
Pugnan, hieren, clamorean
Y cae muerto el fiero alarbe.

Sancho Perez con su acero,
Vencedor en cien combates,
Vuelve á su campo, gozoso,
Bañado en muslima sangre.
—*Viva Sancho Perez, viva*:
Gritan las cristianas haces:
—*Viva Sancho Perez, viva*:
Repiten las soladades

Las tapadas.

En los últimos años del siglo XVI solian ir, de cuando en cuando, á la villa de Marchena, dos hermosas damas, de conversacion instructiva y halagüeña, de cortesanos modales y de lujo estraordinario. Unicamente llevaban en su compañía, á un viejo criado y á una anciana y adusta dueña. La una, como de veinte años, decia llamarse Doña Socorro Ayala de Sandoval: la otra, de alguna más edad, doña Eulalia Perez de Villavicencio. Las dos se trataban como primas.

En las varias veces que estuvieron en Marchena, no se hospedaban nunca en la misma casa. Ya en la plaza de arriba, ya en la de San Andrés. Bien al final de la calle de San Se-

bastian, á su salida al campo, bien en el de la Santa Clara, á la misma salida.

Ninguno de los habitantes de aquella villa, por más indagaciones que hacia, jamás lograba saber, quienes eran aquellas damas, de donde venian, ni que negocios las llevaban á Marchena. Este oscurísimo arcano, tenia fatigada la pública curiosidad.

No esquivaban nuestras damas el trato social; antes por el contrario, lo buscaban con las muchas señoras y caballeros, de casas ricas é ilustres que habia entonces en Marchena. Varios de estos caballeros, entre ellos el Asistente, atraidos por sus hermosuras, por sus pomposos faustos, y sobre todo por su delicado trato, quisieron contraer con ellas matrimonio, pero siempre sufrieron, tanto de doña Socorro Ayala de Sandoval, como de su llamada prima doña Eulalia Perez de Villavicencio, desagradables repulsas.

En las largas y frecuentes conversaciones que tenian nuestras damas con sus numerosas visitas, cuando tratabau de si propias, callando el pueblo de su naturaleza y del que venian á Marchena, solo indicaban ligeramente, que eran poseedoras de ricos mayorazgos en Nápoles y en Sicilia, ganados por sus esclarecidos abuelos, con las puntas de sus espadas, en las

sangrientas guerras de Italia; y donados por los augustos reyes de las Españas, para pagarles los grandes servicios, que les habian hecho al frente de aquellos famosos é invencibles *Tercios*.

Durante la permanencia de nuestras damas en Marchena, siempre habia grandes robos en las iglesias ó en las casas de los particulares. Pero los habitantes de Marchena jamás podian presumirse, que nuestras hermosas damas fueran las autoras de tales delitos.

A media noche, sin ser vistos de nadie, venian los criminales cómplices de nuestras damas: recibian sus órdenes, y marchaban inmediatamente á ejecutarlas. Hecho el robo, si este consistia en dinero metálico, se lo repartian entre sí por iguales partes; y si en piedras preciosas, ó en obras de plata ú oro, marchaban los cómplices á Portugal, en donde las vendian á alto precio; y á su vuelta del vecino reino, se distribuian el importe de ellas, de la misma manera.

Dedicadas esclusivamente nuestras falsas doña Socorro Ayala de Sandoval, y su finjida prima doña Eulalia Perez de Villavicencio, á la rapiña, robaban por mano de sus delicuentes compañeros, las mas ricas alhajas de los particulares y de los templos de Marchena.

Nunca dejaban de asistir convidadas nuestras damas á los dias de campo, y á todas las demás diversiones públicas ó privadas, con que han acostumbrado siempre solazarse los caballerosos y desprendidos hijos de Marchena. En ellas ocupaban uno de los más distinguidos lugares, bien por sus talentos, bien por sus bellezas, bien en fin, por sus ricos vestidos y suntuosos aderezos. Iban á estas diversiones muy tapadas, con sus ricos y airosos mantos de Marchena; por cuyo motivo eran conocidas entre sus muchos adoradores, con el sobrenombre de las *tapadas*.

No habia un jóven de Marchena, como perteneciera á la clase rica y noble, que no le hubiera declarado su amor á nuestras dos damas; pero singularmente á la que se nombraba doña Eulalia Perez de Villavicencio, la cual aunque de alguna más edad que doña Socorro Ayala de Sandoval, era tan graciosa como Flora, y más bella que la misma Venus. Su rostro, sus manos, su cintura, sus piés, su arrogante cuerpo y sobre todo la dulce entonacion de su voz y la doctrina de sus conversaciones, la hacian muy apreciable para todas las personas que la trataban sin distincion de sexos, de estados, ni de clases.

Al amanecer de un claro y apacible dia de

primavera el señor Asistente de Marchena, fué avisado por tres manchegos azafraneros, que al pasar por el Parque habian visto muy cerca del camino que traian, y hácia las *Torres Caidas*, tres cuerpos tendidos en el suelo, al parecer muertos, dos de hombres y uno de mujer: que no léjos de ellos, estaba medio sentada en el suelo, una mujer espirando, á la cual, entre las ansias de la muerte, le habian oido bien claro estas tristes esclamaciones:

—¡Dios mio, misericordia! Ya vuestro cierto y terrible castigo está sobre nuestras cabezas. ¡Ay! tantos delitos, tantos robos sacrilegos como hemos cometido en Marchena, merecian un severisimo castigo. Vuestra santa justicia, Señor, valiéndose de las afiladas cuchillas de esos tres valientes jóvenes, á quienes con el engaño de una cita amorosa, íbamos á robar, les ha hecho ya á mi amiga Doña Eulalia, á esos dos criminales consortes nuestros, y á mi me va á hacer muy pronto espiar justamente nuestros horribles crímenes.

Que la infeliz moribunda al acabar estas últimas palabras, levantando sus manos en alto, despues de dar un profundo y desgarrador quejido, cayó del todo al suelo muerta: que venian, en fin, á ponerlo en su conocimiento,

para que tomara las providencias que tuviese á bien.

Con la mayor prontitud el Asistente de Marchena, acompañado del Alguacil mayor, del escribano de semana, de cuatro cuadrilleros de la Santa Hermandad, y últimamente lo que sucede en estos casos, aunque ocurran á media noche, de un susurrante enjambre de curiosos, se constituyó en el lugar de la matanza.

—Por el Rey D. Felipe II, y por el Señor de Marchena, nuestro amo.

Dijo el Asistente tendiendo la vara en tierra, y recogiéndola y dándosela al momento e Alguacil mayor.

Las dos famosas *tapadas*, y dos hombres forasteros, á quienes nadie conoció, aquí allí tendidos en tierra, muertos y bañados en su propia sangre, era el verdadero cuadro de aquel fatídico paisage. Un sangriento y horrible teatro presentaba á la vista el pequeño campo de las *Torres Caidas*.

El Señor Asistente de Marchena, después de practicadas las primeras diligencias de costumbre, mandó al escribano dar fé, principiando como digno y celoso Juez desde aquella misma hora el proceso para la averiguacion de los autores de tan horrible catástrofe.

Los horrendos cadáveres de las perversas *tapadas*, y los de sus inicuos cómplices fueron llevados á la cárcel pública, en la que estuvieron espuestos á la consideracion de todos los habitantes de Marchena. Ni el sabio ni el ignorante, ni el noble ni el plebeyo, ni el rico ni el pobre, ninguno dejó de ir á la cárcel para ver el merecido y justo final de las llamadas Doña Socorro Ayala de Sandoval y su prima Doña Eulalia Perez de Villavicencio; de aquellas arrogantes damas, que habian hecho tanto ruido en Marchena por sus hermosuras, por sus magnificencias y por sus fingidas virtudes. Los amoratados cadáveres de aquellas maestras de robos yacian en la sala de Audiencia, paralelos uno á otro, tendidos sobre una balleta negra. En el testero de la sala habia un altar enlutado con un hermoso Crucifijo, con cuatro velas encendidas. El Salvador del mundo, cuya bondad es inagotable, estaba custodiando á aquellos restos mortales de dos grandes pecadoras, y mirándolos con ojos de misericordia y de perdon. ¡Tanto es Señor tu amor á los ingratos hijos de Adan! Bendito seas Santo Dios de mis padres por los siglos de los siglos!.

Desde las *Torres Caidas*, por el relato que le habian hecho los dos manchegos azafrana-

ros, mandó el Señor Asistente de Marchena al Alguacil mayor y á dos cuadrilleros de la Santa Hermandad, de los cuatro que llevaba en su ronda, á la casa de las *tapadas*, las cuales se habian hospedado entonces en la plaza de San Andrés, en la testera que forma la salida de la calle de Gudiel á dicha plaza, para que en nombre del rey D. Felipe II, prendieran á los criados, interviniendo todo el metálico, alhajas, muebles, ropas, papeles y demás efectos, que encontrasen en la referida casa.

Bien pronto el Alguacil mayor, auxiliado por los dos cuadrilleros, estaba llamando á la puerta de la casa. Cansado de llamar, sin que nadie le respondiera, mandó echar la puerta abajo. No pasaron seis minutos, sin que rotos todos sus goznes, haciendo un gran ruido cayera á tierra.

Ni en el zaguan, ni en el patio, ni en las salas, ni en los sobrados, ni en los corrales, hallaron á nadie. Toda ella estaba desierta. Solamente encontraron sobre un poyete del patio, entre unos papeles desdoblados, cuatro pistolas cargadas con balines, seis puñales ensangrentados de mucho tiempo, considerable porcion de balas y un gran manojo de ganzúas. Rebuscando acá y allá uno de los cuadrilleros, bastante idóneo en la materia, se

encontró bajo el oscuro hueco de la escalera, dos hermosos candelabros de plata á martillo, con la marca de San Juan Bautista de Marchena, los cuales hacia tres semanas que habian sido robados de la referida parroquia, y junto á ellos un rollito de papel de marquilla, conteniendo una preciosa cartera de tisú de oro, con broches del mismo metal, dentro de la que se hallaban curiosísimos apuntes biográficos, de nuestras perversas *tapadas*, escritos y firmados por el puño y letra de la falsa doña Eulalia. En ellos se acreditaba, que las *tapadas* eran naturales de la ciudad de Valencia, hijas entrambas de humildes artesanos: que viniendo á bordo de una galera mercante, para Cádiz, en donde pensaban entregarse á la odiosa vida del libertinage y del latrocinio en las aguas de Cartagena, fueron cogidas cautivas por unos corsarios berberiscos, los cuales se las llevaron á Argel, de cuya ciudad pasaron á la de Marruecos, compradas por el emperador Abderramen para su serrallo: que en él estuvieron dos años, sirviendo á los brutales apetitos de aquel lascivo descendiente de los califas de Córdoba, al cabo de los cuales auxiliadas por cuatro valencianos, desertores del presidio de Ceuta, amigos suyos, lograron escaparse de la durísima pri-

sion del Serrallo de Marruecos, viniéndose todos seis juntos á Málaga, en donde comenzaron su ominosa vida de robos y de escándalos.

Los cadáveres, últimamente, de las execrables *tapadas*, y los de sus feroces compañeros, fueron enterrados por la Santa Hermandad, en lugar decoroso, pero lejanos de los de los hombres, que durante su vida habian sido humildes, compasivos, limosneros, el honor de sus familias y la gloria de la noble Marchena.

Per Afan de Rivera.

Romance.

Has herido á mi caballo
Y á mí tambien, Ben Hamad:
No saliste así en Marchena,
Ni tampoco en Arahal.
En ambas lides, mi acero
De sangre velo tu faz
Y despavorido huiste,
Para tu vida salvar.

Muerto se ha visto en el campo
De batalla, á un Per Afan:
Hecho pedazos, se ha visto;
Pero cobarde jamás.
Echame fuertes cadenas:
Ponme al cuello vil dogal:
Pero no manches mi nombre:
Ni maldigas mi solar.
Azares son de la guerra.
Los que pasándome están:
A sufrirlos me resigno
Con noble conformidad.
Llévame, arrogante moro,
A Sevilla, la sin par:
Llévame pronto: no tardes:
Te lo pido por tu Alá.
Tengo en ella ricos deudos
Y amigos de calidad:
Con bálsamos esquisitos
Mis heridas curarán.
Tengo á mi padre y mi madre,
Ancianos de larga edad:
Quiero á mi pecho estrecharlos
Y anhelo sus piés besar.
Es el amor de los padres;
Como rosa matinal:
Que más perfuma las selvas:
Mientras más oculta está.

Llévame, arrogante moro,
A Sevilla, la sin par:
Llévame pronto: no tardes:
Te lo pido por tu Alá.

La doncella de Marchena.

Romance.

Mira, nazareno, mira,
Este lanzaso mortal:
Que en el cuello he recibido
Peleando en Alocaz.
Diómelo Don Pedro Ponce,
En combate desigual:
Armado venia de lanza:
Yo de alfange nada más.
Ponme balsamos y vendas,
Siquiera por caridad:
Queaunque soy moro: soy hombre,
Hijo de tu mismo Alá.
He estado dentro de Niebla
Con el rey Ahenmafad,
Durante su largo sitio,
Que el mundo no olvidará.

Desde niño fui guerrero:
Era mi padre un Baxá,
Tan valiente como justo;
Tan noble, como leal.
Á su lado, no aprendí
Mas ciencias, que pelear:
Guerras fueron mis maestros,
Cimitarras mi Corán.
A los campos de batalla
Marchaba con tanto afan;
Como la tórtola vuela
Hacia su nido natal.
El salto de los caballos,
Del acero el rechinar,
El *ay* de los moribundos
Y el eco del atabal:
Solo arrullaron los sueños,
De mi juvenil edad:
Aquellos sueños de oro,
Que nos place recordar.
He matado más cristianos,
Que arenas tiene la mar;
Batallando cara á cara,
Con hidalga lealtad.
Y he venido á morir, triste,
En combate desigual,
Por Don Pedro Ponce, el bravo;
Que adora al Dios de Abraham.»

Cuando llegó aquí Zaen,
Exánime más y más:
Clavando sus vagos ojos,
En la doncella Guiomar:
—Adios bella, entre las bellas:
No me olvides por jamás.»
Y pálido y tembloroso,
Dió su gemido final.

MONTIEL Y MOHAMAD.

ROMANCES.

I.

El desafío.

—Si eres noble caballero,
Hijo del bravo Abú-Hamed;
Ven á batallar conmigo,
Que tu arrojo quiero ver.
Pide infantes y ginetes,
Al Califa cordobés:
Para luchar con los mios:
Uno á uno, ó cien á cien.

Trae contigo al renegado
Del alcázar de Jaen:
Que ya castigarlo quiero,
Por su horrible proceder.
No olvides á Alí Axataf:
Ni al alcaide de Almaden:
Ni á Jalubi el de Gandul:
Ni al mulato Abú Baker.
Venga toda la morisma;
Anhelo su rabia ver,
Hundida bajo mis plantas
Y llena de amarga hiel.
Con doblados escuadrones,
A estos anchos campos, ven:
Verás del brío cristiano,
La no vencida altivez.
Con los cráneos sarracenos,
Firmes puentes echaré,
En el Genil y el Salado
Y en el hondo Cuadálmez:
Para que mi gente pase
Por ellos, á enjuto pié;
Y atónito el mundo aplauda,
Al Dios Santo de Israel.
Si eres noble caballero,
Hijo del bravo Abú-Hamed:
Ven á batallar conmigo,
Que tu arrojo quiero ver.»

II.

La batalla.

Profunda quietud reinaba:
El sol iba apareciendo
Y con benéficas luces,
Alumbraba el universo.
Al Dios Grande de las selvas
Los pájaros vocingleros
Dirigian dulces trinos
Con no aprendidos jorgeos.
En los valles de Marchena,
Juntábanse los guerreros:
Los cristianos, en un lado:
Los moros, en el opuesto.
Sobre bridon arrogante,
Que airoso tascaba el freno
Y con la cola y las crines
Iba limpiando los suelos,
El aguerrido Montiel,
Empuñaba el fuerte acero:
Castigo de los traidores:
Afrenta de los soberbios.

Cota de malla vestia,
Coraza de duro hierro:
Celada espesa velaban,
Sus grandes ojos de fuego.
La Cruz santa del Calvario,
Ostentaba el noble pecho,
Con un mote que decia:
Viva Jesus Nazareno.
Puesto al frente de sus tropas,
Con las manos en el cielo,
Señalando el campo moro,
Les dice con claro acento:
—Allí están los enemigos:
Valientes, vamos á ellos;
Soldados de alto renombre,
Seguidme: soy el primero.»
Trábase duro combate,
Cara á cara y cuerpo á cuerpo:
Corre la sangre á torrentes
Triunfa el cristiano denuedo.
El soberbio Mohamad,
A los ataques postreros,
Cae en la tierra, moribundo,
De sangre y polvo cubierto.
De turbantes de almaizares,
Queda tapizado el suelo;
Aquí se vé una marlota:
Allí un cinto de gran precio.

De matar, cansado el brazo,
Montiel, ilustre guerrero;
Hace alto con los suyos,
Y cantos dirige al cielo.
Tal fué la dura batalla,
Que de Marchena en el cerco,
Tuvo el bizarro Montiel,
Con los moros altaneros.

MARCHENA PINTORESCA. (1)

CARTAS.

PRIMERA.

Marchena 22 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: desde la antigua Marcia tomo la pluma para dar á conocer á V. las bellezas de las artes que encierra en su recin-

(1) Marchena segun Rodrigo Caro es Colonia *Martia*: segun otros la *Castra Gémina*, que Plinio menciona entre las poblaciones estipendiarias del convento jurídico de Ecija. Unos dicen que la fundó Marco Claudio Marcio, y otros que Lucio Marcio, con el nombre de *Marcia*, cuya opinion creemos la más verídica.

NOTA. En la página 40 el verso que dice *Mira, Nazareno, mira:* léase *Mira, Nazarena, mira*.

to esta ilustre colonia de la Señora del mundo. Cuento con su indulgencia, y solamente así podria pasar adelante.

Ayer, recien llegado, visité la Parroquia de San Juan Bautista, fundada poco tiempo despues de la conqnista de esta Villa, acaecida en 1240. Tiene cinco naves y tres puertas, una de estas á los piés del Templo, conocida por la del *Perdon*, y dos colaterales. La capilla mayor y las dos de los costados son de gusto gótico. Un sencillo, pero gracioso artesonado adorna los techos de la nave principal ó cuerpo de la iglesia. El coro es de Pedro Duque Cornejo, nieto dignísimo del severo Pedro Roldan. La parte exterior es muy linda por sus bien entendidos adornos platerescos.

El altar mayor es una obra primorosísima del arte. Está ejecutado por la misma mano maestra que hizo el del monasterio de San Gerónimo de Buenavista de Sevilla. Forma tres cuerpos. En el primero, se ven unos regulares altos relieves en cinco cazetones que representan pasages de la vida de la Vírgen. En el segundo y tercero, ocho preciosos cuadros de estilo flamenco que figuran tambien pasages de la misma vida, y uno el bautismo de Cristo. En medio del segundo cuerpo hay una razonable estátua de San Juan. Mas aba-

jo de esta escultura, en una palangana, la cabeza del Santo trabajada en alabastro, obra de un mérito sobresaliente. Es la de mas efecto que he visto en su género. Tiene toda la amargura de la muerte, con toda la paz de la santidad. En esta lindísima cabeza se une dulcemente la arrogancia gentílica con la mansedumbre cristiana. En medio del tercero se ve, por último, un alto relieve que representa la *Asuncion*, de escaso mérito, pero no lo bastante para desentonar en lo mas mínimo este valentísimo retablo.

En el testero de la primera nave del Evangelio, hay un altar donde se venera á un Señor Cansado, cuya posicion original le comunica grande efecto y mérito. No parece sino que el Salvador va á espirar con el peso inaguantable de la cruz. En el de la segunda, otro altar del mismo artífice del mayor, donde está el *Sagrario*. En él se halla representada la cena en altos relieves. Bajo de ella, se mira un precioso boceto de la escuela flamenca que figura la *Asuncion*, obra bellísima del arte. La Señora va rodeada de una guirnalda de flores tan verdes y vivaces, que no parece sino que están acabadas de sacar de los vergeles.

En la primera nave de la Epistola, hay un

altar con una espresiva *Dolorosa* de medio cuerpo, escultura de mucho efecto. En el testero de la segunda de este lado, una estátua del Señor San José con el niño Jesus de la mano. El Santo es un trabajo muy concienzudo del inmortal sevillano Juan Martinez Montañés. En el mismo altar y cercana al niño, una linda *Concepcion*, de la bella y espresiva escuela de aquel artífice eminentísimo.

La custodia de plata sobredorada es una creacion bellísima. Tiene tres cuerpos, en los que el artífice lució con gusto delicado todos los primores de la arquitectura. Al pie de las ocho columnas del primer cuerpo, se miran unas estátuas pequeñitas muy bien ejecutadas que figuran algunos de los Apóstoles. Sobre estas columnas, al principio del segundo, ocho Patriarcas sentados con libros en las manos. Dentro de este cuerpo la *Degollacion del Bautista*, con tres figuritas mas, estátuas, como las anteriores, de mucho gusto. El tercer cuerpo concluye con una escultura del Bautista. Esta primorosa custodia fué labrada cuando el gusto plateresco estaba en su verdadero apogéo y los artífices estudiaban mas que los del dia. Es, últimamente, esta custodia una obra que la parroquia de San Juan Bautista de Marchena debe guardar orgullosa para

manifestársela á los hombres de saber y de talento.

Entre las alhajas que conserva esta Iglesia se cuentan un rico Cáliz de oro y dos riquísimos atriles para los misales. Estos últimos tienen bajos relieves. En ellos, el delicado autor llevó á la posteridad su esquisita manera. En el uno está representado el ejército de Faraon pasando el mar Rojo, y en el otro un suceso de la vida de San Juan Bautista.

Entre las campanas de la torre hay una calada cuyos melancólicos tañidos levantan en la mente humana las altas ideas de la eternidad. No toca sino en las grandes solemnidades eclesiásticas.

Estas son, pues, las cosas mas notables que he visto en la parroquia de San Juan Bautista. Todo lo que en las demás Iglesias ó en cualquier otro punto vaya encontrando en lo sucesivo se lo escribiré al momento.

Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves.**

SEGUNDA.

Marchena 24 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: en estos dos dias que han pasado desde que escribí á V. mi primera carta, he visto algunas bellezas artísticas, muy dignas ciertamente de figurar en los primeros museos del mundo. Las Iglesias que he visitado son las siguientes: San Sebastian y San Miguel el nuevo, ayudas parroquiales de S. Juan, Capuchinos y las Beatas de Santa Isabel, Reina de Hungria, antiguo colegio de Jesuitas.

En San Sebastian, situada en la plaza de su nombre, poquísimo tiene que ver el amigo de las artes. A unas manos y una cabeza de la escuela valenciana, que representan la Vírgen de los *Desamparados*; á una estátua de vestir, como la anterior, que figura un San Ignacio de Loyola, obra de los severos cinceles de Pedro Roldan el viejo, y á un púlpito de finisimas piedras, labrado con sencillez y gusto, está reducido todo. En esta iglesia se bautizó

á mediados del último siglo el famoso Padre maestro Alvarado, autor de las «Cartas del filósofo rancio.»

Tan pobre como la Iglesia anterior es la de San Miguel el nuevo, llamada asi por haberse, desde 1840, establecido esta ayuda de Parroquia en el ex-convento de S. Agustin. El templo tiene alguna valentía, y muy singularmente el coro. En todas las columnas, en la cúpula y en la linterna, se ven adornos platerescos, pero no de aquellos que deleitan y que encantan. Era propiedad de los Ponces de Leon, antiguos Señores de Marchena. Los cenizas de Don Manuel Ponce de Leon, Duque de Arcos, descansan en modesto sepulcro, embutido en uno de los muros del presbiterio.

Ni la pintura ni la escultura tienen en esta iglesia cosas dignas de grande atencion. Un cuadro de *San Agustin*, de la escuela sevillana, y otro de un San José de la misma, son obras de regular mérito. El primero de estos santos está hincado de rodillas con la cabeza vuelta mirando al cielo con ojos tan serenos y penetrantes que en ellos revela la virtud y el talento del célebre Obispo de Hipona. El otro es de la manera de Alonso Cano.

Pero si las Iglesias anteriores no encierran grandes obras, la de Capuchinos, situada so-

bre el mismo suelo que ocupó el Anfiteatro Romano, guarda cuidadosa dos, de lo mas brillante que puede producir la inteligencia humana. La primera es una estátua arrogantisima del inolvidable escultor sevillano Juan Martinez Montañés. Figura un San Francisco en penitencia, con las disciplinas y el crucifijo en las manos. Tiene toda la austeridad de un cenobita con toda la dulzura de un santo. ¡Qué actitud, qué ropage, qué herida! No parece sino que el Montañés se transportó al cielo para ejecutarla. La segunda es un precioso boceto en tabla, grande y bellisima pintura que representa una *Piedad*, obra inapreciable del celebérrimo Leonardo de Vinci, gran maestro y fundador de la verdadera Escuela Lombarda. Esta creacion embelesadora fué regalada por el Rey D. Cárlos II, á los Duques de Arcos. Vinculada entre los bienes de estos señores, era un objeto de cuidado y predileccion. En 1835, para librarla del secuestro general, la escondieron en una casa de Marchena, donde con el deseo de quitarle algunas manchas, la lavaron con legía y jabon, y la echaron en parte á perder. El niño parece que rie de alborozo. Por fortuna se conserva en buen estado. La cabeza y las manos de la Señora, tambien se conservan; pero el vestido

y el campo desaparecieron á los rudos ataques de la ignorancia y de la barbarie. ¡Qué lástima de pintura! Valuose malamente en Madrid en quinientos doblones.

Algunas otras obras de segundo órden posee esta Iglesia, con especialidad un excelente crucifijo de marfil, de una espresion ternísima, la cual indica con mucha filosofía el amor que nos tuvo el Salvador, cuando por nosotros y para nosotros espiró en el leño santo de la Cruz.

El Padre Teodomiro de Carmona, su capellan, sugeto apacible y cariñoso, el cual me distinguió sobremanera, tiene en sus habitaciones, de su propiedad particular, dos apreciables bocetitos de la escuela sevillana, pintados con suma maestría.

Poco ó nada hay en las Beatas que merezca citarse como cosa de alto mérito, á no ser el templo, que es el mejor de Marchena, por su severo gusto jónico y la bellísima disposicion de todas sus partes. Bien se conoce que fué labrado por los sábios hijos de San Ignacio de Loyola.

Tal es, aunque ligera, la descripcion de las cuatro Iglesias, que he visitado en estos dos dias. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves**.

TERCERA.

Marchena 26 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: la Iglesia de Santa Maria de la Mota, fundada en los primeros dias despues de la conquista y llamada asi por hallarse dentro de los muros del célebre castillo *de la Mota*, poquisimo bueno encierra.

Solamente, al lado del Evangelio, una estátua de la escuela romana, figurando á la *Concepcion*, y al de la Epistola, otra, de vestir, que representa un Santo, obra de los severos cinceles de Pedro Roldan, son las dos creaciones artísticas que escitan la curiosidad del viajero. A uella graciosa efigie tiene buena cabeza, mejores manos, pero cuello duro no de Virgen. El ropage tampoco seria malo si no lo hubieran abigarrado tanto con un colorido pésimo y repugnante.

El aspecto de esta Iglesia la más antigua de Marchena, recuerda la valerosa y caballeresca conquista. Bajo sus techos nuestra mente alborotada con altos pensamientos recorre

los siglos y las generaciones y se precipita y se pierde en el inmenso caos de la eternidad, como las turbulentas ondas del rio Niágara van á hundirse en el abismo.

La torre de tres cuerpos con azulejos, algo parecida á las agujas árabes, es la mejor y mas alta de Marchena. Subí á ella para recrear mi vista. A bastante distancia se levantan las sierras de las empinadas Algámitas, de la olivífera Moron y de la saludable Ronda, desafiando con sus árboles y sus verdores á las mas celebradas montañas de la antigua Grecia. Aquí terrenos quebrados, allí tendidas llanuras, dan á aquellas lejanías ese bello ideal, ese encanto sublime de las sábias obras de la Providencia; tan superiores á las canciones del poeta como á las tablas del paisagista.

En el Hospital de la Santa Caridad, fundado, como el de Sevilla, por el insigne D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, hay en la sala de juntas un cuadro grande de medio punto, que representa *la Caridad*, de la manera de Roelas, canónigo de Olivares y dignísimo maestro de Zurbarán. En él se hallan diseñadas perfectamente la lividez del cadáver de Jesucristo, la amargura de María y la afliccion de San Juan y de la Magdalena. A un lado de esta pintura se mira el retrato del fundador,

con todo el estilo y dolorido de su íntimo amigo Bartolomé Estéban Murillo.

El convento de San Pedro Mártir, vulgarmente Santo Domingo, fundacion del ilustre D. Rodrigo, primer Duque de Arcos, ha sido el último albergue de varios personages de la familia de los Ponces de Leon. En el presbiterio se ven dos sepulcros de jaspe, de órden dorico, que encierran las cenizas de algunos descendientes de esta noblísima estirpe. Cuatro grandes cuadros apaisados de la vida de *San Pedro Mártir*, en la capilla mayor, y una *Asuncion*, en la de nuestra Señora del Rosario, todos de la escuela sevillana, son las únicas obras que en pintura se pueden estimar en esta Iglesia. En la sacristía hay una razonable estátua de *Santo Domingo* en penitencia, digna por cierto de ocupar otro sitio de menos soledad y abandono.

Felizmente llegué á las Religiosas de la Concepcion, postrera visita de estos dos dias. El templo es pequeño, pero alegre y gracioso. Tiene cinco altares de Pedro Duque Cornejo, enriquecidos con una porcion de estátuas de las que solia trabajar el aplicado sobrino de la famosa Roldana. En esta Iglesia situada, como la de Santa Maria, dentro del castillo de la Mota, existen algunas creaciones

del gusto de Pedro Delgado y de Juan Martinez Montañés. La dignísima Madre Vicaria Sor Pastora Gonzalez, con la blandura y la amabilidad de las esposas de Jesucristo, me enseñó en el coro bajo, estando yo por fuera, arrimado á su reja, dos preciosas esculturitas. La una de la escuela romana, representa á *Santa Catalina*, y la otra de la sevillana, á *San Antonio*. La primera tiene todas las buenas cualidades que deben concurrir en este género de trabajos artísticos. Anatomía, ropage, contornos, todo está ejecutado con talento y sencillez. La segunda es tambien una obrita, si no tan linda, al menos de regular estimacion, singularmente la cabeza y el ropage.

Entre las pinturas que hay en el coro, sobresale el verdadero retrato de la Madre Antigua, fundadora de este convento, muger heróica y sábia literata que logró escribir con pureza y correccion el habla castellana. Este apreciable retrato es del estilo del entendido amigo de Arias Montano, el famoso pintor hispalense Pedro Villegas Marmolejo. Tal vez sea de su misma mano.

En la capilla de la cárcel hay un lienzo del estilo del dicho Pedro Villejas Marmolejo, severo y erudito pintor, que representa la salida de Cristo del sepulcro, acompañada de Angeles

mancebos. Es una razonable pintura. Mucho mejor pareceria, si estuviera colocada en otra mansion ménos triste y dolorosa. En las cárceles púulicas las buenas obras de Rafael y de Ticiano, de Velazquez y de Murillo pierden gran parte de su mérito.

El arco árabe de la *Rosa*, es un monumento tan bien conservado, que no parece sino que acaba de salir de las hábiles manos del alarife que lo levantó para sér formidable defensa del fuerte castillo de la *Mota*.

No faltan en las casas particulares de Marchena, algunas bũenas esculturas y pinturas.

Una *Concepcion* y un *Señor en la Cruz*, entrambas esculturitas de lo mas delicado de Juan Martinez Montañés.

Una tabla que representa un *Señor*, de medio cuerpo, *atado á la Columna*, obra arrogantísima, debida á las deliciosas inspiraciones del divino Luis de Morales. La cabeza, el pecho, las espaldas, los brazos, las manos, tienen ese grande idealismo, esa pomposa dignidad del que murió en la Cruz para redimir al género humano. ¡Qué rostro tan espresivo, insinuante y celestial, qué carnes, qué columna, qué soga! ¡Divino Morales, honra y prez de Extremadura; tu memoria será eterna, mientras

entre los hombres no se extinga del todo el sentimiento dulcísimo del buen gusto!

Estas son, pues, las obras de mas mérito que hay en las casas particulares de Marchena. He estado en todas ellas y visto en algunas lindísimas producciones de los mas aventajados discipulos de Murillo, singularmente de Alonso Miguel de Tovar, pintor de Cámara del Rey Don Cárlos II, de Juan Gomez de Granada, conocido por el *Mulato*, y de Andrés Perez Murillo. Hasta otra que será la última.

Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves.**

CUARTA.

Marchena 28 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: ayer por la mañana visité el celebérrimo *Castillo de la Mota*, donde los esforzados hijos de Jesus, lucieron en tiempos de la conquista su denuedo y bizarría. Lleno de entusiasmo atravesé sus pátios; subí á sus torreones y entré en el *Salon de Audiencia*, dentro del cual en los oscuros tiempos del feudalismo los *Señores* de Marchena administra-

ban justicia á sus vasallos. Los recuerdos de la grandeza árabe mezclados, por decirlo asi, con los de la gravedad castellana, levantaron en mi pecho fuertes y dulcísimas emociones.

En los jardines consulté muchos valientes bustos de mármol, de héroes y emperadores romanos, entre los que sobresalian *Galba* padre adoptivo de nuestro compatriota el gran *Trajano, César, Mario* y algunos otros. Estas preciosas esculturas, traidas de Italia por uno de los señores Duques de Arcos, están empotradas en los muros con almenas que rodean los jardines. Son, sin disputa alguna, obras muy arrogantes y dignas de estar enriqueciendo al famoso *Castillo de la Mota.*

Tambien ví lleno de cívico placer *el portillo*, por donde un denodado campeon, al frente de cien lanzas, penetró en el *Castillo*, y arrojó de él para siempre á la feroz morisma, que orgullosa lo desafiaba. Este portillo está al oriente. El sol fué testigo de tan brillante hecho de armas. Mientras alumbre estará pregonando las glorias de aquellos ilustres vencedores.

Aquí, decia yo subido sobre una de sus derrumbadas torres, los soberbios secuaces del falso Profeta, rindieron sus cimitarras á las lanzas de los humildes creyentes del Salvador del mundo. En este mismo sitio, ahora tan

solitario y silencioso, se oian los acordes ecos de las músicas marciales, ó las destempladas voces de los guerreros. Todo pasó ya como el humo. De aquellas grandezas solamente han quedado escombros y ruinas, que están atestiguando la vanidad de las cosas humanas.

Entre las antigüedades que vi en este *Castillo,* llamaron mucho mi atencion la *portada* y una *máquina de guerra,* en forma de mortero, con dos grandes argollones: la visita á este glorioso monumento será eterna en mi memoria.

Antes de concluir esta carta, última de mi viage, quiero hablar á Vd., aunque ligeramente de la mas rara, graciosa y pintoresca costumbre de las hijas de Marchena; costumbre que, en mi opinion, se remonta nada menos que á los tiempos de la conquista, y que consiste en los famosos *mantos,* con los cuales atraen las miradas del curioso forastero. ¡Con cuánto donaire los manejan las jóvenes hermosas! ¡Cuántos atractivos y embelesos cobran sus rostros medio tapados con ellos! El alma se quiere salir del pecho, cuando, con delicada gallardía, entregan á los aires sus cortos extremos. Esta es una bellísima antigüalla que no deben nunca abandonar las Señoras de Marchena, si quieren continuar gozando, como

hasta aquí, de su gran fama y justa nombradía.

Bastante me he alegrado, amigo mio, de visitar á la antigua é ilustre *Colonia Marcia*, la cual tiene grandes recuerdos históricos, artísticos y literarios. Dentro de pocos dias nos abrazaremos en esa regalada Sevilla. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves.**

NOTA. (1) La Iglesia Parroquial de Santa Marina de Sevilla, pila bautismal del doctor Juan de Salinas y de Pedro Duque Cornejo, y sepulcro de Pero Mexia, del Licenciado Juan de Robles y de Bernardo de Gixon, ya no existe, sino en mi artículo inserto en el tomo tercero de la *Revista literaria*. El martes dos del presente mes de febrero de 1864, a las tres de la tarde, un voraz incendio la ha reducido á escombros. Afortunadamente salvaronse las esculturas de vestir del *Paso de la Mortaja*, de Pedro Roldan, la de la *Pastora*, primor del catolicismo, de Bernardo de Gixon, y una *Santa Ana*, creacion de gran mérito: pero feneció la escultura de *Santa Marina*, obra lindísima de los ardientes cinceles del referido Bernardo de Gixon. El templo puede levantarse de nuevo; pero ¿quién volverá á esculpir la *Santa Marina*? Nadie.

Cuando publique la segunda parte de mis *Recuerdos Sevillanos* le dedicaré uno al espantoso incendio y a las santas ruinas de esta Iglesia.

ABEN HUC Y XAIRA

Romance.

¿Qué tienes? Xaira: ¿qué tienes,
Con esa amarilla tez,
Con esos llorosos ojos,
Con ese gemir cruel?
Dímelo, mora hechicera;
Que yo lo quiero saber:
Por si tus hondas fatigas,
Puedo calmar de una vez.
Juntas las gracias vinieron
Tu ebúrnea cuna á mecer,
Aquella te dió lindeza,
Esta graciosa altivez.
Claveles, rosas, jamines
Derramaron por dó quier:
La mas gallarda Sultana
No tuvo tan rico prez.

Eres la hurí, deliciosa,
Del apetecido Osshet,
La gala de la morisma,
De Marchena, el dulce bien.
Lleva tu nombre glorioso,
El ruisenor del vergel,
Desde Tarifa á Almodóvar,
Desde Ayamonte á Jaen.
Sultanes de Berbería
Te rinden cariño fiel:
Los opulentos Califas,
Te lo consagran tambien.
¿Quieres, Xaira, mas honores?
¿Quieres más lauros coger?
No canses á la fortuna,
Con tu perenne desden.
Vuelve, vuelve á la alegria;
Que dá al ánimo placer:
No apures, preciosa Xaira,
El vaso de amarga hiel.
A las sevillanas zambras,
Envuelta en aromas, ven:
Serás en ellas la Reina:
En ellas tendrás dosel.
Almanzores y Boabdiles
Tus esclavos han de ser:
Veránse, entre tus cadenas,
Presos de manos y piés.

¿Qué tienes? Xaira: ¿qué tienes,
Con esa amarilla tez,
Con esos llorosos ojos,
Con ese gemir cruel?

ABU BEKIR É INÉS DE CASTROVERDE.

ROMANCE.

No me aborrezcas, cristiana:
No me aborrezcas, Inés,
Por la sangre caudalosa,
Que derramó el de Belen.
A tu padre y á tu hermano,
De dura muerte salvé:
Cuando cayeron heridos,
En los campos de Vejer.
Ellos mis manos cogieron,
Con ternísimo placer:
Yo henchido de santo gozo,
Llorando los abrazé.
Que eran pedazos, miraba,
De tu corazon, Inés:
Miraba, que eran pedazos
De mi corazon, tambien.

Por incógnitas veredas,
No holladas de humano pié,
Aunque heridos, ya librados,
Te los traje á el Alconchel.
Temores, sustos, peligros,
Nos asaltaron dó quier:
Y más cuando divisamos
Las tropas de Abderrhamen.
No digo esto cristiana,
Porque deudora me éstés:
No quiero, que me agradezcas,
Ni pequeño, ni alto bien.
Para amarte, con delirio,
Nada necesito, Inés:
Te miré ingénua y graciosa:
Constante y fino te amé.
Fatigada está mi alma,
Desde que te ví en Osshet:
Cuando fuí esta primavera
Con los hijos de Alaken.
Nazarena no me odies:
No me aborrezcas, muger,
Por la salvadora sangre,
Que derramó el de Belen.
Tus mejillas, matizada
De vivas tintas se ven,
Como los frescos jardines
Del alcázar cordobés.

Sobre tu cuello, tres rizos
Forman gracioso cairel
Donde el dulce amor sus flechas,
A veces suele esconder.
Tu cintura, gentil mimbre,
Tiene agradable vaiven;
Cual, agitados del aura,
Los pimpollos del vergel.
No me aborrezcas, hermosa:
No me aborrezcas, Inés:
Pues si moro me aborreces:
Cristiano me has de querer.

EL POETA Y LA RICA-HEMBRA,

DE MARCHENA.

Salve, salve, rica-hembra,
Que luces rojo cendal
Salpicado de esmeraldas
Y perlas de Panamá.
Y duermes tranquilo sueño,
Sobre lechos de Siam,
Con colgaduras de seda,
Perfumadas de azahar.

En tus jarrones de oro,
Viene el tiempo á deshojar
Las rosas y los claveles,
Que acopias con tanto afan.
A tí tambien algun dia,
Iracundo ha de llegar
Y en olvidado sepulcro
Tus cenizas guardará.
Nada vive: nada dura
Junto á tí, ¡qué adversidad!
Todo pasa: todo muere:
Sin ningun rastro dejar.
Las flores que yo acumulo,
En mi estante de nogal,
Mas poderosas que el tiempo,
No se marchitan jamás.
Yo doy vida: yo doy gloria:
Yo doy fama perenal:
A tí y á tus azafatas
Las pudiera eternizar.
Cuando espire, verde ramo
Mis sienes coronará,
Y los siglos y los siglos
Mis versos aplaudirán.
Tu fausto con mi renombre
Ahora puedes comparar:
Conociendo rica-hembra;
Cual de los dos vale mas.

A LAS TORRES CAIDAS. (1)

ROMANCE.

Quiero cantar vuestras glorias
Y tambien vuestras desdichas:
Pues nada en el mundo existe,
Que no sufra alternativas.
La rueda de la fortuna
Contínuamente varía:
Ya dá lauros inmortales,
Ya lacrimosas fatigas.

---

(1) Están situadas en las afueras de Marchena, en terreno labrado, entre el convento de Padres Capuchinos y el de las Religiosas de San Andrés, collacion de la iglesia parroquial de San Juan Bautista. Sus melancólicos alrededores levantan en la mente humana tristísimos pensamientos.

Cuando yo, desconocido viajero, á las nueve de la mañana del miércoles 21 de abril de 1852, pasé la vez primera por las cercanías de estas *Torres*, reteniendo mi marcha para consultarlas, creí oir claramente los misteriosos lamentos funerales del Génio de las ruinas.

Ayer fuisteis torres altas,
Donde el soldado bullia:
Hoy silenciosos escombros,
Del vil lagarto guarida.
Sobre vuestros fuertes muros
Roma la politeista,
Dirigió á sus grandes dioses
Sacros himnos de alegría.
Trocáronse ya en los cantos
De la humilde golondrina:
O en los susurros del viento
Cuando las flores agita.
Vuestras robustas almenas
Resistieron noche y dia
Los ataques belicosos,
De estrañas hordas inicuas.
Despues servisteis de escudo
A la traidora morisma:
Cuando reinaba en Vandalia
Con duro cetro homicida.
De los siglos la inclemencia,
Que destroza y aniquila
Con lenta mano os convierte,
En montones de cenizas.
Todo pasó: nada sois:
Murieron vuestras albricias:
Hoy al miraros, Marchena,
Exclama: ¡torres caidas!

Pero sus ricos anales,
En páginas esquisitas,
Llevarán vuestras hazañas,
A los más remotos climas.

Algunos hijos ilustres de Marchena, en santidad y en letras.

DOÑA ANA PONCE DE LEON.

Nació en Marchena, en el famoso palacio de la *Mota*, el viernes 3 de mayo de 1527. Fueron sus padres los magníficos Duques de Arcos de la Frontera, D. Rodrigo Ponce de Leon y doña María Giron, hija del Conde de Ureña. Educóla en el Arahal por haber perdido á sus padres á los tres años de edad, su tia la poderosa duquesa doña Mencía, hermana del Duque de Medina Sidonia D. Enrique y muger de D. Pedro Giron, Conde de Ureña. Casó con el

Conde de Feria. Ya viuda, en los últimos dias de junio de 1553, tomó el hábito de religiosa, en el convento de Santa Clara de Montilla, donde falleció, llena de santos merecimientos. El padre Martin de Roa, con su elegante estilo, escribió la vida de esta noble é ilustre heroina cristiana.

LA MADRE CAZORLA.

Nació en Marchena, de noble linaje. Tomó el hábito de religiosa en el convento de Santa Maria de su pátria: donde floreció en todo género de virtudes. Llorada de sus hermanas las Vírgenes del Señor y de todos sus paisanos, murió á mediados del segundo tercio del presente siglo; dejando una santa dulcísima memoria.

El Rmo. Padre Maestro FRAY FRANCISCO ALVARADO, DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

Nació en Marchena el dia 25 de abril de 1756, en la collacion de la parroquia de San Sebasti n, y allí fué bautizado. Profesó en el convento de San Pablo de Sevilla, donde estudió filosofía. Enseñó teología en el colegio de Santo Tomás de la misma ciudad. Durante la bárbara infausta dominacion napoleónica, cuando las córtes generales, reunidas en la plaza de Cádiz, comenzaron con sus decretos á trastornar las mismas cosas que los siglos habian aplaudido, este docto sacerdote escribió un libro intitulado: *Cartas críticas, ó sea el Filósofo Rancio.* El tiempo ha venido á probar hasta la evidencia, varias de las grandes verdades que el Padre Alvarado decia en su obra. Pasó muchas amarguras por las contrariedades y persecuciones de sus enemigos. Humilde y lleno de méritos falleció en 1814, en el Real convento de San Pablo de Sevilla, hoy parro-

quia de Santa María Magdalena, pasando de esta vida á la eterna, llorado de todos los amigos del trono y del altar.

EL PADRE MAESTRO GIMENEZ,

RELIGIOSO DE SANTO DOMINGO.

Nació en Marchena, en la calle de Orgáz, collacion de San Sebastian, donde fué bautizado. Predicó sermones elocuentísimos en la capilla del Palacio Real de Madrid, con grande aplauso del Señor D. Fernando VII y de todos los más sabios personajes de la Córte. Murió en su convento de Marchena, donde fué sepultado. La buena memoria de este insigne Religioso no morirá jamás en las crónicas de su órden, ni de su pátria.

VARONES SABIOS

que han vivido en Marchena.

Natural de la villa de Osuna, médico celebérrimo, autor de un «Tratado de calenturas.» Estudió en la Universidad Literaria de

su pátria, entonces la Escuela de Medicina más sábia de España. Estuvo muchos años ejerciendo en Marchena su noble profesion. Cuéntanse de él asombrosas curaciones. Su estendido crédito lo llevó, muchas veces, en apelacion, á Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz, Madrid y otras varias ciudades. Tenia lo que vulgarmente se llama *ojo médico*, casi infalible. Murió, bastante anciano, en su pátria, sentido de todos los amigos de la humanidad doliente.

DON JOSÉ GÚZEME,

Individuo de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Escribió un tratado de *Numismática*, que ha visto la luz pública y muchos artículos arqueológicos. Este insigne anticuario era muy aficionado á la literatura antigua, principalmente á la del Lacio.

EL DOCTOR
D. ANTONIO GARCIA Y GARCIA,

CATEDRÁTICO DE FILOSOFIA DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE OSUNA.

Nació en dicha villa, famoso médico, inclinadísimo á las curaciones hidroterápicas, que ensayaba con sumo provecho de sus enfermos. Fué diputado á Córtes, por Osuna, en las legislaturas de 1821 á 1823. Huyendo en 1824 de las enconadas persecuciones políticas, que en nuestros amargos dias tanta sangre y lágrimas han derramado, vino á la generosa Marchena, donde encontró segura pacífica hospitalidad, para él y toda su familia. Murió en 1844, en la calle de Santa Clara, collacion de la parroquia de San Sebastian. Está sepultado en el cementerio público de San Roque. Dejó preciosos manuscritos, sobre varios ramos del saber humano, los cuales todavía permanecen inéditos.

EL DOCTOR D. ANTONIO M. GARCIA BLANCO.

Natural de Osuna, Pro., hijo del anterior, sábio hebreista, catedrático de este idioma en la Universidad Literaria de Sevilla, y despues en la de Madrid, autor de varios doctísimos trabajos, entre ellos un *Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, en tres tomos. Ha publicado tambien algunos selectos artículos en acreditados periódicos. Entre sus obras inéditas sobresale una clásica version al castellano de los sentidísimos conmovedores salmos del rey David. El sábio Garcia Blanco ha restaurado en España los buenos estudios de la literatura hebraica. Tiene muchos discípulos, que lo honran. Yo quisiera no dejar á ninguno en el olvido: pero siéndome imposible, solamente me contentaré con nombrar al Señor Don Severo Catalina, profesor de la Universidad Central, y diputado á Córtes, que segun

se anuncia, vá á dar á luz en Madrid una *gramática* del habla santa, y al caballero D. José Maria Torrejon, catedrático de hebreo de la Universidad Literaria de Sevilla.

FIN.

(Es propiedad de su autor.)

ERRATAS PRINCIPALES.

Página 26, línea 5 y 6, léase:

Airoso manto lo cubre
De la pura nieve envidia

Página 28, línea 9, Al, léase: A.

Página 57, línea 1, dolorido, léase: colorido.

UNA VISITA

A

LAS RUINAS DE ITÁLICA,

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES,

Individuo de número de la Real Academia
Sevillana de Buenas Letras.

SEVILLA.—1872.

Imprenta de EL ORIENTE.

(ES PROPIEDAD DEL AUTOR.)

UNA VISITA

A LAS RUINAS DE ITALICA.

Casi no tiene ni una sombra vana,
De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?
¡Oh error perpétuo de la suerte humana?

RIOJA.

I.

El apacible dia veinte y seis de Diciembre de 1871, á las diez de la mañana, dos sacerdotes, un pintor y un anticuario, atravesaban en pequeña navecilla el Guadalquivir, por el sitio llamado de la *Barqueta*. El primero de aquellos,

doctísimo en las ciencias sagradas y profanas: el otro, mas jóven, apasionado al estudio de las antigüedades.

El sabio sacerdote embebido únicamente en la contemplacion de aquel hermoso paisage de la naturaleza, dijo á sus compañeros de paseo:

«—El mundo físico, señores, sirve al mundo moral y al sobrenatural; por lo que podemos decir que no hay mas que un solo órden, el de los designios de la divina Providencia, pues el mundo de la naturaleza fué criado para el de la gracia.».

Palabras merecedoras de ser esculpidas en mármoles de Paros y Corinto.

—Por eso, señores, interrumpió el anticuario, en todas partes donde fijemos la consideracion, se vé la mano de Dios disponiéndolo todo y cambiando á su placer los destinos de los pueblos y de los hombres. ¿Qué admiramos, si no, en las ruinas que vamos á visitar? ¡Ah! en estos momentos, recuerdo haber leido en los *Libros Santos* que si Dios destruye las naciones mas florecientes del Orbe ¿quién se atreverá á pedirle cuenta? Asi vemos que se acaban las glorias del mundo, húndense en el sepulcro sus héroes y sus

sabios, caen al suelo sus ciudades y monumentos, todo pasa en la tierra como el relámpago, y solamente quedan esas misteriosas y poéticas ruinas, sobre las que ni el genio de la distincion, ni el de los siglos egercen su fatal imperio para enseñanza de los hombres.

Memphis, Palmira, Nínive, Tiro, Corinto, Troya, Atenas, Cartago cayeron para siempre, pero dejaron escritas con lágrimas y sangre, entre sus memorables y venerandas cenizas, grandiosas y elocuentes páginas de la historia del mundo.

¡Oh cuan bella es y cuánta poesía tiene en sí la melancólica vista de las antiguas ruinas de Itálica, que cual gigante cadavérico se levantan entre los sombrios y solitarios matorrales del bosque.

¡Qué pensamientos tan profundos, qué emociones tan fuertes, qué comtemplacion tan sublime!

Su magia inunda al corazon y al entendimiento de amargo entusiasmo. Lo pasado, lo presente, lo futuro está encerrado dentro de aquellos Palacios demolidos, de aquellos Templos despedazados, de aquellos Pórticos destruidos, de aque-

llos arcos desmoronados, de aquellas estátuas mutiladas. Allí todo es inspiracion, todo entusiasmo, todo poesía. La grandeza de los tiempos, la historia de los pueblos y el gusto de las razas humanas se retratan con mucha claridad entre aquellos preciosos fragmentos. El hombre pensador, el literato, el poeta, el anticuario, pueden conocer en ellos la nada de las cosas de este mundo. Solo Dios es grande y lo que El ha querido que lo sea; todo lo demas desaparece cual leve y fugitiva sombra.

II.

Siguiendo pues el camino, y habiendo dejado ya á sus espaldas el olivar conocido por el *Rincon del negro*, y las alegres orillas de la ribera de *Huesna*, se presentó á lo lejos la vista del famoso Monasterio Gerónimo de San Isidro del Campo, glorioso monumento, hoy tristemente abandonado, y que no hace muchos

lustros albergaba en su seno una numerosa Comunidad de insignes y virtuosos Monges, encerrando tambiene en sus sepulcros las cenizas de su ilustr Fundador Guzman el *Bueno*, y otros esclarecidos varones.

Al acercarse á sus muros el mas jóven de los esclesíásticos esclamó:

—¡Ay señores! detengámonos aquí algunos instantes, sentémonos sobre este banco de tierra, que quiero referiros una tradicion religiosa, oida de los labios de un respetable monge, del Padre Fr. José Ligonie, muerto en este pueblo de *Santiponce* el dia veinte y uno del pasado Noviembre, único que por amor á su Monasterio no quiso jamas abandonar su Iglesia ni sus claustros.

El suceso fué el siguiente:

LUIS DE RIPAROLIO.

Era noche oscura, pavorosa del último tercio del siglo XV. Toda la naturaleza call ba. Las praderas risueñas de la *Ossethania*, y las frescas orillas del *Guadalquivir* dormian tranquilamente. Daba la una el reloj de la Giralda, cuando el ri-

co genovés Luis de Riparolio, de noble familia, montado en brioso caballo iba pasando por junto á esos carcomidos muros, dirigiéndose con ánimo desasosegado á un lejano caserío rústico para concurrir á una cita amorosa. Silencio profundo reinaba entonces en estos alrededores, interrumpido tan solo por los ecos de los austéros cantos de Salmos é hinnos sagrados, que los monges elevaban desde el coro al Altísimo en aquella hora misteriosa. Luces caprichosas salian por las acristaladas ojivas de ese Templo, columpiándose en el espacio, cual ráfagas celestiales. A la derecha el plácido vientecillo jugueteando entre las hojas de los alamos, rizaba las mansas olas de la ribera de *Huesna*, el poético lamentar de las aves nocturnas, el mugido del ternero echado sobre las blandas pajas del establo, el ladrido de los perros y la intensidad de las sombras dilatadas daban á aquel panorama sus magistrales tintas.

Cuadros fatídicos dibujábanse en la imaginacion acalorada de Riparolio. Sobrecogido su ánimo con la sombría escena que tenía ante sus ojos y las fervorosas plegarias que escuchaba, llena su

alma de amarga melancolía por agudos remordimientos, abrumado su corazon de fatigas, y humedecidas sus megillas de lágrimas, aguijoneaba fuertemente á su caballo para huir de este triste recinto.

Todo el resto de la noche lo pasó caminando. Pero ¡ó arcanos inescrutables de la Providencia! al rayar la aurora todavía se hallaba junto á esas paredes, creyendo estar muy lejos del sitio del Monasterio.

Entonces Luis de Ríparolio, conociendo claramente que Dios lo llamaba á sí, entra por esas puertas movido de la *gracia* que lo atraia á los caminos de la penitencia, habla con el Prior y le manifiesta lo que le había pasado aquella noche, y su firme propósito de vivir y morir entre los monges permaneciendo seglar en el clustro, por no creerse digno de vestir el santo hábito del peníten-te anacoreta de los desiertos, clara lumbrera de la Religion de Jesucristo.

Hasta su muerte acaecida el dia tres de Enero de 1515, fué en ese monasterio un espejo de virtud, un modelo de mortificacion que á todos edificaba con sus ejemplos. Dotó algunas *obras pias,*

y fundó una capilla en sus claustros dedicada á *Jesus azotado en la columna,* donde yacen sus cenizas, con epitafio en dísticos latinos, que traducidos al castellano dicen así:

Yo que estoy aquí sepultado y reducido á polvo fuí hijo de un genovés, y mi madre fue natural de Sevilla en Andalucía.

Luis era mi nombre, y el de mi padre Lucano, apellidado él y yo de Riparolio,

Viví por disposicion de la Providencia setenta años, sin esposa y sin dulces hijos.

Esto baste en mi tumba, sería vanidad decir mas, porque ya desapareció lo que en otro tiempo pregonaba la fama.

Por tanto, ó lector, una sola cosa te suplico, que pidas para este pecador descanso sin fin.

Vamos, señores, á encomendarlo á Dios, vamos á salpicar los pies de su tumba con esas florecillas de la Providencia. Cojámoslas, pues, cojámoslas.

Habiendo los viageros entrado en la Iglesia y orado brevemente en ella, pasa-

ron á uno de sus claustros, conocido con el nombre del *Patio de los muertos* donde se vé el último asilo del ilustre Genovés, junto á la capilla que fundó, y acercándose el primero de los Sacerdotes á su losa funeraria habló asi:

—¡Luis de Riparolio, Luis de Riparolio! descansa en paz en el regazo del Señor, como ardientemente le rogamos. Permite que nuestras trémulas manos coloquen sobre los frios mármoles de tu sepulcro estas flores de la Providencia, deseando que en este mismo lugar se reanimen tus cenizas el dia de la resurreccion de la carne, último del mundo, para que tu cuerpo y tu alma, que juntos tanto se mortificaron acá en la tierra, gocen allá en el cielo sus delicias eternales.

Y despues esclamó con enérgico acento:

—¡Necios trastornadores, que con vuestras delirantes utopias, hace mas de un siglo, estais enloqueciendo al mundo, vosotros tratais de secar los perfumados lirios de la fé católica, pero, no, no, que aunque hallais destruido los Santuarios pulverizando los Monasterios, arrancado los conventos, quitando la poesia, la be-

lleza y el idealismo de los campos españoles, jamas conseguiréis realizar vuestros deseos criminales, vuestras impías maquinaciones, vuestros perversos intentos!

III.

Abandonado el Monasterio, dirigiéronse por el arrecife á las ruinas de Itálica.

Cuando llegaron á los tristes escombros de un suntuoso edificio que yace rodeado de olivares y llaman los *Palacios*, el pintor, mirándolos atentamente esclamó:

—¡O infortunada Itálica! demolidos tus muros, despedazado tu Anfiteatro, rotas tus aras, diseminados los huesos de tus sepulcros, hundidos tus hogares, yaces tendida en tierra llorando tu cruel desgracia. El eco agudo de tus ayes lastimeros sube á los montes, baja á las cañadas, penetra las selvas, y es llevado en brazos de los huracanes á las mas remotas regiones. ¡Ay ciudad ilustre, cuánta es tu doctrina, cuánta tu contemplacion! Per-

mite piadosa que medite sobre tu apagada celebridad, sobre este polvo glorioso empapado en las lágrimas y en la sangre de tus insignes hijos, sobre este polvo que en otro tiempo murallas fortísimas respetaron cien y cien conquistadores, y en la actualidad se ve pisoteado por el adusto pastor, la tímida oveja ó el cabritillo asustadizo.

Una numerosa horda de bárbaros, salidos de los desiertos de la Arabia, hundiéronte en la nada, y el fuego y el cuchillo acabó con tu grandeza, y tú ya nó fuiste mas aquella alegre poderosa Itálica, madre tierna de Silio, de Teodosio, de Adriano y de Trajano, aquella ciudad placentera, llena de rosas y jazmines, émula y envidia de la misma Roma, sino un yerto cadáver en cuya amarilla y arrugada frente leíanse los destinos de las naciones.

Ya no se oyeron mas en tus plazas los gritos de un pueblo alborozado, ni en tus templos los himnos de tus Sacerdotes, sino los graznidos de los cuervos y los funerarios lamentos de los buhos.

A tus orgullosas columnas que sostenían las cúpulas de tus palacios, tus arcos triunfales y las magníficas estátuas de

tus héroes y de tus dioses, comenzaron á subir inmundos reptiles infestando con su hálito aquella misma atmósfera que había sido perfumada por el suave y delicado incienso de tus altares.

Tu vista melancólica alejó de tí aun á tus mismos hijos, y el silencio y la soledad reinaron en tus cercanias. ¡Ay! perdiste hasta tu nombre, cuando sobre tus ruinas levantaron esa pequeña aldea, ese oscuro pueblecito de *Santiponce*. ¡Itálica, qué leccion tan terrible para los pueblos que hoy se ven fuertes y poderosos! Tus escombros son, ciudad ilustre, un libro abierto para los soberbios, un libro abierto para todo el género humano.

Pero si tú, colonia famosa, perdiste tu antiguo esplendor, si tú no eres ya mas que una vana sombra, te ha quedado la inapreciable gloria de haber sido la mas rica, la mas noble, la mas sábia de las que los romanos dominadores del mundo fundaron en nuestra fértil y risueña Bética.

Entre tus fúnebres cenizas viéronse un dia Pedro de Quirós, Rodrigo Caro, Francisco de Medrano, y el inmortal Rioja, salpicando con sus lágrimas tus mústias y deshojadas flores.»

Concluidas estas tristes reflexiones, y habiendo dado algunos pasos hácia el Anfiteatro, parándose el anticuario y dirigiendo su vista sobre aquellos campos desiertos, recitó el siguiente romance.

Sobre estos anchos collados,
Hoy solitarios y mudos,
Estuvo una gran Colonia,
La hermosa Itálica estuvo.

Llorad su infelice suerte,
Compadeced su infortunio,
Y las lágrimas el Betis
Las llevará al mar profundo.

Aquí brillaron las ciencias,
Reinó la opulencia, el gusto,
El valor, el heroismo,
Las artes todas y el lujo.

¿Y hoy qué vemos? ¿qué ha quedado?
¿Qué nos dejó el tiempo crudo?
Leves cenizas ó restos,
De palacios y de muros.

Donde pueblo alegre y libre,
Se congregaba en murmullo,
Ora la corneja canta
O se queja el triste buho.

Do nació el bravo Trajano
Que de asombro llenó al mundo,

Pace la tímida oveja
O vive el reptil impuro.

Do de Silio el harpa grave
Cantaba á Marte sañudo
Lanza su graznido el cuervo
O el lobo su fiero ahullo.

Todo cambió: solamente
Triste recuerdo confuso
Queda de Itálica augusta,
De su gloria y de su orgullo.

Asi finan las ciudades;
Pues del tiempo al golpe duro
Caen los héroes, los monarcas,
Imperios, naciones, mundos.

IV.

A los pocos momentos, penetrando nuestros caminantes en el anfiteatro por sus oscuras galerías, al ver á la luz del sol en clara y serena mañana sus crestas fatídicas, pisando sus verbenas, sus amapolas y sus *amarillos jaramagos*, sintie-

ron dentro de sus pechos las grandes impresiones del dolor, del llanto poético.

Dos jóvenes, el uno español y el otro inglés, estaban sentados en sus desbaratadas graderias. El primero leia en un libro, y el segundo sacaba en rico *album* una preciosa vista de aquel famoso circo, de sus derruidas escalinatas, de su bien conservado *podium*, y de la arena que tantas veces ensangrentaron los hijos de la Cruz por confesar al que murió en ella.

La vista del anfiteatro llenó de pavor á los viageros. El genio de las ruinas agitaba sus cenicientas alas sombreando aquellos restos melancólicos.

Allí, sí, en aquel ámbito solitario todavía se escuchaban el rugir de las fieras, la plegaria de las víctimas y el confuso vocerío de una apiñada muchedumbre, sedienta de sangre y de placeres.

¡Itálica, Itálica! esclamó el anticuario: tu fuiste culta y sábia en tus libros, en tus monumentos y en tus estátuas, pero bárbara, cruel y lasciva en tus diversiones, en tus espectáculos y en tus costumbres. Falta de las verdaderas luces,

de las luces del cielo, corriste enloquecida resbalando de precipicio en precipicio hasta caer en profundo despeñadero!

El verde tomillo, la azucena morada, y el pálido jazmin silvestre tapizan tus escombros. ¡Ay! el vil lagarto asomando su desvergonzada cabeza por entre las grietas de tus arruinados edificios, escarnece tu nombre, mancilla tu memoria!

Tal aconteció tambien, señores, á Atenas, á Tiro, á Cartago y á otros muchos pueblos que dejaron en la historia del mundo gloriosos recuerdos, páginas imperecederas.

Sentados sobre las últimas gradas, el sabio sacerdote, derramando ligeramente su vista por aquel vasto recinto, dijo así:

—Este Anfiteatro, señores, mas pequeño que el de Roma visitado por mí muchas veces, tiene su misma traza, pero no ha sido tan afortunado como aquel. Mientras el uno yace como estais viendo, el otro lo han ido conservando sucesivamente unas manos santas, gloriosas, paternales, las manos de los sumos Pontífices, singularmente las de Pio IX,

jamas cerradas, siempre abiertas á los infortunios, á las ciencias y á las artes.

¡Ay como estará ahora, Dios mio, en poder de los nuevos *Atilas*, de los hotentotes de la civilizacion moderna! Quizás dentro de algun tiempo no quede de él ni el mas ligero vestigio.

Estas sentidas palabras colmaron de amargura el corazon de los circunstantes.

Entonces el Anticuario levantándose de su asiento dijo con lastimera voz:

—Itálica, Itálica, tu templo de Diana, tu *Forum*, tus palacios, tus murallas, tus arcos y tus columnas caidas á tierra presentan á los ojos del caminante el cuadro mas triste y desconsolador. ¡Ay tus césares, tus filósofos, tus poetas, tus oradores y tus bellas damas, sepultados yacen entre escombros para siempre! Nada, nada ha quedado de tí, sino

Este despedazado Anfiteatro
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago;

V.

Concluido de visitar el Anfiteatro, por una angosta senda contigua á un olivar dirigiéronse á las *Termas*, en las cuales los romanos apuraron el lujo y la magnificencia de la Señora de las naciones.

Ricos mármoles de Páros y Corinto, de los que rodando, por el suelo, todavía se ven leves pedazos, formaban sus escalinatas, sus arcos, sus pilas y sus zócalos.

El anticuario, inflamado tiernamente con aquella vista desconsoladora, rompió en estas sentidas estrofas:

¡Itálica! ilustre cuna
De generosos vencedores,
Cuál te miras!
Trocóse ya tu fortuna
De Némesi á los furores
Y las iras.

¡Triste Itálica! tu frente
Llena de polvo y ceniza
¡Cuánto dice!
¿A qué ciudad floreciente
La muerte no preconizas,
Infelice?

Donde otro tiempo se alzaba
De Césares el Palacio
Tan hermoso:
O el ancho Circo se hallaba
Y las termas y el gimnasio
Valeroso:
Ora pacen las ovejas
Y el corderillo nevado
Del Pastor:
O ya es roto por las rejas
Del rústico despiadado
Labrador.
¿Dónde fueron los Trajanos,
Sus pompas y sus grandezas
Celebradas?
¿Do fueron los Adrianos
Sus faustos y sus riquezas
Ponderadas?
¿A dónde fueron tus Silios
Y Teodosios inmortales,
Qué se hicieron?
Como en Roma los Virgilios
Entre sombras funerales
Le perdieron.
Fuiste ayer rica ciudad,
Hoy collado silencioso
De pavor:
Ya tu gran celebridad

Cayó en olvido espantoso:
¡Ay dolor!
Así muestras á la tierra
Cuán vana toda ella es,
¡Qué infeliz!
Y que todo lo que encierra
Dobla al mas frágil revés
La cerviz.
¡Dulce Itálica! consuelo
De mi alma entusiasmada,
Escucha ya
La voz que con sacro anhelo
Mi citara destemplada
A dar vá.
Pero no, que mi laud,
Sobre tus campos amenos
Callará:
Y sus cuerdas mi ataud
En sus escondidos senos
Guardará.

Los caminantes cogieron varios pedazos de mármoles de los muchos que esparcidos acá y allá indicaban la nada de las cosas humanas, aunque sean hechas por el mas singular talento, ó la mas alta imaginacion de los hijos de los hombres.

El mas jóven de los eclesiásticos, levantando sus ojos al cielo, esclamó:

—¡Gran Dios! cuán inescrutables son los designios de vuestra adorable Providencia! y dirigiéndose á los circunstantes continuó:

—Aun no había, señores, nacido en Belen la luz del mundo, cuando á estas termas labradas de pórfidos y alabastros venían á bañarse los mas ricos y delicados personajes de la antigua Bética. Esta colonia Romana insigne y monumental, que hoy veis confundida en el polvo del olvido, los albergaba en sus Palacios.

La música de sus Templos, el ruido de sus plazas, la algazara de sus bacanales, el tropel de sus bridones, ensordecían los aires.

Las águilas de Roma orgullosas con su poderío, querían cubrir bajo sus alas á todo el universo; pero no, no, pobre Itálica, sobre tus fuertes murallas ondeará la triunfante bandera de la Cruz, y tus museos, y tus academias, y tus anfiteatros se hundirán para siempre, y la higuera silvestre, y la punzante zarza, y el humilde hinojo y la espinosa ortiga y los viciosos cardos crecerán lozanos en medio de tus despobladas calles, ó sobre los escombros de tus arruinados monumentos,

Acabadas de pronunciar estas elocuentes frases el pintor tomando la palabra dijo así:

—En Itálica, señores, florecieron la pintura y la estatuaria, llegando esta al mas alto grado de perfeccion, como lo atestiguan las arrogantes esculturas que se han sacado de sus ruinas.

Su cielo alegre, su benigno clima, su terreno fértil, sus claras fuentes, sus pintadas flores no podian menos de crear en la fantasía de sus artífices, grandes pensamientos, obras inmortales.

Las estátuas y los frescos de Itálica fueron de los mejores del mundo. Por eso venían á visitarla en tiempos de su grandeza los hombres mas sabios, las mayores inteligencias de la augusta Roma.»

VI.

Cuando nuestros viageros regresaron de las termas, al pasar por las cercanías del

Anfiteatro, vieron en él á las sencillas vecinas de *Santiponce*, separadas en corrillos cantando alegremente, sentadas en las graderías, y bailando sobre aquella misma arena que aun estaba humeando por las lágrimas y la sangre de vírgenes ilustres, de valerosos mártires.

El sol caminaba ya á su ocaso, y los viageros á Sevilla. Antes de abandonar las ruinas el anticuario, mirándolas atentamente desde una suave altura, recitó con voz apagada esta sentida composicion poética:

Entre funerales sombras,
Colonia de alta valía,
De lágrimas salpicada
Cual jóven ninfa te miras.
Sin rastro de tu grandeza,
Y como del rayo herida,
Das pavor al caminante
Que llega á tus cercanías.
Sombras por do quiera vagan
Llorando tu cruel ruina.
Agudos lamentos salen
De tus necrópolis frias.
¿Dónde fueron, gran colonia,
Tus murallas no vencidas?

¿A dónde están tus gimnasios
Tus termas alabastrinas?
El rodar ¡ay! de los siglos
Y las guerras vengativas
Convirtieron en escombros
Tus bizarras lozanías.
Ya no muestras á los hombres
Sino volubles cenizas,
Aquí una fuente agotada,
Allí una truncada pira.
Acá estátuas colosales
Sobre la tierra caidas,
Allá destrozadas torres
Entre abrojos confundidas.
De tus dioses los altares
Se han vuelto negras guaridas
Donde fieras alimañas
Sus torpes hijuelos crian.
Las losas de tus sepulcros
El rústico imbécil pisa,
Y del arado la reja
Las arranca ó las mutila.
En tus doctos Areopagos
Aves nocturnas habitan,
Y en sus vestíbulos duermen
Las humildes sabandijas.
En tus calles y en tus plazas
Crece lozana la oliva,

Y sus ramas y sus hojas
Al triste pastor cobijan.

Ya la silenciosa muerte
Reina en tí, siempre vestida
Con su manto tenebroso
Que pálido horror inspira.

Nada, gran Colonia, nada
Queda de tu gala antigua,
Sino estériles fragmentos
De dulces glorias perdidas.

Gran ciudad, tu nombre augusto
La historia ya no publica:
Murió, murió al golpe rudo
De la encarnizada ira.

Tan solo yo en mi memoria
Lo guardaré mientras viva,
Pues nunca jamas tu nombre
Quien llega á mirarte olvida.

Adios, Itálica, Adios, esclamó el Pintor: tus dorados anales jamas se borrarán de la memoria de los pueblos cultos, y los siglos y los tiempos gravarán en marmoles y bronces tu respetable nombre al lado del de la patriótica Esparta, la rica Tiro, la docta Atenas, y la tenaz Cartago.»

Mas enérgico aun fué en su despedida

el mas docto de los sacerdotes, pues con acento grave y profundamente conmovido esclamó:

—¡Itálica, Itálica! sombras pavorosas envuelven tus lastimeros escombros, y la mano de Dios pesa sobre tí, oprime tus entrañas! Tú fabricaste templos suntuosos á las engañadoras divinidades del gentilismo. En tí no hubo pudor, ni templanza, ni pureza, ni recogimiento. Tus hijos entregándose desenfrenados, ciegos de lascivia, á las bacanales voluptuosas de Vénus, á las alborotadas fiestas de *Verecintia*, adoraron su ídolo de oro guarnecido de piedras preciosas Algunos de ellos armados de lanzas deicidas, custodiaron hasta el patíbulo á la inocente víctima del Gólgota. Tu meciste la cuna de orgullosos Césares, de senadores aborrecibles, de sensuales eruditos. Eras en la Ossethania la ciudad de los vicios, la colonia de las desenvolturas, el asilo de los escándalos.

La clara luz del Calvario alumbró tus collados y tus florestas, perfumó tus lirios y tus rosas, arrancó deliciosos arpegios á tus ruiseñores y á tus calandrias; pero tú endurecida, impenetrable como

la roca de los mares, cerraste los ojos para no verla.

Los predicadores de la *Buena Nueva* llegaron á tus puertas, y tú, colonia ingrata, bárbara y cruel, llevándolos amarrados á profundos calabozos, los sacrificaste en horribles ecúleos, en catastas espantosas.

Asi lo hiciste con tu primer obispo, el ínclito mártir San Geroncio, á quien diste muerte por su ardiente celo en llamarte con silbos amorosos al redil de Jesucristo.

Ruidos sepulcrales óyense en tus solitarías ruinas. Ayes dolorosos cruzan tus vergeles, resonando en los lejanos montes.

La Providencia, para castigar tu insensato orgullo, borra tu nombre del gran libro de los anales del linage humano.

El brazo terrible del Eterno descargó sobre tí y tus alcázares, tus castillos y tus fortalezas cayeron al suelo, como los altos pinos que arrancan furiosos huracanes, demostrando tu eterno castigo.

Tú, triste y abandonada Itálica, convertida ahora en ruinas, estás enseñando lo volatil, lo vano de las cosas de la tierra, y que todo en ella al mas lige-

ro soplo de la ira de Dios, desaparece para no volver á existir jamas.»

Por la misma ruta que habian llevado los caminantes volvieron á Sevilla. Las cinco de la tarde daba el reloj de Cartuja, de aquel monasterio en otro tiempo casa penitente, limosnera y monumental hoy convertida en *especuladora* alfarería y ya veíanse en las orillas de la *Barqueta*, despues de haber pasado en dulce union un dia, feliz, de gratísimos recuerdos que jamás olvidarán.

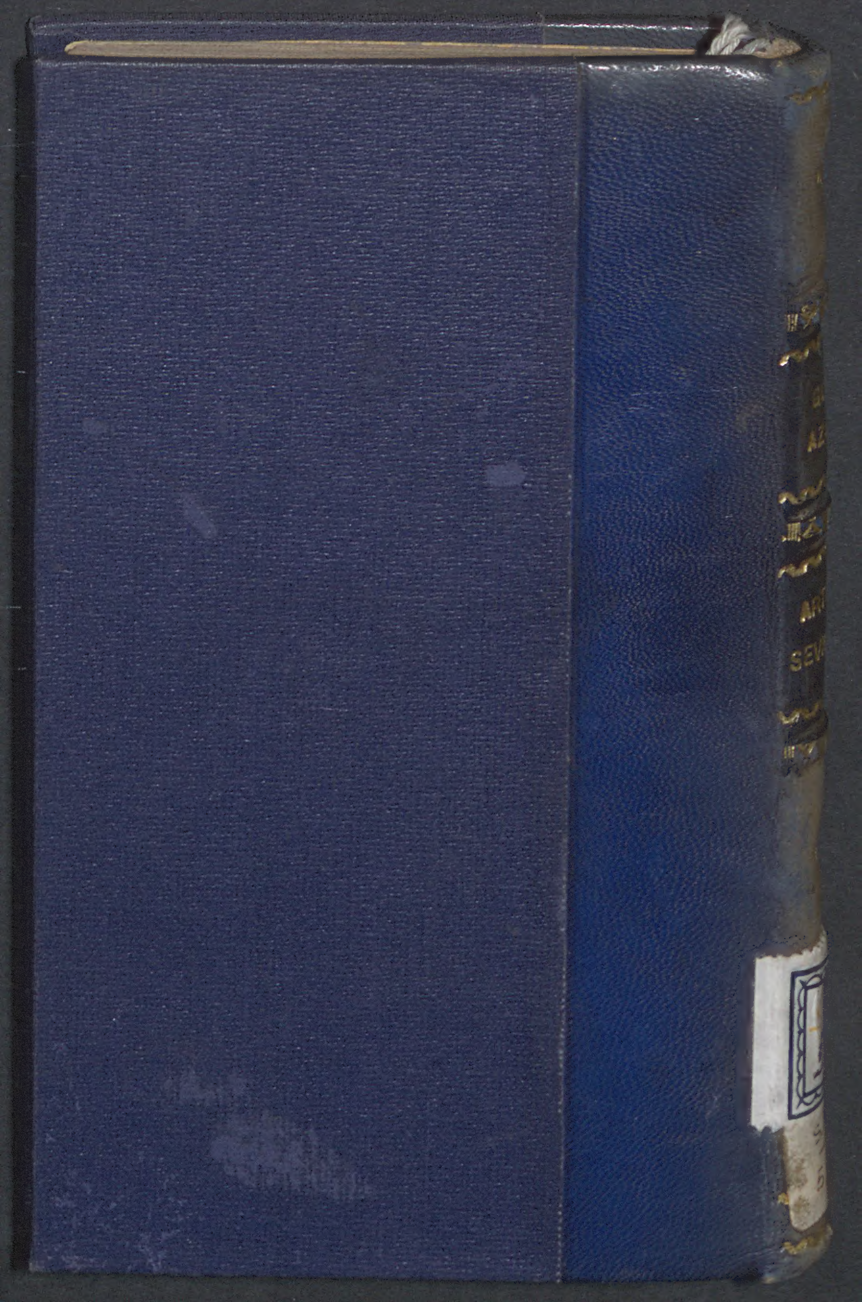
FIN.



1425785 (3)
1425587x (4)
1425590 (2)
[illegible] 579x (1)
[illegible] (5)








GOMEZ
AZEVES
ARTICULOS
SEVILLANOS
C.S.F
522
S.F.3.
5/19

calibrite

colorchecker CLASSIC

mm